

R. ORTEGA Y FRIAS

# LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA  
REVISTA SEMANAL = NUMERO 317

TOMO SEXTO  
35 CENTIMOS



Ramón Ortega y Frías

R. 43-544



# Las justicias de Felipe II

TOMO SEXTO



LA NOVELA ILUSTRADA  
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.  
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.  
MADRID

# Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meñistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustré Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 á 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
- 223 á 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 á 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 á 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 á 281.—Los misterios de Paris, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 á 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

## Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

## Colección Victor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

## Colección Tolstol.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

## Colección Rocambole, por P. duTerrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

- las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

## Colección Dumas.

- 51 á 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 á 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 á 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 á 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 á 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 á 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 á 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 á 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 á 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 á 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 á 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 á 196. Los mohicanos de Paris; 11 tomos.—197 á 199. Las lobas de Ma checul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

## Ortega y Frías

- 130 á 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 á 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.
- 308 á 311.—El peluquero del Rey.
- 312 á 317.—Las justicias de Felipe II.

## Mayne Reid

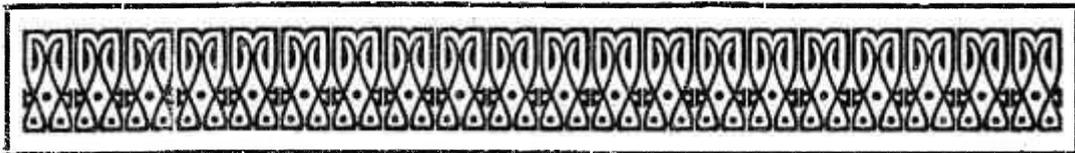
- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

## Fernández y González

- 200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 á 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 á 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 225 á 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 á 264.—Luz crecia Borgia.—La buena madre, 285 á 28.—La princesa de los Ursinos, 295 á 300.

## Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



# Las justicias de Felipe II

## CAPITULO XLVII

### DON DIEGO ENCUENTRA LA JAULA VACÍA

A las ocho en punto de la mañana don Diego Pantoja fué á casa de don Pedro de Carvajal, y entró, subió y se detuvo.

Saludado fué con el debido respeto, y como vió que todos los semblantes expresaban la tranquilidad, se disipó su inquietud, y dijo:

—Supongo que no hay ninguna novedad.

—Ninguna, señor alcalde—le respondió uno de los alguaciles—, como no sea el que la pasada noche determinamos cerrar con llave estas dos puertas, pues aunque nada temíamos, como vuestra señoría nos recomendó tan eficazmente la vigilancia y las precauciones..

—Bien hecho, muy bien.

—No ha sonado ni el más leve ruido, no se ha movido una mosca en toda la casa, y hemos pasado la noche con la mayor tranquilidad.

—Satisfecho estoy de vuestra lealtad, vuestro celo y vuestra previsión, y tendréis la recompensa que merecéis.

—Hemos cumplido nuestro deber, y nada más.

—¿Habéis visto al preso?

—Aún no hemos abierto la puerta de su habitación. Si se ha levantado, no ha llamado, y no hemos querido entrar.

—Tal vez haya pasado la noche sin dormir.

—Según lo caviloso que estaba...

—Motivos tenía, porque hoy será lo más probable que se le aplique el tormento.

—Si así ha de hacerse, no le daremos de almorzar.

—Ahora veremos, porque depende de la resolución que haya tomado.

—¡Pobre caballero!

—El asunto es grave, el rey lo manda...

—Tengamos paciencia.

Los corchetes se encogieron de hombros.

¿Qué les importaba que desconjuntaran al señor de Carvajal?

—Abrid—dijo el alcalde—, y cuando venga el escribano, que me espere.

Uno de los corchetes dió vuelta á la llave y abrió la puerta de la habitación que el preso había ocupado.

Don Diego entró.

Miró á todos lados.

Como al señor de Carvajal no viese, dijo:

—Debe estar en la cama.

Y atravesó el aposento, y en el otro penetró. Allí también volvió la cabeza á uno y otro lado.

Miró al lecho, cuyas ropas estaban en desorden.

Hizo un gesto de extrañeza.

—¿Dónde está?—murmuró:

Fué de un lado para otro.

Comprendió al fin que el preso había desaparecido.

Quedó inmóvil.

Se abrieron sus ojos como si á saltar fuesen de sus órbitas.

No pudo respirar en algunos momentos.

Sentía como si una montaña pesase sobre su cabeza.

—¡Divina misericordia!—exclamó al fin.

Y las manos se pasó por la frente, y retrocedió, mientras gritaba:

—¡Socorro!... ¡Todos aquí!... ¡En nombre del rey!

En tropel acudieron los corchetes con las espadas desnudas y pálidos como difuntos, porque

creyeron, no que el preso hubiera desaparecido, sino que por arte diabólico hubiérase metido en el aposento alguna legión de diablos.

—¡Teneos á la justicia!—gritaban los corchetes mientras blandían las espadas.

Y como á nadie encontraron más que al infeliz Pantoja, dijeron:

—¿Dónde están los criminales?

—¡Ah!... Señor alcalde...

—¡Se ha idol...

—Pues es verdad—dijo uno de los corchetes.

—No está el preso—añadió el otro.

—Veamos...

—No os molestéis.

—Pero...

—Mirad.

—¿Qué?

—Allí, en el techo...

—¡Oh!...

—¡Ah!...

—¡Por el infernal!...

—Se ha burlado de nosotros.

—Sus criados son los culpables.

—Corramos.

Prodújose una confusión infernal.

Todos los corchetes corrieron, gritaron, amenazaron.

Y los soldados acudieron, y se presentaron también todos los criados.

No sabían éstos lo que pasaba y su sorpresa fué mayor al ver que les amenazaban los alguaciles, y que el alcalde con descompuestas voces mandaba que á todos los prendiesen y juraba que había de enviarlos á la horca.

—¿Por qué?—preguntaban aquellos infelices.

—¿En qué consiste nuestro delito?

—Demasiado lo sabéis, bellacos.

—Sois unos traidores.

—No hay perdón para vosotros.

—Sujetadlos bien y á la cárcel con ellos—decía Pantoja, que apenas podía respirar.

—Señor, esto es una injusticia.

—Además de criminales, sois torpes, pues ni siquiera se os ha ocurrido huir con el delincuente.

—¡Huir nosotros!...

—¿Y por qué?

—Silencio, y escuchad.

—Sí, queremos explicaciones.

—Falta alguno de estos villanos—preguntó el alcalde.

—Aquí no está Roque — dijo uno de los sirvientes.

—¿Y quién es ese Roque?

—Precisamente el más antiguo de los criados.

—Que se le busque.

—Hoy no lo hemos visto.

Esparciéronse por la casa los alguaciles y la recorrieron inútilmente, puesto que á Roque no encontraron.

Entonces pensó don Diego que el criado que había desaparecido era el traidor.

Los semblantes de los otros revelaban su inocencia.

Al fin se les dieron explicaciones.

Sorprendiéronse todos y su sorpresa no era fingida.

Cuando Pantoja empezó á dominarse y á recobrar la calma, examinó los aposentos que de prisión habían servido y fué al camaranchón donde aún estaban las herramientas, y, por último, observó que la puertecilla que daba á la calle del Humilladero estaba á medio abrir.

No era menester cavilar mucho para convenirse de que el llamado Roque era el que había favorecido la fuga de don Pedro.

Pensaba el alcalde que quizás en aquel suceso tenía parte el señor Antonio; pero no había ninguna prueba, ningún indicio para acusarlo.

Hubiérase alegrado don Diego, puesto que deseaba que se salvase el señor de Carvajal; pero tenía miedo á la cólera del rey.

Hizo cuanto le era preciso hacer, y aunque estaba convencido de la inocencia de los criados que allí se encontraban, mandó que los llevaran á la cárcel.

Bien comprendía el severo alcalde que esto era una injusticia; pero necesitaba cubrir las apariencias haciendo algo, aunque fuese el mayor de los desatinos.

Presos puso también á los dos corchetes á quienes la noche anterior había tocado vigilar.

Esto era algo más justo, pues si aquellos vigilantes hubieran estado despiertos y con la atención que debían, probablemente hubieran oído el poco ruido que hizo necesariamente don Pedro al salir de la prisión.

Restablecida la calma, cumplidas todas las formalidades que el caso requería y adoptadas las necesarias precauciones, don Diego de Pantoja salió de la casa, encaminándose al Alcázar real.

Temblaba.

Se le doblaban las rodillas.

Le faltaba el valor para decirle á Felipe II que don Pedro de Carvajal había desaparecido.

Cadavéricamente pálido estaba el buen alcalde cuando llegó á la cámara.

No era menester más que mirarlo para comprender lo que sufría.

El rey lo recibió, fijó en él su mirada penetrante, arrugó el entrecejo y dijo:

—No me equivoqué.

—Señor...

—Temblais...

—¡Ah!...

—Viéndolo estáis, buen Pantoja; lo que el criminal quería era ganar tiempo... Pero tranquilizaos, que no es vuestra la culpa, sino mía, porque dispuse que se le concediese un plazo; mía es la culpa por las consideraciones que he querido tener con el criminal que conspiraba contra su rey.

El alcalde empezó á recobrar la calma.

Suspiró tristemente.

—Acercaos—le dijo el rey.

—Señor, estoy tan aturdido...

—Con el aturdimiento no se remedia el mal.

—Pero...

—Explicaos.

—A las ocho en punto fui á la morada del delincuente. Los alguaciles habían vigilado más cuidadosamente que nunca, cerrando todas las puertas y quedando incomunicado así con el resto de la casa. Entré en la habitación de don Pedro y... no estaba.

—¿Cómo se ha ido?

—Por el techo. Uno de sus criados rompió las tablas y...

—Entiendo.

—Y el criado traidor ha desaparecido también.

—No había de cometer la torpeza de esperar el castigo.

—Los demás son inocentes; pero en la cárcel están.

—Esa no es la justicia, don Diego.

—Señor, algo he de hacer...

—Buscar á los criminales y castigarlos; pero maltratar á los inocentes es cometer un abuso al mismo tiempo que se deja impune al que se persigue. Muchas consideraciones para el criminal y mucho rigor para el desdichado.

Don Diego inclinó la cabeza sin acertar á responder.

—Proseguid—le dijo el rey.

—También he dispuesto la prisión de los dos alguaciles que han vigilado la pasada noche.

—En cuanto á esos, pase, por si hubo descuido ó negligencia en el cumplimiento de su deber; pero me parece que tampoco merecen ningún castigo.

—A los criminales se les buscará; pero no siempre que se busca se encuentra.

—A don Pedro no lo encontraréis.

—Señor, no pierdo la esperanza...

—Recordad que á don Pedro le protege el señor Antonio de Quirós.

—Así lo sospechamos, y si vuestra majestad opina que debe procederse contra el hidalgo...

—¿Tenéis alguna prueba para acusarlo?

—Ninguna, ni el más leve indicio.

—Entonces, ¿qué haréis?

—No sé; pero...

—Devolved la libertad á esos infelices y disponed lo que conveniente os parezca para averiguar el paradero de los criminales.

—Así lo haré.

—Y siga su curso legal la causa y que la sentencia se pronuncie y... nada más, don Diego. Retiraos y no olvidéis esta lección.

Algunas palabras balbuceó el alcalde, y salió de la cámara.

—Debo considerar que hoy he nacido—decía para sí.

Inmediatamente fué á dar la orden para que en libertad se pusiese á los criados y á los alguaciles, y luego volvió á su casa para cavilar y decidir lo que había de hacer.

## CAPITULO XLVIII

### LO QUE DEBÍA ESPERARSE DEL REY

Don Diego Pantoja, como otra cosa no le era posible hacer, activó la causa para sentenciar cuanto antes á los acusados y poder olvidarse de aquel desagradable asunto.

Andrés debía morir ahorcado lo mismo que los criminales que le habían servido en el Escorial, y al sufrir esta pena terrible debían ser condenados el señor Antolín y sus cómplices.

A don Pedro de Carvajal se le condenaría también y se confiscarían los poquísimos bienes que le quedaban, y su casa, según la bárbara costumbre de aquellos tiempos, sería derribada.

¿Se contentaría con esto Felipe II?

No, porque era imposible que se conformase con lo que había sucedido.

Convencido estaba de que el señor Antonio había sacado de su prisión á don Pedro; pero no había ninguna prueba para acusar al noble hidalgo, y por consiguiente era preciso buscar otro medio para hacerle sufrir.

El gran tirano, con la habilidad que ya hemos visto y mostrándose generoso y clemente por conveniencia y egoísmo, había conseguido detener al señor Antonio, y evitar que éste continuase apoyando á los rebeldes flamencos.

Así los conspiradores perdieron un auxiliar que valía muchísimo.

Empero lo que no pudo conseguir con toda su astucia y toda su habilidad el monarca, fué que Quirós le sirviese de la manera incondicional y ciega que todos le servían.

Este desengaño fué una contrariedad que mortificó mucho al rey, y convencido ya de que aquel hombre, quizás por lo mucho que valía, no había de someterse jamás á él ni á nadie como se someten los espíritus débiles, adoptó una resolución que en último caso debía calificarse de venganza.

Al día siguiente del en que tuvieron lugar los últimos sucesos que acabamos de referir, el señor Antonio recibió un aviso para presentarse inmediatamente en palacio.

Hablaba en aquellos momentos con Leandro, y la orden puso término á la conversación, ó más bien le dió nuevo giro.

—¿Qué le ocurre á su majestad con tanta urgencia—dijo el mancebo.

Se contrajo la frente del señor Antonio, que respondió:

—Si no lo adivináis, es porque no conocéis bien al monarca.

—Lo cual quiere decir que vos sí adivináis para qué os llama.

—Sí—repuso el hidalgo mientras se preparaba para salir.

—Pues yo confieso mi torpeza.

—El rey sabe muy bien que sin mi auxilio no hubiera podido salir de su prisión don Pedro de Carvajal; también sabe que yo fui quien en lugar de la declaración firmada por don Pedro, puso la otra falsificada.

—Sí, todo eso debe sospecharlo, porque el más torpe lo comprendería; pero como no hay ninguna prueba...

—Por eso no estoy en la cárcel.

—Y como esas pruebas no ha de tenerlas tampoco...

—Señor Leandro—interrumpió Quirós—, si creéis que Felipe II ha de perdonarme, estáis equivocado.

—No os perdonará; pero tampoco podrá castigaros.

—Los que no perdonan, se vengan, y para vengarse tiene sobrados medios el rey. Tranquilo estoy, porque de nada me acusa mi conciencia; pero bien sé que ha de costarme cara la libertad de don Pedro.

—Esos temores...

—Si son vanos, los veréis muy pronto.

—En cuidado me ponéis, mi buen amigo.

—Una amargura más ó menos poco importa. Si habilidad tuvo el rey para comprometerme y detenerme, ahora cometerá la torpeza de empujarme, de romper las ligaduras que me sujetan. Así, cuando don Pedro de Carvajal, al amparo de las paredes de su celda y del sayal empiece la lucha, yo, sin remordimiento de conciencia, le ayudaré, y en último resultado veremos quién puede más.

—Os acompañaré, y esperaré á que salgáis de la cámara de su majestad.

—Haced lo que bien os parezca.

—Vamos, pues.

—Salieron y fueron al alcázar real.

Vagando por los salones y galerías quedó el mancebo.

El señor Antonio se presentó al monarca.

La tranquilidad más perfecta revelaba en su semblante el hidalgo.

Saludó á Felipe II con el respeto que debía; pero no con la humildad del cortesano adulator.

—Debeis recordar—le dijo el rey—, que aún no hemos concluido una conversación que principiamos.

Aunque estas palabras eran tan oscuras, no pidió explicaciones el señor Antonio, porque las comprendió perfectamente, y respondió sin vacilar:

—Señor, sobre el gravísimo punto de que tuve la honra de tratar con vuestra majestad, nada tengo que decir, puesto que todo lo dije. Yo pedía justicia, manifestaba mi disgusto para el caso de que sin pruebas se condenase á don Pedro de Carvajal; pero dije también que si pruebas había, que se le castigase.

—¿Ese era vuestro deseo?

—Era y es mi opinión.

—Tened entendido que entre la opinión y el deseo hay mucha diferencia.

—Por eso precisamente hago la distinción.

—Si no deseábais que se castigara al criminal...

—Nunca deseo que nadie sufra, ni siquiera mis enemigos, y la prueba la tiene vuestra majestad en mi proceder con don Juan de Guevara. Opinaba yo que era justo castigarlo; pero nada hice para que el castigo sufriese, y cuando así procedo con enemigos como don Juan...

—Está comprendido.

—Se encuentran las pruebas contra don Pedro, y yo no he vuelto á pedir nada en su favor, sino que en mi casa he permanecido, dejando que la justicia cumpla su misión.

—Pero don Pedro se ha fugado.

—Ya lo sé.

—Se le condenará.

—Es muy justo.

—¿Y cómo se le hará sufrir la pena?

—Buscándolo y apoderándose de su persona.

—¿Y si no se le encuentra?

—Creo que sucederá lo que con otros criminales que desaparecen, porque la justicia no puede hacer imposibles.

—¿Y qué merece el que de su prisión lo ha sacado?

—Un castigo que no sé cuál debe ser, puesto que lego soy.

—Con don Pedro ha desaparecido uno de sus criados.

—Hay motivos para suponer que su criado lo sacó de su encierro.

—¿Y nadie más le ayudaría?

—Señor, no soy adivino.

—Pero vuestra opinión...

—Si son ciertos los detalles de la evasión, opino que un solo hombre bastaba para salvar á don Pedro, como cualquiera de sus criados. El que ha desaparecido tiene completa libertad en el interior de la casa, y bien pudo ir al camaranchón y romper las tablas del techo, pues la obra es bien fácil. Y una vez rotas, á nadie necesitó para salir de la casa con su señor.

—Sí, solo pudo hacer eso; pero tengo motivos para creer que no fué obra suya.

—Entonces...

—Me faltan pruebas, no para convencerme, puesto que convencido estoy, sino para que la justicia pueda castigar al que á don Pedro ayudó.

El hidalgo se encogió de hombros.

—Pero el crimen no ha de quedar impune.

—Señor, todas las deudas se pagan más ó menos tarde.

—Libre se encuentra ya don Pedro, y en un claustro busca refugio, consumiendo su vida tristemente.

—No es envidable su porvenir.

—Pero el que de su prisión lo ha sacado... ¡Oh!... también ha de sufrir, si no todo lo que merece, algo que lo convenza de que es muy peligroso representar un doble papel.

—No adivino quién haya hecho tal cosa.

—La misma persona que en lugar de la declaración de don Pedro puso la falsa que habéis visto.

—Todo es posible—dijo sencillamente el señor Antonio.

—Y cuando sufra el castigo que merece, se quejará, dirá que es víctima de una injusticia.

—No se quejará si se parece á mí—se arriesgó á decir el hidalgo.

Felipe II fijó en él una mirada penetrante y guardó silencio.

En actitud respetuosa permaneció el señor Antonio.

Por fin el monarca dijo:

—¿Cuándo pensáis volver á vuestra casa de Toro?

—Pronto, señor—respondió el hidalgo mientras sonreía muy levemente.

—¿Ya habéis renunciado á ser esposo de doña Luz?

—A eso no renunciaré jamás.

—Como decís que os vais de la corte y que emprenderéis muy pronto el viaje, creí que por ahora no habíais de ocuparos en semejante asunto.

—En todas partes puedo amar á doña Luz.

—Pues os deseo un viaje feliz... ¿Cuándo saldréis de la corte?

—Pensé salir mañana; pero ahora...

—¿Anticiparéis el viaje?

—Hoy mismo partiré si vuestra majestad es bondadoso hasta el punto de darme licencia.

—La tenéis.

—Son las diez y media y... Los preparativos de viaje se hacen pronto... A las tres en punto de la tarde saldré de Madrid... A las dos, en cuanto acabe de comer.

—¿Y os acompañarán la viuda y la hija de Vargas?

—No sé si será posible, porque las mujeres necesitan más tiempo para estas cosas.

—Otra noticia me han dado y necesito saber si es cierta. Vos podéis sacarme de dudas.

—Si vuestra majestad se digna preguntarme...

—¿Es verdad que esos buenos hidalgos, los Maldonados, piensan volverse á su casa de Valdemorillo?

—Verdad es, y me parece que no estarán en Madrid más de veinticuatro horas.

—Todos se van.

—Quedan en la corte muchos hombres leales que sirvan á vuestra majestad.

—No son muchos; pero los pocos sabré encontrarlos.

—Llenos están los salones de este palacio, señor.

Felipe II desplegó una leve sonrisa, y dijo:

—Sí, están llenos de aduladores y ambiciosos.

—Pero si saben representar bien sus papeles, ¿qué importa lo demás?

Otra vez quedó silencioso el monarca, y después de algunos minutos dijo:

—Que Dios os acompañe, buen Quirós.

—Deseo que Dios dé á vuestra majestad muy larga vida para bien de la causa de la justicia—dijo el hidalgo.

Y de la cámara salió.

Sonreía como si fuese la criatura más feliz.

Los cortesanos lo miraban envidiosamente, porque creían que había conseguido alguna gracia de su majestad.

¿Cómo había de sospechar nadie que el señor Antonio de Quirós acababa de ser desterrado, es decir, acababa de ser víctima de una injusticia?

Entretanto el rey murmuraba con voz sorda:

—¡Oh!... No se ha turbado ni por un solo instante; se aleja completamente tranquilo. ¡Qué hombre!... Pero ¿qué me importa que valga mucho, si mío no puede ser?

En una solitaria galería encontró el hidalgo al mancebo.

—¡Ah! —exclamó éste.—Me tranquilizo, porque vuestro semblante dice que eran infundados vuestros temores.

—Sí, me equivoqué.

—¿Qué quería su majestad?

—Necesitaba un desahogo y ya lo ha tenido.

—No adivino...

—Quería que hablásemos de don Pedro de Carvajal, y lo he complacido. Nuestra conver-

sación no ha podido ser más tranquila, puesto que de acuerdo estábamos en todo.

—¿Y nada más?

—Después hemos hablado también de mi viaje.

—¡Vuestro viaje! —replicó Leandro con tono de extrañeza.

—¿Qué os sorprende?

—Yo ignoraba...

—Sí, mi buen amigo, he de volver á Castilla la Vieja.

—Pero...

—Hoy mismo partiré.

—Esa determinación...

—¿No acabáis de comprender que el rey me ha desterrado?

—¡Vive Dios!...

—También habrán de salir de la corte la viuda y la hija de Vargas.

—¡Señor Antonio!...

—Más aún.

—¡Más!...

—El señor Felipe de Maldonado y su padre están desterrados también.

—¡Por el infierno!

—Deben volverme á Valdemorillo.

—¡Oh!...

—Un acto de justicia de Felipe II.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del mancebo. Su mirada se tornó sombría.

—¿Y así es como hace justicia el rey?—exclamó.

—Así —dijo con calma el señor Antonio.

—¡Vos desterrado!... No, no iréis solo, porque yo...

—Cuidado, que si una ligereza cometéis, puede costaros muy cara, y tened entendido que vuestra desgraciada madre...

—¡Ah!...

—Calma, señor Leandro; mucha calma, porque en esta situación...

—Calma tendré en apariencia; pero...

—Nada haréis, absolutamente nada.

—Sí, dejaré el servicio del rey.

—Eso lo consideraría una ofensa.

—¿Y qué me importa?

—Mucho, porque de Felipe II depende vuestro porvenir.

—No necesito su protección, ni la quiero, porque aceptarla sería una deslealtad para el mejor, para mi único amigo. Injustamente os trata Felipe II, y yo no lo serviré. A vos os debo mi fe.

licidad, los primeros consuelos que endulzaron mis amarguras: vos fortificásteis mi espíritu, y...

—Por eso me pagáis con verdadero cariño, y satisfecho estoy.

—Por mí habéis arriesgado la vida.

—Yo he cumplido mis deberes.

—Y yo cumpliré los míos. Lo que sea de vos, será de mí.

—Olvidáis una cosa.

—¿Qué?

—A Madrid volverá don Pedro para trabajar en favor de los rebeldes, es decir, para trabajar contra Felipe II.

—Ya lo sé.

—Y yo haré lo mismo.

—Y yo también—dijo enérgicamente Leandro.

—Vos no podéis trabajar contra el monarca.

—¿Quién me lo estorbará?

—La deuda de gratitud que tenéis por las mercedes que de él habéis recibido.

—Mi empleo de alférez...

—Sí.

—Por eso lo dejaré.

—Ha protegido á María...

—No le ha concedido ninguna gracia; le ha hecho justicia, y nada más.

—Os dejáis arrebatar, y no pueden ser acertadas las resoluciones que se toman en los momentos de arrebato.

—Obedezco los impulsos de mi corazón, y seguro estoy de que mi resolución ha de ser la misma después de recobrar la calma y reflexionar.

—Habéis de escuchar á vuestra noble madre.

—La escucharé, porque es mi obligación.

—Y no olvidéis que, prescindiendo de su cariño, tiene una gran inteligencia.

—Lo reconozco más que nadie.

—Y conoce al rey como nadie lo conoce.

—¿Y qué he de deducir de todo esto?

—Que sus consejos tienen mucha importancia.

—No es posible que mi madre me aconseje olvidar los deberes que me imponen la amistad y la gratitud.

—Señor Leandro, después hablaremos de este asunto, porque ahora tengo mucho que hacer.

—¿Adónde vais?

—A ver á don Luis de Guzmán para darle á conocer mi situación, manifestarle otra vez mi agradecimiento porque le debo la vida, y despedirme.

—¿Y luego?

—Veré á Maldonado, y de vuestra madre me despediré.

—En mi casa me encontraréis.

—Y á las dos de la tarde partiré, y pasado mañana daré un apretón de manos á don Pedro de Carvajal.

—Yo me quedo.

—Y se queda María y el honrado Antón.

—¡Oh!...

—Hasta luego, mi buen amigo.

Se separaron.

A la vivienda de don Luis se encaminó el señor Antonio.

A su casa fué Leandro.

No podía ocultar su violenta agitación.

—¿Qué sucede?—le preguntó su madre.

—Otra desgracia, otra injusticia.

—¡Dios mío!...

—Escuchadme, madre mía.

—Sí, explícate, porque mis temores...

—Y luego me aconsejaréis.

Dofia Juana miró ansiosamente á su hijo.

Este refirió lo que acababa de suceder.

Una sonrisa amarga desplegó la noble señora.

—Prosigue—dijo.

—En vista de todo esto—repuso Leandro—he adoptado una resolución.

—¿Y se la has dado á conocer á Quirós?

—Sí.

—¿La aprueba?

—No, porque su generosidad, su grandeza de alma...

—Y su talento.

—Pero vos...

—Sepamos en qué consiste la resolución que has adoptado, pues temo que sea una locura y que por eso no la apruebe el noble Quirós.

—A pesar de su opinión, cumpliré mi deber.

—Te escucho, hijo mío.

Los dejaremos hablar para ir en busca del señor Antonio.

## CAPITULO XLIX

### VERDADERA JUSTICIA

Nada hubiera sorprendido tanto á don Luis de Guzmán como el anuncio de la visita del señor Antonio.

¿Qué podía creer éste cuando ya sabía que nada había de conseguir en punto á sus pretensiones?

No pudo adivinarlo el caballero, ni era posible que lo adivinase; pero cumpliendo su deber, recibió inmediatamente al hidalgo y lo saludó tan cortésmente como éste merecía.

—Vengo á molestaros—dijo Quirós—, pero no con súplicas ni razonamientos para conseguir lo que anhelo tan ardientemente y es mi única dicha, sino para que conozcáis mi situación y determinéis lo que bien os parezca en vista de mis resoluciones.

—Os escucharé con mucho gusto, pues á pesar de todo lo que ha sucedido y de lo mucho que me habéis mortificado, no puedo olvidar que sois el hijo de mi mejor amigo, ni olvidaré tampoco que merecéis consideración, siquiera porque víctima fuisteis de la más infame alevosía.

—Si aquel desgraciado suceso que en peligro puso mi vida ha podido contribuir á que vuestra hija se libre de mayor desgracia, como hubiera sido la de casarse con don Juan, me felicito, don Luis, y la desgracia la considero una fortuna.

—Es indudable que aquella fué la causa de que yo acabase de conocer al miserable traidor.

—Ocasión tuvisteis también de demostrar vuestros nobles sentimientos, y reconozco que os debo la vida, porque...

—No hablemos de eso, señor Antonio.

—Pues voy á daros á conocer los secretos de otra historia que tiene mucho interés.

—Decid.

No tenemos para qué repetir las palabras del hidalgo. Con todos sus detalles refirió lo que pudiéramos llamar la historia de don Pedro, haciendo la pintura con tanta exactitud, que don Luis pudo apreciar perfectamente todos aquellos sucesos.

Con atención profunda escuchaba el padre de doña Luz, y aunque no pronunciaba una palabra, en su semblante se pintaban sus sentimientos de horror unas veces, otras de indignación, de admiración ó sorpresa.

Nunca había sospechado lo que oyendo estaba.

El relato terminó con la fuga del señor de Carvajal, y luego el señor Antonio habló de su destierro, refiriendo también palabra por palabra su conversación con el rey.

Entonces don Luis de Guzmán arrugó el entrecejo.

No podía ocultar su disgusto.

—¿Habéis concluído?—preguntó al ver que callaba el señor Antonio.

—Sí—respondió éste—, porque lo único que me queda por decir es que hoy mismo, dentro de pocas horas saldré de la corte, y como otra cosa no puedo hacer, ni tampoco puedo renunciar á la dicha que anhela mi corazón, esperaré resignado por si algún día vos queréis concederme la felicidad que hasta hoy me habéis negado. Ya no puedo luchar, y en paz os dejo, don Luis, y perdón os pido en gracia de que mis intenciones han sido nobles siempre, en gracia de mi deseo de hacer feliz á doña Luz al mismo tiempo que yo conseguía la felicidad.

Don Luis inclinó la cabeza y quedó silencioso.

El hidalgo lo miró y esperó ansiosamente.

Cinco minutos pasaron.

Por fin el caballero levantó la cabeza y dijo con grave tono:

—Don Juan de Guevara quiso asesinaros.

—Sí.

—¿Le perdonásteis?

—Era mi deber.

—Don Pedro de Carvajal hizo sufrir mucho á esas intelices mujeres.

—Lo perdonaron también.

—Y vos, que os interesábais por ellas y que las defendíais, habréis protegido á don Pedro.

—Y de su prisión lo he sacado, porque estaba verdaderamente arrepentido, porque se ha regenerado. ¿No hubiérais hecho vos lo mismo, caballero?

—Sí.

—Y en cuanto á la hija de don Juan y al hijo de doña Juana...

—También habéis hecho lo que debíais.

—El resultado ya lo conocéis.

—Estáis desterrado.

—Y no imploraré perdón, porque mi conciencia está tranquila y porque no quiero humillarme.

—El rey ha sido injusto, y en cuanto á vos...

—No me arrepiento.

—Parece que habéis nacido para sufrir injusticias.

—Debo haber heredado el sino de mi noble padre.

—Las injusticias que sufrió amargaron su existencia.

—Y la abreviaron.

—¡Pobre amigo mío!

—Pero murió con dignidad.

—No quisiera yo que os sucediera lo mismo.

—A pesar de vuestro noble deseo...

—¡Oh!... Señor Antonio, tentado estoy por entablar la lucha con vuestra pícaro estrella.

—Si vos pudiérais evitar que sobre mí lloviesen las injusticias, lo eviraríais, caballero, ya lo sé, pues reconozco vuestros sentimientos nobles á pesar de la tenaz resistencia que habéis opuesto á las súplicas de vuestra hija, á pesar de todo vuestro rigor en el asunto que para mí tiene más interés que la vida.

—Si no puedo evitar las injusticias que otros cometen, yo puedo ser justo y algún consuelo tendréis así.

—Más que justo habéis sido conmigo, y al declararos así, me complazco. ¿No os debo la vida?

—No hablemos de ese negocio desagradable.

—¡Ah!... Desagradable ha de ser forzosamente nuestra conversacion.

—Sin embargo, deseo que os concretéis al asunto principal, á nuestra situación en estos momentos.

—Ya la conocéis.

—El rey os ha desterrado.

—Y hoy mismo saldré de la corte.

—Ha hecho mal el rey, dicho sea con perdón del respeto profundo que merece. No creo que su intención sea mala; pero sí opino que se ha equivocado. Al fin el monarca es una criatura como todas y está sujeto á errores.

El señor Antonio desplegó una irónica sonrisa, cuyo significado comprendió don Luis, y añadió:

—No dudéis que Felipe II es justiciero.

—¿Cómo he de dudaros cuando de su amor á la justicia tengo una prueba?

—Un error, ya os lo he dicho.

—Sí, me destierra, hace lo mismo con esas dos infelices mujeres tan dignas de consideración, y á Maldonado, lo mismo al padre que al hijo, les manda salir de la corte, á pesar de que ninguna parte han tomado en ninguna clase de intrigas.

—Si al rey le han dicho...

—¿Qué importa lo que le digan? Felipe II lo escucha todo; pero es poquísimo lo que toma en consideración.

—A pesar de todas esas razones...

—Perdonad, don Luis; pero no he venido para convenceros de que no es el nombre de justicie-

ro el que merece el monarca, pues para mi gobierno me basta mi opinión, y, sobre todo, hay otra cosa que me interesa más, mucho más.

—Si, vuestro amor.

—Eso es.

—Según parece, empezáis á reconocer mi derecho incontestable á disponer de la mano de mi hija.

—Lo reconocí siempre, caballero.

—Entonces...

—Pero vos también reconoceréis que es cosa muy natural que cada criatura haga lo posible para conseguir lo que desea, lo que ha de constituir su felicidad, con tal que no acuda á medios criminales, pues á nadie le está permitido alcanzar el bien haciendo el mal.

—Estamos de acuerdo.

—Yo he trabajado, he luchado...

—Señor de Quirós, me parece que algo habéis hecho que puede calificarse de abuso.

—Nada, don Luis.

—Os habéis introducido en mi casa...

—De eso no tenéis pruebas.

—No; pero tampoco debo dudaros.

—Y aunque así haya sucedido, os juro por mi honor, por el nombre ilustre y honrado que me legó mi padre, que he respetado á vuestra hija como hubiera podido respetar á mi madre.

—El juramento de un Quirós...

—Creo que algo vale.

—Mucho.

—Gracias, caballero.

—Bien se me alcanza que la juventud, en el arrebatos de sus pasiones, comete locuras sin intención de ofender y creyendo firmemente que no hace nada malo. Yo he sido joven y recuerdo cómo á vuestra edad la sangre hierve.

—Pues siendo así, ¿cómo no me perdonáis?

—¡Oh!...

—Ya os dejo en paz, don Luis, y tranquilo viviréis, mientras yo, con el corazón destrozado y llena el alma de venenosa amargura, paso mi triste vida sin otra esperanza risueña que la esperanza horrible de la muerte.

—Cualquiera diría que estáis desesperado.

—Que sería lo mismo que creer que esperanzas no tengo, y no se equivocaría quien lo creyese.

—Andando el tiempo...

—Os conozco bien, don Luis, y sé que vuestras resoluciones son irrevocables.

—No recuerdo haber cambiado nunca de opinión.

—Pues siendo así...

—Yo soy viejo, señor Antonio, y no he de vivir mucho.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque cuando no exista, ningún estorbo tendréis, y...

—Basta, caballero—interrumpió viva y severamente Quirós.—Si tan ruin me juzgáis que habéis podido creer que yo ponga por cimiento de mi dicha la losa de vuestro sepulcro...

—No; pero...

—¡Cuánto sufriría doña Luz si os escuchase!

—¡Bah!—murmuró don Luis, sonriendo levemente, lo cual rara vez hacía.—Dais importancia á lo que ninguna tiene.

—Mucha.

—Otra vez olvidamos la cuestión principal.

—Me parece que no.

—Volvamos á las injusticias.

—Como bien os parezca.

—Os he dicho que yo en algo puedo remediar... No, no es eso... Quiero decir que con un acto de justicia puedo compensar la injusticia de que víctima sois, puedo consolaros, endulzar vuestras amarguras.

—Eso es indudable.

—Pues bien; como sois el hijo de mi mejor amigo, y como vuestro padre nos contempla ahora desde el cielo y por vos intercede...

—¡Padre mío!... Sobre su noble y generoso pecho yo podría llorar; pero no podré hacer más que regar su sepultura con mis lágrimas.

—Sois buen hijo.

—Tan bueno era mi padre...

—Y por su memoria haré lo nunca hice, cambiaré de opinión, cambiaré de resolución.

—¡Don Luis!—exclamó el señor Antonio fijando una mirada de indescriptible ansiedad en el caballero.

—Os casaréis con mi hija.

—¡Ahl!...

—Calma, señor de Quirós, calma.

—Siempre la he tenido; pero ahora...

—La necesitáis más que nunca.

—¡Os debía la vida y ahora os debo la felicidad!... ¡Cómo os bendecirá mi padre desde el cielo!...

—Venid—dijo el señor de Guzmán, poniéndose en pie.

Lo inesperado aturde, y á pesar de todo el

dominio que sobre sí tenía el señor Antonio, aturrido profundamente se sintió.

Momentos hubo en que dudó si despierto estaba.

Después de tanto sufrir, de tanto luchar, cuando más desgraciado se creía y menos esperanza debía tener, de repente le concedieron lo que tanto deseaba, la dicha inmensa que no había podido alcanzar por ningún medio.

Maquinalmente siguió á don Luis.

Atravesaron varias habitaciones y entraron en la cámara de doña Luz.

Esta exhaló una exclamación de sorpresa al ver á su amante.

—Hija mía—le dijo su padre cariñosamente—, aquí tienes al señor Antonio de Quirós, que cumpliendo un deber de cortesía, que mucho le agradezco, ha venido para despedirse.

—¡Para despedirse!—murmuró la joven como quien no entiende lo que ha oído.

—Sí—repuso su padre—, porque hoy mismo saldrá de la corte, y su ausencia será larga.

—¡Que saldrá de la corte!... ¡Que será larga su ausencia!...

—Eso es.

—¡Padre mío!...

—Su majestad, por efecto de un error, lo ha desterrado.

—¡Que os han desterrado!—le dijo la joven á su amante.

—Sí, porque sospecha el rey que es á mí á quien debe su salvación don Pedro de Carvajal.

—¡Otra injusticia!...

—¿Y qué me importa?

—Es una amargura.

—Preguntad á vuestro padre y os dirá que nunca me he considerado tan feliz como ahora.

—No comprendo...

—Hija mía, el señor de Quirós tiene contados los minutos y no puede detenerse. Yo te explicaré lo que ha sucedido; y ahora conténtate con saber que es dichoso y que tu padre desea también tu dicha, y te la proporcionará á cualquier precio.

—Pero...

—Te permito que estreches la diestra al señor Antonio de Quirós.

La joven miró alternativamente á su padre y al hidalgo.

—¿No me has entendido?

—Estoy aturdida.

—Digo que te despidas del señor Antonio y

luego rezarás ante esa imagen, puesto que ante esa imagen santa, según tengo entendido, juraste no ser esposa de ningún hombre como no fuese el señor de Quirós.

—¡Dios mío!...

—¿Por qué no me abrazas, hija mía?

Un grito exhaló doña Luz, grito que parecía llevarse tras sí el alma.

Se puso en pie y en los brazos de su padre se arrojó mientras un raudal de lágrimas se escapaba de sus ojos.

—¡Hija de mi alma!— exclamó el anciano profundamente conmovido.

—¡Padre mío!

No pudieron decir más en algunos minutos. El señor Antonio permaneció inmóvil.

Cuando doña Luz se desprendió de los brazos de su padre, dió algunos pasos, cayó de rodillas ante la imagen de la Virgen, cruzó las manos y exclamó:

—¡No merezco tanta felicidad!

Luego inclinó sobre el pecho la cabeza.

Reinó un silencio profundo.

No podía ser más interesante ni más conmovedor el cuadro que presentaban aquellas tres criaturas.

Así pasaron cinco minutos.

Doña Luz se puso en pie.

A través del llanto que humedecía sus magníficos ojos, escapábase el fuego de su alegría incomparable.

Otra vez abrazó á su padre.

Luego alargó la diestra al hombre á quien tanto amaba y le dijo:

—La fortaleza de espíritu debe guardarse para los momentos de la desgracia.

—Os advierto que Felipe II no me ha hecho palidecer; y como adiviné sus intenciones, antes de que me mandase salir de Madrid como el déspota manda, le dije que hoy mismo pensaba emprender mi viaje á Castilla la Vieja.

—Bien, muy bien.

—Doña Luz, con el alma destrozada he venido, siendo el más desdichado de los mortales, y me voy siendo la más feliz de las criaturas.

—Que Dios os acompañe.

—Con el mejor de los padres os dejo... ¡Que el cielo os bendiga!

Muy pocas palabras más cruzaron.

El señor Antonio salió.

Aún le parecía mentira su felicidad.

No debemos seguirlo, porque antes hemos de

ir en busca de Leandro y de su madre, cuya conversación fué de muchísimo interés y debía influir muy poderosamente en la suerte del mancebo.

## CAPITULO L

### EL SECRETO Y LA SORPRESA

Leandro recordó las circunstancias más interesantes de su pasada situación y el principio de sus relaciones con el señor Antonio y todo lo que éste había hecho en su favor, acabando por las deducciones que naturalmente se desprendían de todo. Así resultaba que el mancebo tenía la obligación de subordinar su suerte á la del hidalgo, sufriendo si éste sufría y gozando si éste gozaba.

Para pagar la deuda de gratitud y de corazón que había contraído, el mancebo tenía la obligación de seguir al hidalgo por el camino que éste marchase, cualquiera que fuese, arriesgándose con él en toda clase de empresas.

Si alguien ofendía al señor Antonio, Leandro debía considerarse ofendido, y si un beneficio le hacían, debía él considerarse beneficiado.

Así entendía la amistad el hijo de doña Juana.

No se metía á examinar si el hombre que lo había protegido tan generosamente era bueno ó malo, y si había procedido con justicia ó con acierto en esta ó en la otra ocasión. En el alma del mancebo el sentimiento de la gratitud estaba sobre todo, y además amaba al hidalgo como pudiera amar á un hermano, ó más bien á un padre.

Hubiera creído cometer un crimen permaneciendo al lado del rey, que tan injustamente trataba al señor Antonio, que lo desterraba, y con más ó menos disimulo le amenazaba con algo más terrible que el destierro.

¡Servir al que esto hacía con el noble hidalgo!

Jamás.

Y claro es que tampoco quería Leandro recibir ningún beneficio de la mano que maltrataba á Quirós.

Todos estos razonamientos los hizo el joven con la vehemencia que le era propia, y declaró que desde aquel día era enemigo de Felipe II, y trabajaría en favor de los nobles flamencos; ayudando en cuanto pudiese al señor Antonio y á don Pedro de Carvajal.

De la firmeza de su resolución no podía dudarse.

Temblando escuchó doña Juana.

Mortales angustias sufría la infeliz.

Todo su talento, que era mucho, lo empleó para contestar á los razonamientos de su hijo; y para convencerlo y disuadirlo, apeló á las súplicas, y hasta hizo uso de su autoridad de madre.

Trabajo inútil.

Leandro era tenaz, y no retrocedía cuando daba el primer paso, siendo ésta una de sus cualidades distintivas.

La lucha que sostuvieron la madre y el hijo fué desgarradora, y por fin ella dijo con tono de amargura y mientras que por sus mejillas corría el llanto:

—Después de tantos años de sufrimientos que ni concebir puedes, cuando al encontrar á mi hijo creí que Dios se apiadaba de mis dolores y que había llegado el día de la felicidad en cuanto la felicidad es posible para mí... ¡Ah!... Triste desengaño!... Lo que debió ser mi dicha es un sufrimiento más, y el hijo de mis entrañas, el hijo á quien tan ansiosamente he buscado, es precisamente el que destroza mi alma con un nuevo dolor.

—Madre mía—respondió el mancebo—, permitidme os diga que ofuscada estáis en estos momentos. Vuestro hijo no piensa abandonaros, y está dispuesto á sacrificar por vos la vida. ¿Qué más desea vuestro corazón de madre? Si me hubiéseis encontrado antes de que me protegiese Felipe II, mi situación sería con respecto al rey la misma en que ahora quiero colocarme, y esto no lo consideraríais una desgracia, y os concretaríais á aconsejarme que fuese prudente, y á ponerme estorbos para que me comprometiese en empresas demasiado peligrosas.

—Te equivocas, Leandro.

—Mirad la cuestión bajo otro punto de vista.

—No tiene más que uno.

—Yo era pobre y el rey me dió un empleo. Lo acepté porque me convenía. Encuentro á mi madre, que es muy rica, y como rico soy también, no tengo necesidad del empleo, ni quiero sujetarme al rigor de la vida del soldado, pues me agrada y me conviene vivir en mi casa como cualquier caballero, y ser enteramente libre para emplear el tiempo en lo que bien me parezca. Ahora tengo jefes que me mandan como déspotas, y no quiero tenerlos, sino que, por el

contrario, como soy rico, deseo ser yo el jefe de mis criados, mandar y que nadie me mande. ¿Hay nada tan natural y sencillo como esto? ¿A quién puede sorprender que un hombre rico quiera pasar una vida regalada en vez de la vida de sujeción, de agitación y de peligros del soldado? Si soldado fui, la necesidad me obligó para procurarme el sustento; y como la necesidad ha desaparecido, no tengo para qué hacer lo que antes hacía.

—Puedes dejar el servicio de las armas, y yo deseo que lo dejes, porque la profesión es peligrosa.

—Y como he de casarme y quiero dedicarme exclusivamente al cuidado de mi familia...

—Todo eso está bien...

—Entonces...

—Pero hay gran diferencia entre eso y trabajar contra el rey.

—¿Y qué os importa Felipe II?

—Me importa tu vida.

—No he pensado arriesgarla, y además, cuando hay que cumplir un deber, no se miran los peligros.

—Leandro...

—Sin la protección y generosidad del señor Antonio, yo no hubiera encontrado á mi madre. Cuando ha sido menester, ese hombre ha arriesgado la vida por mí, y no ha vacilado un instante, ni siquiera ha dado importancia á lo que hacía; ¿por qué sufre ahora el destierro? ¿Por favorecer al que apenas era su amigo? ¿Por qué se expone á ser asesinado y se desveló muchas veces y se impuso contrariedades? Por favorecerme. Y el desinterés de su protección no puede ponerse en duda.

—No lo he puesto.

—¿Y no tengo la obligación de pagarle?

—Sí; pero también estás obligado á ser leal al rey, no dar un solo paso que al rey pueda perjudicar ó contrariar.

—Entre el rey y el señor Antonio de Quirós...

—Primero el rey—dijo con breve acento doña Juana.

—¡Primero el rey!—exclamó con asombro el mancebo.

—Sí.

—¡Primero el rey que el amigo generoso, el hombre que ha hecho por mí tanto como puede hacer un padre!...

—Eso he dicho, Leandro.

—No, madre mía, pues eso sería un crimen.

—¡Hijo mío!

—Perdonadme, madre de mi alma; pero no cambiaré de resolución—repuso Leandro con firmeza, y se puso en pie como dispuesto á dar fin á la conversación.

Doña Juana elevó al cielo una mirada de dolor mortal.

Debía sufrir horriblemente en aquellos momentos.

Lucha-espantosa destrozaba su alma, y en su rostro palido se pintaba claramente su martirio. Ya no lloraba.

El fuego de la fiebre iluminaba sus pupilas.

La situación no podía ser más crítica para la infeliz.

Nada había conseguido con los razonamientos y las súplicas, ni los mandatos.

¿No le quedaba ningún recurso?

Uno le quedaba; pero le asustaba la idea de apelar á él.

Y sin embargo era preciso, porque la infeliz se horrorizaba á la idea de que el mancebo se declarase abiertamente enemigo del monarca.

El sufrimiento de la pobre madre lo comprenderemos cuando conozcamos bien la situación.

Pasaron algunos minutos sin que una palabra pronunciasen.

Por fin la dama miró profundamente al mancebo, y le dijo:

—Siéntate.

Obedeció Leandro y tembló, porque veía en el semblante de su madre algo que no acertaba á explicarse.

Se puso en pie doña Juana, fué hasta la puerta, lavantó la cortina y miró al inmediato aposento.

Quería convencerse de que nadie escuchaba ni andaba por allí.

Se pasó las manos por la frente, que abrasada sentía.

Se oprimió el pecho.

Apenas podía respirar.

Cuando se sentó, dijo con voz oscurecida:

—Te has empeñado en ir hasta el fondo del abismo de todas las desdichas.

—La criatura no sabe cuál ha de ser su fin.

—No has querido escuchar mis consejos.

—Eran contrarios á mis deberes.

—Tampoco has escuchado mis súplicas.

—Mi deber me prohibía escucharlas, y bien sabe Dios lo que he sufrido y lo que estoy sufriendo.

—Pues bien, vas á conocer la última razón, la razón suprema, y si después insistes... No, no insistirás... Yo que tanto te amo, voy á destrozarte tu alma; pero es preciso, porque sólo así evitaré mayores males.

—Lo que decís...

—Lo comprenderás bien pronto.

—Madre mía...

—No quiero que llegue un día en que me acuses por haberte dejado caminar entre las tinieblas de la ignorancia; pues entonces sería mía la responsabilidad de cuanto hubieres hecho.

Leandro no sabía qué responder.

Otra vez doña Juana se oprimió el pecho.

Hizo un gesto doloroso:

—¡Pobre corazón mío!—murmuró.

—Madre mía, estáis muy agitada y debiéramos suspender esta conversación.

—No puede ser,

—Después, mañana, cualquier día...

—Repito que no.

—El asunto es urgente...

—Sí, porque en estos momentos pensáis ya en Felipe II como se piensa en el enemigo.

—¿Y qué importa eso si nada más hago?

—Importa mucho y pronto lo verás.

—Descansad ahora...

—Has de escucharme.

—¡Oh!

—Lo quiero así... te lo mando.

El joven inclinó respetuosamente la cabeza.

Doña Juana añadió:

—Al señor Antonio le debes mucho más que la vida.

—La felicidad.

—Más aún, porque ha inculcado en tu alma sentimientos, ideas que son un beneficio inmenso.

—Sí.

—Debes amarle como á un hermano se ama...

—Como á un padre.

—Y si necesitara tu vida, debes sacrificarla por él sin vacilar.

—Repetís lo que antes he dicho.

—Para que te convenzas de que soy justa, y de que los sentimientos más nobles me animan respecto al señor Antonio de Quirós.

—Estamos, pues, de acuerdo.

—Pero á pesar de todo eso, para ti debe ser antes el rey.

—Eso no.

—Si en igual peligro y en un mismo instante

estuviesen Felipe II y el señor Antonio, y no te fuere posible salvar más que á uno...

—El monarca perecería.

—Dejarías perecer al amigo que tanto debes.

—Madre mía...

—¿Y si absolutamente preciso fuese que clavases un puñal en el pecho de esos dos hombres?...

—No me veríais vacilar.

—No, porque la cavilación sería un crimen horrendo.

—En ese caso el puñal...

—Lo clavaríais en el corazón del señor Antonio.

—¿Habéis perdido la razón?

—Bien puede ser que loca me vuelva el dolor.

—¿Estoy yo delirando?

—Tampoco.

—Pues si ambos conservamos cabal el juicio...

—Igual será nuestra opinión dentro de algunos minutos.

—Acabad, madre mía.

—Deseas lo que ha de hacerte mucho mal.

—Tanto me atormentan las dudas...

—Es mucho más espantosa la realidad. ¡Pobre hijo mío!... Cuando tus dudas se disipen, cuando acabes de comprender la situación, cuando penetres en el horrible misterio... ¡cuánto has de sufrirl!

—Conseguiréis hacerme temblar.

—¡Sí yo he de ser quien destroce tu alma!

—Pero...

—Sigue escuchando.

—Sí, sí.

La agitación de la dama era más violenta cada momento.

Grandes, sobrehumanos esfuerzos hacía para dominarse.

—Tú no puedes—dijo—ser enemigo del rey, no puedes sin cometer un gran crimen.

—Tampoco puedo ser defensor de quien comete grandes injusticias.

—Tú no estás autorizado para juzgar á Felipe II.

—¿Y quién tiene derecho para poner límites á mi juicio?

—Lo limitan deberes sagrados.

—Verdad es que cuando me encontraba en la miseria me dió un empleo; pero se lo agradecí y lo he servido con lealtad, y así está la deuda pagada.

—Los deberes de que hablo no son los impone la gratitud.

—Pues los del vasallo...

—Otros también.

—Si ha protegido á María...

—Tampoco es eso.

—Madre mía, lo que decís...

—Es enigmático, ya lo sé.

—Y ese enigma...

—Lo descifraré con una sola palabra.

—Pronunciadla.

—Antes he de decirte lo que harás.

—Ya conocí mi resolución.

—Dejarás tu empleo si así te place.

—Hoy mismo.

—Serás esposo de la mujer á quien amas.

—Muy pronto.

—Te dedicarás exclusivamente al cuidado de tu familia, y en cuanto á lo demás, te concretarás á deplorar las desgracias de tus amigos y á pedirle á Dios que les proteja; pero no harás otra cosa, Leandro, no harás otra cosa, porque para hacerla has de encontrar el estorbo en tus mismos sentimientos nobles, en tu conciencia.

—¿Y si os equivocáis?

—Desgraciadamente no me equivoco.

—Permitidme que dude.

—¿Quieres escuchar la última palabra?

—Quiero—dijo con firmeza el joven.

—Pues bien, Felipe II...

Se interrumpió la dama y tembló.

Otra vez fué hasta la puerta y miró al inmediato aposento.

Hubiérase dicho que temía la aparición de un fantasma.

Cuando se acercó á su hijo exclamó:

—¡Por última vez, por el amor de tu pobre madre!...

—No puedo, no puedo—interrumpió el joven.

—Lo quieres—dijo doña Juana con el acento del delirio—, sea.

—¡Sí, sí!—exclamó Leandro desesperadamente.

La pobre madre se inclinó, y mientras sus negros ojos brillaban como carbunclos, dijo con voz reconcentrada:

—Felipe II es... ¡Tu padre!

—¡Mi padre!—gritó Leandro, poniéndose en pie.

Y quedó inmóvil como una estatua.

Doña Juana, como si repentinamente se hubiesen agotado sus febriles fuerzas, se dejó caer pesadamente en el sillón que antes había ocupado.

Desfigurado y lívido estaba el rostro del mancebo.

Abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas. Temblaba convulsivamente.

No se percibía otro ruido que el de la respiración violenta de aquellas dos criaturas.

Y en aquellos momentos terribles, cuando tan profundo era su trastorno y antes de que pudieran darse clara cuenta de la situación, ni poner en orden sus confusas ideas, que como un torbellino pasaban por su mente, levantóse la cortina de la puerta y resonó la voz de un criado, diciendo:

—El doctor Olivares.

No pudieron aquellas dos infelices criaturas contener un grito.

El sombrero médico se presentó.

Hay escenas que no pueden pintarse.

¿Qué debieron sentir doña Juana y Leandro?

No hubieran podido decirlo ellos mismos.

Quizás nada sentían en aquellos momentos, quizás ni conciencia de su propia vida tenían.

El doctor, mientras se inclinaba respetuosamente, miró á la madre y al hijo.

Adivinó lo que sucedía.

Ya sabemos que era demasiado astuto.

—Que el cielo os guarde—dijo tranquila y ceremoniosamente.

—Doctor—balbuceó Leandro.

—¡Oh!—murmuró doña Juana.

—Bien venido—añadió el mancebo mientras se pasaba las manos por la frente.

—Estáis agitado, sufrís, y... No me sorprende vuestro disgusto, porque conozco la causa y conozco también vuestro noble corazón. Precisamente he venido para cumplir el deber que la amistad me impone, manifestándoos que participo de vuestro pesar, que deploro la desgracia, y... ¿por qué no he de decirlo con franqueza? Ahora nadie nos escucha, y puedo permitirme este desahogo yo; el rey ha sido injusto; pero abrigo la esperanza, ó más bien tengo la seguridad de que pasado algún tiempo, que quizás no será mucho, pensará que lo que ha hecho el señor Antonio de Quirós, ó más bien lo que habéis hecho vos, y él, en vez de castigo, merece aianza. Sin embargo, como algunas veces su majestad exagera la severidad, y como también tiene sus ideas, sus opiniones en cuanto á la manera de hacer justicia, resulta...

Se interrumpió el doctor para toser; pero luego continuó con la misma calma y como si se

hubiese propuesto dar tiempo para que se recordasen aquellas dos infelices criaturas, y pudieran representar su papel, la farsa que les convenía.

—En fin—dijo—, debemos ser imparciales y recordar que el rey tiene en su poder documentos que si bien no prueban que el señor Antonio de Quirós haya favorecido á los rebeldes flamencos y fomentase los extravíos del desdichado príncipe don Carlos, son bastante para suponer que en relaciones demasiado íntimas está con los de Flandes. Antes que castigar al noble hidalgo, quiso su majestad obligarle, hacerlo suyo, y le concedió distinciones que concede muy rara vez. Opino que ha debido dejarle en libertad para que se demuestre generoso con don Pedro, y opino también que ha debido dejar en paz al delincuente desde el momento en que éste se arrepintió y decidió separarse del mundo para terminar su vida en el claustro, y en esto consiste el error de su majestad, el error que todos deploramos; pero como el mal no es tan grande como parece, ni el rey piensa ir más allá de donde ha ido en este asunto, creo que debemos dejar que el tiempo pase, esperando una ocasión oportuna para que la desgracia se remedie, y entretanto haremos cuanto sea posible para conseguir que don Luis de Guzmán consienta que su hija se case con el señor Antonio. ¿Quién sabe si lo que parece una desgracia es una fortuna?

—Todo es posible—dijo Leandro, que empezaba á recobrar la calma ó, por lo menos, á desatardirse.

—Debemos tener presente que don Luis de Guzmán es hombre de muy recta conciencia, y además fué tan amigo del padre de Quirós que se amaban como hermanos, y quizás al ver que el hijo de aquel amigo ha sido víctima de todos los atentados y que tanto sufre por ser demasiado noble y generoso, quizás, repito, quiera compensar sus sufrimientos concediéndole la mano de su hija.

—Siempre resultará...

—Sí, que el rey ha cometido un error.

—Una injusticia—dijo doña Juana.

—Contad conmigo para cuanto en cualquier sentido pueda favorecer al señor Antonio de Quirós.

—Gracias, doctor.

—Es un hombre que vale mucho y todo lo merece. Sentiré que se deje arrebatado y que cometa alguna locura.

- Ya sabéis que tiene calma.
- Sí; pero hay ciertas amargas...
- El mal que le han hecho lo perdonará, no lo dudéis; pero el que hacen á sus amigos...
- Otro error que es consecuencia de una ser-  
veridad exagerada. Esas dos pobres mujeres...
- ¿Qué crimen han cometido?
- El de no haber entregado al rey el terrible  
documento que en sus manos puso la casualidad.
- Precisamente eso prueba su nobleza de  
alma.
- Sí; pero...
- ¿Y qué diréis del señor Felipe de Maldona-  
do y su padre?
- A éstos no se les hace ningún mal, porque  
saliendo de la corte la hija de Vargas, al señor  
Felipe le conviene también salir.
- A pesar de todas esas razones...
- Señor Leandro, si me lo permitís, haré lo  
que hago pocas veces en mi vida, os daré un  
consejo.
- Y os lo agradeceré.
- Os conviene no hacer ninguna alteración en  
vuestra conducta.
- Ya he adoptado una resolución.
- Si no es un secreto...
- Voy á dejar el servicio del rey.
- ¡Oh!...
- Soy rico y quiero ser independiente.
- Yo haría lo mismo en vuestro lugar.
- Y muy natural debe parecerle al rey mi de-  
terminación.
- Sí, muy natural; pero me arriesgaré á de-  
cirlos una cosa.
- Os escucho.
- Haced eso cuando hayan pasado tres ó cua-  
tro meses.
- ¿Y por qué he de esperar?
- Esa es mi opinión y más no me preguntéis,  
porque más no puedo decirlos.
- He de casarme...
- No lo haréis tan pronto que no pase siquie-  
ra medio año, y entonces le parecerá muy bien  
á Felipe II que cambiéis de vida; pero ahora...
- ¿Qué?
- Nada, señor Leandro.
- Os explicais á medias.
- Cuando á uno lo dan un consejo lo escucha,  
lo pone en práctica, si cree que le conviene, y  
nada más.
- Los consejos sin razones ni explicaciones...
- No tienen valor.
- Poco, porque no convencen.
- En ese caso haced lo que mejor os parezca.
- Doctor...
- Consultadlo con vuestra madre, que sobra-  
do talento tiene. ¿No sois de mi opinión, señora?
- Sí—respondió doña Juana.
- Viéndolo estáis, señor Leandro.
- Reflexionaré.
- Y quiera Dios que no lleguéis á cometer una  
ligereza, porque os arrepintiríais y sufriríais mu-  
cho cuando no pudieseis retroceder.
- Es tan grave lo que estáis diciendo...
- Y lo digo porque me interesa vuestra suerte.
- Ya lo sé.
- Otra vez os recomiendo la calma — repuso  
el médico, poniéndose en pie.
- ¿Ya os vais?
- Mis enfermos me esperan y este deber es  
sagrado.
- ¿Cómo habéis encontrado hoy al honrado  
Antón?
- Bien, muy bien: es una organización de  
acero.
- Dios nos favorece.
- Que el cielo os guarde.
- Y á vos os premie por los grandes benefi-  
cios que nos habéis hecho.
- Olivares se inclinó y salió con la misma tran-  
quilidad que había entrado.
- Doña Juana abrazó á su hijo, estrechándolo  
fuertemente contra su pecho y exclamando:
- ¡Estamos perdidos!
- ¡Madre mía!...
- Dentro de pocos minutos sabrá el rey que  
conoces el terrible secreto.
- No, no ..
- Quiera Dios que te equivoques.
- ¿Creéis que el doctor?...
- No ha necesitado más que vernos.
- Pero será reservado...
- Hará cuanto pueda en tu favor; pero ante  
todo es esclavo de Felipe II.
- ¡Oh!—exclamó desesperadamente el man-  
cebo.
- Tuvieron que interrumpirse porque la cortina  
volvió á levantarse y un criado anunció al señor  
Antonio.
- La escena iba á cambiar.
- ¿Qué desenlace tendría la situación?



## CAPITULO LI

LO QUE HIZO EL MÉDICO, Y CÓMO QUEDÓ  
LA SITUACIÓN PARA LEANDRO

En aquella época un viaje, por corto que fuese, presentaba muchas dificultades; sin embargo, como al señor Antonio de Quirós le sobraban recursos, pudo arreglar todo de manera que aquella misma tarde saliesen con él de Madrid la viuda y la hija de Vargas, y el señor Felipe de Maldonado y el padre de éste.

Consuelo consideró como una desgracia inmensa lo que acababa de suceder.

A pesar de haberse salvado del horrendo peligro que le amenazaba cuando se encontraba en poder del señor Antolín y de haber recobrado también la salud, no tenía motivos para considerarse afortunada, y sufría mucho.

Su padre era criminal, la había abandonado y había intentado hacerle todo el mal posible; pero al fin era su padre, y ella no podía vivir tranquilamente mientras el autor de sus días pasaba su existencia en un calabozo, de donde no debía salir sino para el sepulcro.

¿Qué le importaba á Consuelo las riquezas?

Se casaría con el hombre á quien amaba tanto; pero su filial corazón estaría siempre dolorido.

Para la joven hubiera sido preferible ignorar siempre quién era su padre.

De este desagradable asunto hablaba á todas horas con Leandro, con doña Juana y con el honrado Antón, preguntándoles si debía abrigar alguna esperanza y suplicándoles que empleasen toda su influencia para que el rey perdonase á don Juan.

A un imposible aspiraba la pobre niña.

El único consuelo que había podido darle Leandro era prometerle que pasado algún tiempo acometería la empresa de sacar de su encierro al señor de Guevara; pero esto, sobre ser muy difícil y peligroso, no podía realizarse inmediatamente, ni tampoco halagaba ni tranquilizaba á Consuelo, porque tendría que arriesgar la vida el hombre á quien amaba.

La injusticia que acababa de cometer el rey daba á Leandro mayor libertad para hacer lo que pudiese en favor del señor de Guevara. Había cumplido el mancebo su deber, llevando el preso á Segovia, y desde el día en que hiciese renuncia de su empleo de alférez se consideraría

autorizado para hacer bajo su responsabilidad lo que bien le pareciese, sin que pudiera acusarse de desleal.

Cuando Antón supo que al señor Antonio se le había desterrado y que lo mismo se había hecho con las dos virtuosas mujeres y con Maldonado, sufrió mucho, porque tuvo que reconocer que se cometía una injusticia.

Sabemos ya que el veterano era partidario entusiasta de Felipe II, sin tener para esto más razones que el hecho de haber mostrado el rey algún interés por la suerte de Consuelo.

Caviló el veterano, buscando razones para atenuar siquiera la grave falta cometida por Felipe II, y como las razones no encontró y era severo y amante de la justicia, decidió no presentarse á cobrar la pensión que se le había señalado, que era lo único que hacer podía para demostrar su disgusto y tranquilizar su conciencia.

Semejante determinación no debía ser conocida por el monarca, y, por consiguiente, no tendría ningunas consecuencias.

En situación semejante, lo de más importancia era la determinación de Leandro.

El doctor Olivares le había dado un buen consejo, el más prudente, el más conveniente.

¿Qué clase de papel representaba entonces el médico?

Esto era lo difícil de averiguar.

¿Fingía interesarse por la suerte del mancebo para servir mejor al rey?

¿Era verdadero aquel interés y estaba dispuesto á engañar al monarca hasta donde le fuese posible?

Ni lo uno ni lo otro, y las dos cosas á la vez.

El doctor deseaba verdaderamente que aquellas desgraciadas criaturas fuesen dichosas; pero no les ayudaría comprometiéndose demasiado, porque conocía demasiado bien á Felipe II y sabía lo caro que podía costarle su buen deseo.

Olivares iría en su noble proceder hasta donde le fuese posible sin comprometerse; pero nada más. Mientras que pudiese hacer un beneficio sin perjudicarse, lo haría; pero cuando el más lejano peligro amenazaba, poníase el médico de parte del rey y hacía cuanto éste deseaba.

—El rey manda y yo obedezco, porque soy un vasallo y porque tengo que obedecer forzosamente—decía el doctor Olivares—, y, por consiguiente, del rey es la responsabilidad.

Así tranquilizaba su conciencia el célebre mé-

dico á quien no conocieron sus contemporáneos, ni ha podido juzgar con acierto la historia.

Si después de la época á que nos referimos y cuando los últimos días de la desdicha inmensa del príncipe don Carlos, puso ó no puso cierta receta el doctor Olivares, y si la receta abrevió la existencia del infortunado príncipe, no tenemos para qué decirlo ahora, y si después otra receta firmó que produjo fatales resultados, los de una enfermedad obscura y grave y la muerte de la virtuosísima reina doña Isabel de la Paz esposa de Felipe II, objeto ha de ser de otro libro, porque el asunto es demasiado grave y tiene muchas ramificaciones, y merece ser tratado con detenimiento para completar la historia de aquel gran tirano.

El doctor Olivares creía que el juez era el responsable de la sentencia, y no el que la ejecutaba, y por consiguiente, si Felipe II, que era el supremo juez de la nación, disponía que se quitase la vida de tal ó cual manera, los que obedecían y cumplían esta orden debían considerarse libres de toda responsabilidad ante su conciencia y ante Dios.

La verdad, y sobre este punto no hay duda, Felipe II es el primer responsable de la muerte del marqués de Bergens, del príncipe don Carlos y de la reina doña Isabel, así como de las desgracias que se impusieron á la existencia de Escabero, del marqués del Pozo y del barón de Montigny.

El doctor Olivares se interesaba muchas veces por las desgracias; pero su interés era frío y no traspasaba nunca los límites de una prudencia muy juiciosa y de sus conveniencias personales.

Teniento esto presente, se comprenderá la situación.

Desde la vivienda de doña Juana hasta palacio, fué cavilando el doctor:

—¡Pobre manebol—decía.—Su madre se ha visto obligada á revelar el terrible secreto, y ahora la situación es más crítica que nunca para todos, y también para mí. Yo quisiera evitar desgracias; pero no he de favorecer á los demás y quedarme comprometido, porque después nadie me salvaría y tendría que contentarme con que reconociesen mi noble proceder y me lo agradeciesen mucho. A nadie perdona el rey, y á mí me perdonaría menos, y seguro estoy de que la menor sospecha de que yo había representado un doble papel, de que me había conmovido y me había interesado por las víctimas,

me costaría, por lo menos, ir á parar á un sombrero calabozo del alcázar de Segovia, donde consumiría mi existencia, arrepintiéndome de mi generosidad. Entre la desgracia de los demás y la mía no puedo dudar, ni sería justo acusarme, porque ni me he sacrificado para que otros sean felices, porque esto sería una bondad torpe, estúpida. Atenuaré lo posible; pero nada más, y si no consigo que se salven esas pobres criaturas, tendré paciencia y todos la tendrán también.

Después de conocer esta opinión de Olivares, no es difícil adivinar lo que haría.

En el alcázar real entró y se presentó al monarca inmediatamente, porque así se le había mandado hacerlo.

No era posible adivinar en su semblante lo que sentía ó lo que pensaba; pero Felipe II le miró muy atentamente y le dijo:

—Veo que no habéis perdido el viaje, doctor.

—De todo hay, señor—respondió Olivares fríamente.

—¿Pues no me traéis ninguna noticia?

—Traigo dudas.

—Es cosa extraña, porque vos dudáis pocas veces.

—Ahora no he podido ver claro.

—Explicaos y entre los dos intentaremos encontrar la luz.

—La madre, triste como siempre.

—Como siempre no debe ser, porque ha encontrado á su hijo.

—Pero ve que el hijo sufre, y con este disgusto se compensa la otra alegría.

—¿Y Leandro?

—Muy pensativo.

—¿Qué dice?

—Que hay faltas que no lo son, ó que más bien son un mérito.

—Alude al proceder de esas pobres mujeres.

—Sí, señor.

—La justicia no puede tener en cuenta esas consideraciones.

—Se funda también en la falta de pruebas.

—¿Ignora que yo las tengo?

—No lo ignora.

—Lo que en verdad hay es el cariño de Leandro al señor Antonio.

—Y su gratitud, lo cual es noble.

—Y yo la alabo; pero sentiré que dejándose llevar de ese noble impulso, vaya hasta las exageraciones y cometa una locura.

—Eso no puede suceder, porque el noble man-

cebo tiene una preocupación que todo lo domina, hay una cosa que para él es antes que todo.

—Su amor, su casamiento.

—Lo veo con tendencias á pensar en eso antes que en nada, sin perjuicio de deplorar la desgracia de su amigo y protector. En un momento de exaltación propia de su imaginación juvenil puede permitirse el desahogo de algunas palabras más ó menos convenientes; pero eso no tiene ninguna importancia.

—Soy de vuestra opinión.

—Se casará y mientras llega el período de calma, las impresiones de hoy habrán pasado. Hemos de contar también con la influencia de la madre, y conque desde el momento en que se case, no será tan temerario para arriesgarse en ciertas empresas.

—Bien discurrís, doctor.

—Si bien le parece á vuestra majestad...

—Pero lo principal olvidáis.

—¡Lo principal!

—Sí, precisamente el objeto de la visita que habéis hecho á doña Juana y á su hijo.

—El objeto era...

—Explorar, averiguar, y en caso necesario adivinar también.

—La exploración está hecha; pero sin resultado positivo: en las averiguaciones he ido hasta donde es posible ir, y tampoco he conseguido lo que deseaba.

—Tenéis, pues, que adivinar.

—He querido hacerlo, y entonces he dudado.

—Divagáis, doctor.

—Señor, es tan grave el asunto, que no me atrevo ni siquiera á suponer. He observado.

—¿Y qué habéis visto?

—La tristeza de la madre, que ve sufrir á su hijo y sufrir al hidalgo, cuya suerte no es posible que mire con indiferencia.

—¿Y qué más?

—Lo preocupación del hijo.

—Es poco.

—Pues más no se ve, como no sean los rostros pálidos y las miradas sombrías, y distracciones cuando hablan y que son naturales en quien está preocupado.

—¿Y qué piensa hacer el mancebo?

—No me lo decía; pero se lo he preguntado y me respondió que, como pensaba casarse muy pronto y ya era rico, no le parecía bien continuar desempeñando un empleo que en su situa-

ción pasada era una gran cosa; pero que en la presente es muy poco.

El monarca desplegó una leve sonrisa.

—Ya no quieré servirme—dijo.

—Lo que no quiere, según dice, es estar sujeto y tener cierta clase de obligaciones, porque como es rico...

—Antes debió pensar eso, porque hace ya bastantes días que á su madre encontró.

—Tal vez lo ha pensado; pero no lo ha dicho.

—Y precisamente en los momentos en que cree que he cometido una injusticia con su amigo, es cuando le ocurre lo de quedar enteramente libre, es cuando le pesan los deberes que antes cumplía de buena voluntad.

—Señor, debemos tener presente que el noble mancebo no ha dicho que inmediatamente quiera dejar el servicio de vuestra majestad, sino que habla de esto como de uno de tantos planes que tiene para lo porvenir.

—Comprendo.

—Me concreto á dar cuenta de mis observaciones.

—¿Y qué opina doña Juana sobre ese punto?

Aunque esta pregunta fuese en apariencia muy sencilla, puso en grandísimo apuro al doctor.

—Señor —dijo—, doña Juana no le da importancia ninguna á lo de que su hijo conserve ó no el empleo, si bien cree que al fin había de dejarlo para dedicarse exclusivamente á su familia.

—Ya tenemos la clave, doctor.

—Confieso mi torpeza, porque la clave no la veo.

—¿Qué opinaréis si inmediatamente deja Leandro su empleo?

—Me parecerá impaciencia propia de la juventud, y tal vez pruebe eso disgusto por el destierro de Quirós.

—¿Nada más?

—En mi opinión...

—Buen Olivares — interrumpió Felipe II —, nunca habéis sido tan torpe como ahora, y vuestra torpeza me sorprende.

—Señor...

—Quizás os detienen consideraciones que son una prueba más del amor que me tenéis.

—Amo á vuestra majestad...

—Como ahora nadie nos escucha, podemos hablar como siempre hemos hablado.

—Esa honra...

—¡Oh!... Vos dudáis, y yo no dudo.

—Señor...

—Decís que no adivináis, y yo adivino.

—Mi pobre entendimiento...

—No es eso, doctor, sino que como Leandro es mi hijo, os detenéis, vaciláis, dudáis, estáis perplejo y confuso...

—Pues bien, cuando pienso que la sangre de vuestra majestad circula también por las venas de esa noble criatura...

—Sí, hacéis en su favor más de lo que podéis.

—He hecho lo que me ha sido posible.

—Doña Juana ha guardado el secreto.

—Sí, lo ha guardado.

—Hasta hoy, doctor.

—Creo que...

—A estas horas, sabe Leandro que yo soy su padre.

—No tanto, señor, no tanto.

—Doctor, os pregunto para que digáis lo que sentís.

—Dudo, señor, y esto es la verdad.

—Pues si dudáis, á pesar de vuestro buen deseo...

—Mis dudas nada prueban.

—Mucho.

—Lo que he visto, lo que he observado...

—Es bastante.

—Si así lo considera vuestra majestad...

—Y Leandro sufre y lucha entre sus deberes de hijo y los que le imponen la gratitud y la amistad, y pronto veréis que sin poder contenerse y á pesar de los consejos y las súplicas de su madre, el empleo deja.

—¿Y qué conseguiría?

—Quedar en libertad completa para favorecer á su amigo.

—Señor, lo que no pongo en duda son los nobles sentimientos de Leandro.

—Yo tampoco.

—Aunque tenga que mortificarse horriblemente, cumplirá sus deberes como hijo, y si al señor Antonio de Quirós favorece, no será sino dentro de los límites marcados por el respeto filial y reconociendo siempre la autoridad de vuestra majestad, no solamente coma rey, sino como padre.

—Tan vagos son esos límites, que bien puede traspasarlos, mientras cree que dentro de ellos se encuentra.

—Supongamos, señor, y esto no es más que

una suposición, que el noble mancebo conoce ya el secreto.

—¿Qué deduciríais?

—Quizás eso sería una fortuna, porque el hijo no se atrevería jamás á hacer lo que hacía el vasallo, y como es discreto y juicioso, no cometería cierta clase de abusos.

—Quizás no os equivocáis; pero si al dominarse el vasallo me ofende el hijo...

—No lo hará.

—Viendo estáis que ya lo intenta.

—¡Que lo intental...

—Sí, porque el hijo está obligado doblemente á servir al padre, y cuando sabe que su padre soy, es cuando piensa en dejar el empleo.

—Señor...

—Os autorizo para aconsejarle que no cometa semejante locura, haciéndole comprender que he de concederle el empleo que esté en armonía con su nueva situación

—Le daré el consejo.

—Y si no lo escucha y realiza su loco intento, me obligará á castigarlo para que se convenza de que es tan peligroso ofender al rey como herir el corazón del padre. Generoso he sido; pero si mi generosidad no se aprecia bien, me mostraré severo. De injusto me acusan porque beneficios he querido hacer; pero yo les probaré que también hago justicia. Se queja del destierro de Quirós... ¿Por qué no se quejan también de la injusticia que se ha cometido, dejando sus bienes á don Juan de Guevara para que pueda disfrutarlos su hija en vez de secuertrarlos como se hace con los de todos los reos de alta traición? Cuando la injusticia les favorece, la alaban, y cuando les perjudica, levantan el grito para acusarme.

El asunto tomaba el peor giro que podía tomar.

Olivares, como conocía demasiado bien al rey no se atrevió á replicar.

Había hecho en favor de Leandro mucho más de lo que podía sin comprometerse, pues había mentido, lo cual era muy peligroso cuando con Felipe II se hablaba.

Entonces sí que con razón podía estar tranquila la conciencia de Olivares.

Si su consejo no le seguía Leandro, perdido debía considerarse.

Y el consejo no lo siguió.

A pesar de todas las reflexiones y de todas las súplicas de doña Juana, no esperó el mancebo más que al día siguiente.

Solicitó ver al monarca, lo cual le fué concedido en seguida.

Con una calma que nadie hubiera creído propia de su edad, expuso las razones de conveniencia en todos sentidos que le obligaban a desear ser absoluto dueño de sus acciones para dedicarse exclusivamente á su esposa y á sus hijos, si Dios se los daba.

Muy expresivamente habló de su gratitud por los beneficios que se le habían hecho, y suplicó al monarca que tomase en consideración las razones que acababa de exponer.

Felipe II escuchaba con atención profunda.

Su mirada fijábase escudriñadora en el mancebo.

No hablamos de lo que pudo ó debió sentir el rey como padre, pues sobre este punto juzgado está con decir que había de llegar un día en que su firma pudiese al pie de la terrible sentencia de muerte pronunciada contra su hijo el príncipe don Carlos, heredero del trono.

El corazón de Felipe II no se conmovía por nada.

—¿No habéis pensado—dijo—que la honrosa profesión de las armas puede proporcionaros mucha gloria, y la gloria tiene más valor que el dinero para las almas nobles?

—Señor, no he olvidado eso; pero á las glorias renuncio por el amor de mi esposa, lo mismo que otros han renunciado, sin contar con que no creo que valgo bastante para conquistar honrosos laureles en los campos de batalla.

—Tendríaís además la satisfacción de servir á vuestro rey.

—He creído que al rey puede servírsele sin ir á la guerra. Dejo mi empleo; pero si por vuestra majestad es preciso sacrificar la vida, no vacilaré. ¡Oh!—exclamó el mancebo, cuyos negros ojos relumbraron.—Me consideraría dichoso si se me presentase la ocasión de probar que estoy dispuesto á morir por vuestra majestad.—No me educaron entre las deslumbradoras mentiras de la corte, y como no aprendí el lenguaje de los cortesanos, digo clara y sencillamente lo que siento. Al asegurar que de vuestra majestad es mi vida, no quiero decir que soy más ó menos leal, sino que á morir estoy dispuesto.

—No lo dudo...

—Y si vuestra majestad lo dudase, me consideraría muy desgraciado.

—Soy justo y á nadie le pido más de lo que tiene obligación de dar.

—Señor...

—Si no os conviene ó no queréis servirme libre sois desde este momento.

—¡Ah!...

—Justicia, y siempre justicia. Dedicaos á vuestra familia y consolad á la que va á ser vuestra esposa aconsejándole la resignación, porque su padre no ha de salir de su encierro, y si alguien intentara sacarlo pagaría su atrevimiento con su cabeza, aunque fuese mi hijo.

Comprendió Leandro todo el valor de estas palabras.

—Os lo advierto—añadió el rey—, porque no es imposible que Consuelo piense alguna vez en hacer algo para devolverle la libertad á su padre.

—Es hija, y...

—Su deseo no me ofende; pero me ofendería el hecho, y repito que el atrevimiento lo pagaría con la cabeza quien lo realizase, y repito también que sin consideración castigaría al delincuente, aunque fuese mi hijo, entendedlo bien, aunque fuese mi hijo.

—Ya sé que para hacer justicia no se detiene ante nada vuestra majestad.

—Ante nada.

—Por eso no abrigo esperanza de que don Juan salga de su encierro.

—Olvidadlo.

—Yo quizás lo olvide; pero su hija...

—Tal vez tenga que sufrir algún otro disgusto.

Leandro palideció y miró con ansiedad al rey. Este prosiguió diciendo:

—No sé lo que al fin determinará la justicia en cuanto á los bienes de Guevara.

—¡Ah!—exclamó el mancebo, recobrando la tranquilidad.

—Os sorprendéis.

—Es que me alegro.

—¿Y por qué os alegráis?

—Me explico mal, señor, y he querido decir que mis temores se disipan, porque si el peligro consiste en que pobre vuelva á quedar Consuelo, no ha de mortificarme esa desgracia, ni á ella tampoco.

—Pero si los bienes de don Juan se secuestran...

—No nos importa.

—Tendréis que reconocer que es un acto de justicia.

—Desde ahora lo reconozco.

- Eso me complace.  
 —Señor, las bondades de vuestra majestad...  
 —No soy bondadoso, sino justo.  
 —Sin embargo, yo...

—Os hice justicia. No olvidéis vuestros deberes y así podréis siempre y para todo contar con mi pratección. Saludad en mi nombre á vuestra noble madre y felicidad por su curación al honrado Cañamero. Ya sois libre... Que Dios os proteja como yo deseo.

Ya no podía Leandro prolongar la conversación.

Pronunció algunas palabras de respeto y de gratitud y salió de la cámara.

Cuando fuera de palacio se encontró, detúvose y exclamó con amargura:

—¡Así hace justicia el rey!... ¡Oh!... Pues bien, si él cumple sus deberes de juez, yo cumpliré los de amigo y haré lo que me mande mi conciencia. Es mi padre, y me mira con tanta frialdad como puede mirarse á un extraño. Lo respetaré; pero no dejaré de favorecer la justicia, según la justicia entiendo.

Aquel día pasó sin que otro suceso digno de mención tuviese lugar.

Al siguiente se dispuso secuestrar todos los bienes de don Juan de Guevara.

—¿Y esto—le dijo Leandro á su madre—, es justicia ó es venganza?

—Hijo mío...

—Mis deberes cumpliré.

—No olvides que el rey es tu padre.

—No lo olvido.

—En realidad no consideró Consuelo que fuese una desgracia su pobreza, porque para ella lo que valoraba era el amor de Leandro; pero sí se sintió vivamente herida, porque consideró el secuestro como un acto de ruin venganza.

Esta injusta determinación no era más que el preludio de otras por el estilo.

Cuando los dos jóvenes enamorados creían que había llegado el día de su felicidad completa, era cuando en realidad empezaban á encontrarse en apurada situación y á sufrir desgracias que nunca habían imaginado.

En breve debía principiar una lucha tan sorda como terrible y de resultados muy dudosos.

## CAPITULO LII

### OTRO GOLPE

Al día siguiente el doctor Olivares se presentó en la vivienda de doña Juana.

Parecía muy preocupado el médico, y cuando hubo saludado á la dama, le dijo:

—Señora, vengo á cumplir el más penoso de los deberes.

—¿Otra desgracia? —replicó la madre de Leandro mirando con ansiedad á Olivares.

—Sí, y Dios quiera que sea la última.

—¡Dios mío!...

—Vuestro hijo ha cometido una locura tanto más imperdonable, cuanto que advertido estaba ya.

—En vano le supliqué...

—La situación es más grave de lo que parece, porque su majestad ha comprendido que Leandro conoce el secreto que tanto importaba guardar.

Mortal palidez cubrió el rostro de la dama.

—¡Ah!—exclamó.—¿Qué será de mi desgraciado hijo?

—Aún puede remediarse el mal, si no comete nuevas locuras.

—Explicaos, doctor, porque...

—He hecho cuanto me ha sido posible, empleando mil razones para disuadir al rey.

—Gracias, mi buen amigo.

—Pero no he conseguido más sino que Felipe II me diga que me intereso demasiado por su hijo, y lo que estas palabras significan...

—Comprendo.

—No puedo dar un solo paso más en vuestro favor.

—¿Y qué será de nosotros sin vuestro auxilio?

—Escuchadme y determinad luego lo que bien os parezca.

—Decid.

—Al rey le parecerá muy bien que vuestro hijo, para descansar y tranquilizar su espíritu, pase fuera de la corte una temporada, dos ó tres meses.

—¡Otro destierro!

—Sí.

—¿Y qué hemos de hacer sino someternos á la voluntad del que ha sido causa de todas mis desdichas?

—Y además, al rey le desagradará mucho que Consuelo salga de la corte.

—Es decir...  
—Que el castigo consiste en privar á Leandro de la satisfacción de ver todos los días á la mujer á quien ama.

—Eso no es severidad.

—Señora...

—Eso es crueldad.

—Bien sabe Felipe II que Leandro no ha de sufrir porque en la pobreza quede la hija de don Juan.

—No, eso no puede atormentarlo.

—Y como lo comprende bien...

—Ha buscado el medio de herir su corazón de amante.

—Sí.

—¡Y aspira al nombre de justiciero!...

—Señora, los comentarios no pueden servir en estos momentos sino para mortificaros.

—Es verdad.

—Otra prueba de amistad quiero daros con mis consejos, y así tranquilizaré mi conciencia, aunque esta tranquilidad no me evita sufrir por vuestras desgracias.

—Hacéis por nosotros más de lo que tenemos derecho á pedir.

—Cuando conozcáis mi opinión...

—Vale mucho para mí.

—Creo que si Leandro es juicioso, que si se domina, no tendremos que deplorar nuevas desgracias.

—Si quiere escucharme, hoy mismo saldremos de Madrid, ó á más tardar mañana.

—Eso es lo que os conviene.

—Y dejaremos que algún tiempo pase.

—Y luego, con la licencia de su majestad, podréis volver, y entonces se casará Leandro y se olvidará todo esto; pero entre tanto debe mostrar resignación, respeto profundo á su majestad.

—Comprendo.

—Por ser su hijo se contenta el rey con esta mortificación.

—No es poco el castigo.

—Tampoco conviene que vayáis donde está el señor Antonio de Quirós, porque esto parecería como el deseo de unirse para murmurar, para quejarse de la justicia, y por consiguiente el asunto tomaría un carácter de gravedad muy peligroso.

—En Castilla la Vieja se encuentra el noble hidalgo.

—Y acertaríais en tomar camino opuesto.

—¿Os parece bien que vayamos á Guadala-

jara, donde tengo casa y algunos bienes? El viaje no es largo; pero en estando fuera de la corte y privado mi hijo de ver á Consuelo...

—No es menester mas.

—Entonces...

—Decidle á vuestro hijo que nada conseguirá con resistir, pues en último caso al rey le sobran medios, no solamente para hacerle salir de la corte, sino para estorbar que se case. Cuando la resistencia no ha de producir ningún buen resultado, cuando ha de hacer doblemente crítica la situación, es una locura imperdonable.

—Doctor, lo que ahora sucede no me espanta.

—Lo que puede suceder, ¿no es verdad?

—Sí.

—Yo tampoco estoy tranquilo.

—Ocasiones habéis tenido para conocer á Leandro.

—Y lo conozco.

—Nada hará que perjudique á su padre, porque es demasiado noble su corazón.

—Ya lo sé.

—Pero lo que puede favorecer á sus amigos, y particularmente al señor Antonio de Quirós...

—En eso consiste el peligro.

—Tiemblo.

—Todo depende de las circunstancias.

—Don Pedro de Carvajal había decidido separarse del mundo y no ocuparse más que de la salvación de su alma.

—Pero lo han herido, y puede suceder que cometa la locura de intentar vengarse.

—¿Y lo abandonará Quirós?

—Es dudoso.

—Y si Quirós se compromete, ¿qué hará mi hijo?

—Olivares se encogió de hombros.

—¿Cuándo se apiadará Dios de mí?

—Señora, habéis sufrido mucho, y ahora tenéis que empezar una lucha, cuyo resultado nadie puede prever.

Doña Juana suspiró penosamente.

—He concluido—dijo el doctor después de algunos momentos.

—Que habéis concluído...

—Sí; porque vos sabéis demasiado bien todo lo que yo pudiera decir.

—Supongo que mi pobre hijo debe ir á palacio y pedir á su padre licencia para salir de la corte.

—Y además expresarle su gratitud por los

beneficios que le ha hecho, por los que le hace y los que pueda hacerle.

Doña Juana desplegó una sonrisa irónica.

—Ya conocéis mi opinión—añadió el médico.

Y se puso en pie.

—Doctor, en nombre de lo que más améis.

—Perdonad; pero conocéis mi situación...

—Habéis hecho mucho.

—Cuanto he podido.

—Sois mi amigo más leal.

—No lo dudéis.

—Si algún día...

—No nos ocupemos de lo porvenir... Que Dios os proteja.

Ni más dijo el doctor, ni más quiso escuchar.

Apreciando bien su situación, era preciso reconocer que había hecho mucho en favor de Leandro.

Una hora después la madre y el hijo hablaban del grave asunto del destierro.

¡Cuánta amargura devoró el joven mientras a su madre escuchó!

—¡Y es mi padre!—exclamó al fin.

—Y también el rey.

—¡Oh!...

—¡Hijo mío!...

—Madre mía, si mi padre rompe los lazos que nos unen...

—Calla, Leandro, calla—interrumpió la pobre madre.

—Está bien.

—Por el amor que me tienes...

—Tranquilizaos, que no cometeré ninguna locura.

—Piensa que he sufrido mucho, y...

—Por mi madre soy capaz de todo.

—¡Hijo de mi alma!

Se abrazaron.

Con lágrimas desahogó su dolor aquella infeliz mujer.

El mancebo dió entonces pruebas de su fuerza devol untad.

Con las más dulces palabras procuró tranquilizar á su madre.

Luego salió para dar la triste noticia á Consuelo y al veterano.

La escena que entonces tuvo lugar se comprende fácilmente.

Leandro siguió mostrándose juicioso y con una calma que apenas se comprendía en sus pocos años.

Empero la borrasca que agitaba su espíritu no podía ser más violenta.

Dos horas después se presentaba al rey, y con frases respetuosas le pedía licencia para salir de la corte y pasar una temporada en el campo.

—¿Y adónde pensáis ir?

—A Guadalajara, si bien le parece á vuestra majestad.

—¿Y Consuelo?

—Se quedará en Madrid... Me privaré de verla; pero en cambio tendré el amor de mi madre y me consideraré feliz.

—Vuestra determinación me parece acertada, y os felicito.

—Señor, nunca olvidaré las bondades con que vuestra majestad me honra.

—Que el cielo os proteja.

Leandro salió de la cámara, y al amanecer de la mañana siguiente emprendía con su madre el viaje.

## PARTE TERCERA

### CAPITULO PRIMERO

#### CÓMO Y POR QUÉ VOLVIÓ Á MADRID EL SEÑOR ANTONIO

Tres meses habían pasado desde los últimos sucesos que hemos referido, tres meses que debieron parecer tres siglos á los que amaban y estaban privados de contemplar al objeto de su amor.

¿Qué había sido de los personajes que tan importante papel han representado en este drama?

Ahora no podemos dar explicaciones para que se comprenda la situación de cada uno de ellos, pues por de pronto tenemos que fijar la atención en uno, que irá llevándonos adonde se encontraban los demás.

El sol se ocultaba.

Sus últimos rayos coronaban las cumbres y reflejaban en los chapiteles de las iglesias de la capital de dos mundos.

Madrid tenía el mismo aspecto que cuando lo abandonamos.

Nada de particular había sucedido, porque particular no era lo de los robos, asesinatos y otros sucesos por el estilo que con tanta frecuencia se repetían en la corte y en otros grandes centros de población.

Por el puente de Segovia atravesaba en dirección á la coronada villa, un hombre caballero en un corcel negro como las tinieblas, vigoroso y de gran valor.

Por el ropaje y su continente veíase que el caminante pertenecía á la clase noble, y debía también ser rico, pues así lo probaba el valor de su caballo, el de su ropa, y particularmente el rico joyel de diamantes que se vía en su sombrero.

Inclinaba sobre el pecho la cabeza, y medio cerraba los ojos.

Balanceábase su cuerpo al compás de los pasos de su cabalgadura.

Muy preocupado debía estar, absorto en sus pensamientos, que indudablemente eran desagradables, porque su entrecejo se arrugaba, y en su semblante veíase la expresión del mal-estar. ¿Quién era?

Lo conocemos demasiado bien, y desde luego podemos decir que el sombrío caballero era el señor Antonio de Quirós.

¿Había conseguido que el rey le diese licencia para volver á la corte?

No podía conseguir lo que no había solicitado, ni solicitaría jamás, porque para pedir esta gracia, que gracia no era, tenía el estorbo de su dignidad.

Victima de una injusticia; la más atroz, había sido, y no era gracia, no era indulgencia lo que necesitaba el noble hidalgo, sino justicia.

Se le negaba ésta, sufría y callaba, y esto era cuanto podía exigirle.

Empero no se había resignado, porque la resignación hubiera sido equivalente á reconocer que estaba bien hecho lo que con él se hizo.

Tres meses había dejado pasar, no porque su impaciencia no fuese en aumento, sino porque sabía dominarse, era prudente y quiso esperar una ocasión oportuna.

Dice el adagio que el hombre propone y Dios dispone, y esta es una verdad.

La ocasión que esperaba el señor Antonio, no se había presentado; pero las circunstancias le hicieron cambiar de resolución, circunstancias por cierto bien tristes.

Atravesó el puente.

Entró por la calle de Segovia.

Entonces levantó la cabeza y miró á todos lados.

No vió más que transeuntes indiferentes y en su mayor parte de la clase del pueblo.

A ninguno de ellos nonocía ni era posible que por ninguno de ellos fuese conocido.

Sin embargo, subió el embozo para recatar el semblante.

Clavó las espuelas en los ijares de su corcel, que al galope subió la pendiente calle.

Pocos minutos después se detenía precisamente á la puerta de la misma posada donde habitó el criminal Antolín, y donde don Juan de Guera tuvo también su aposento.

El posadero acudió, haciendo profundas reverencias, porque vió que el viajero era persona de calidad.

—Que Dios os guarde, señor caballero—dijo mientras sonreía.

El señor Antonio descabalgó antes de que el huésped le tuviese el estribo, y le entregó las riendas, diciéndole:

—Este animal lo llevaréis á la cuadra y lo cuidaréis con el mayor esmero, esperando á todas horas para cuando bien me parezca venir.

—¿Pero no entráis?

—Ahora no.

—¿Y no queréis aposento?

—Reservadme uno, el mejor de vuestra casa.

—¿He de preparar comida?

—No.

—Entonces...

—Cuidad del caballo, que es lo que por ahora me interesa.

Iba el posadero á replicar; pero tiempo no le dió el hidalgo, porque se alejó calle arriba.

—Nunca he visto cosa tan extraña—murmuró el huésped, mientras miraba cómo el viajero se alejaba y desaparecía.

El señor Antonio llegó á Puerta Cerrada.

Luego tomó por la calle de Cuchilleros.

Por San Miguel llegó á las Platertas.

Casi es excusado decir que estuvo en la hostería de maese Bonifacio.

Este le salió al encuentro, lo miró con profunda sorpresa, y exclamó:

—¡Ah!...

—Silencio... es decir, no pronunciéis ahora mi nombre.

—¿Quién había de esperaros!... Tanta honra...

—¿Y mi antiguo aposento?

—Por casualidad y por desgracia mía nadie lo ocupa.

—Tanto mejor.

—Ahora me alegro, porque podéis quedar

complacido. Creía que jamás volveríais á honrar mi casa, porque como tenéis la vuestra...

—Cuestión de circunstancias, maese Bonifacio.

—Esperad, que voy por la llave.

En un aposento entró el huésped.

A los pocos momentos salió.

Subieron.

Entraron en la habitación que conocemos.

Todo se encontraba allí lo mismo que antes.

El hidalgo dejó su espada y sombrero.

Se quitó la espada y se sentó.

—Fatigado debéis estar—le dijo el hostelero.

—Algo, porque acabo de llegar á Madrid.

—Bien lo dice el polvo que cubre vuestra ropa.

—Mi caballo dejó en una posada de la calle de Segovia, porque no me convenía traerlo y llamar la atención.

—Entiendo.

—Y aquí me tenéis no sé para cuanto tiempo.

—Supongo que ahora deseareís tomar algún alimento.

—Otra cosa necesito antes.

—Disponed, que pronto estoy para serviros con el respeto que merecéis.

—¿A nadie más que á mí tenéis en vuestra casa?

—Otro caballero.

—¿Quiés es?

—No puedo deciros su nombre, porque lo ignoro.

—¿Tiene los ojos azules?

—Lo habéis acertado.

—Y rubio el cabello y la barba, y el continente de persona muy distinguida.

—¿Acaso lo conocéis?

—Sí, lo conozco, y lo que es más, á buscarlo vengo: debe tener un criado.

—Sospecho que sí, porque diariamente y á distintas horas viene á verlo un hombre que lo trata muy respetuosamente.

—El caballero debe salir pocas veces.

—Muy pocas, y casi siempre lo hace de noche.

—Lo veréis á todas horas preocupado.

—Sí.

—Es el mismo.

—Debe serlo, porque las señas convienen.

—¿Qué habitación ocupa?

—La misma que tuvo aquel caballero...

—Sí, don Juan de Guevara.

—Pues decidle que acabo de llegar.

—Pero vuestro nombre...

—No tenéis que ocultárselo, á menos que no esté solo.

—Voy á cumplir vuestra orden.

El hostelero salió.

Pocos momentos después se abrió la puerta y entró don Pedro de Carvajal.

Para él no debían haber transcurrido tres meses, sino tres años, y decimos esto, porque había cambiado mucho, casi había envejecido.

Tengamos presente que el muy noble caballero, si se regeneró, fué porque se arrepintió, horrorizándose de su propia conducta.

El arrepentimiento es un roedor que destruye las organizaciones más vigorosas, y es uno de los tormentos más horribles que puede sufrir la criatura.

Comprendemos el perdón para los que arrepentidos están verdaderamente, porque sobrado castigo es su propio arrepentimiento.

—¡Ahl—exclamó al ver al hidalgo.

Abrazáronse y permanecieron inmóviles algunos minutos.

Sus semblantes expresaban la conmoción más profunda.

Pero ambos habían luchado bastante, habían sufrido mucho, tenían sobrada energía y supieron dominarse.

Sentáronse.

Se contemplaron por algunos minutos.

No necesitaban decir lo que sentían.

Cada uno de ellos penetraba en el alma del otro.

No debemos olvidar cómo habían principiado y cómo se habían sostenido las relaciones de aquellos dos hombres.

Don Pedro de Carvajal rompió al fin el silencio para decir:

—No esperaba tan pronto la dicha de veros.

—He tenido razones de gran importancia para anticipar mi viaje.

—¿Alguna desgracia?

—Tomad y leed—dijo el señor Antonio.

Y un papel sacó, entregándoselo á su desgraciado amigo.

Era una carta.

Don Pedro la desdobló y leyó.

Su frente se contrajo más de lo que estaba.

Su mirada se tornó sombría.

—¡Oa!—murmuró sordamente.

—Viéndolo estáis—dijo el hidalgo—, me persigue la más negra fatalidad.

—Pero...

—Mi buen amigo, no debemos entregarnos á las ilusiones, porque ya sabéis que cada ilusión cuesta un dolor cuando se desvanece ante la fría realidad.

—Sin embargo, prescindiendo de la desgracia que desgracia muy grande es para todos la muerte de don Luis, vuestra situación...

—Dios sabe las complicaciones que sobrevendrán si llega á morir el noble anciano.

—Doña Luz sufrirá mucho, es verdad.

—Y al perder á su padre...

—Sola quedará; pero vos la amáis, y si pierde su padre, tendrá un esposo.

—¿No se presentará ningún obstáculo?

—Me parece...

—Lo temo.

—¿Y en qué os fundáis?

—Apenas acierto á explicarlo.

—Porque vuestros temores son hijos del presentimiento.

—Sí.

—Entonces...

—Pronto saldremos de dudas.

—¿Cuándo habéis de ver á doña Luz?

—Hoy mismo, ahora, porque no me he detenido más que para abrazaros.

—Pues no os detengáis y entretanto confiad...

—En Dios, sí.

—Temores manifiesta doña Luz también; pero no es extraño que negro le parezca todo en los momentos en que sufre.

—Don Pedro, me parece que ahora tendré que entablar otra lucha cuyas consecuencias nadie puede prever.

—Lucharemos.

No hablaron entonces más.

El señor Antonio volvió á tomar su espada, su capa y su sombrero.

Despidióse de su amigo y salió de la hostería.

Ya no había más luz que la del resplandor del vespertino crepúsculo.

Rápidamente atravesó varias calles.

Llegó á la cuesta de Santo Domingo.

Entró en la morada del noble Guzmán, preguntándole al portero:

—¿Cómo se encuentra vuestro señor?

—Mal, muy mal.

—¿Pero es tan grave su estado que se haya perdido toda esperanza?

—Mientras vida tenga, confiamos en la mise-

ricordia divina, porque los médicos dicen que humanamente no hay remedio.

—¿Me conocéis?—preguntó el hidalgo, bajando el embozo.

—¡Ahl...

—Puesto que sabéis quién soy...

—Subid, que la visita os agradecerá mucho mi noble señora.

Subió el hidalgo.

Bien pronto se encontró frente á la bellísima joven.

La escena que tuvo lugar no puede pintarse con su verdadero colorido.

El principal papel debían representarlo los ojos, los semblantes.

Ni doña Luz ni el señor Antonio encontrarían palabras para expresar lo que sentían; pero se comprenderían perfectamente.

Habían anhelado verse y, sin embargo, aquellos momentos debían ser de sufrimiento el más rudo para los dos.

No hay nada que tanto haga sufrir como la presencia de las personas queridas, verdaderamente íntimas, en los momentos en que nos agobia el peso de una de esas desgracias que podemos llamar tremendas.

Muy oprimido sintió el corazón doña Luz.

Inmóvil quedó y sin poder apenas respirar.

El llanto se escapó de sus ojos y corrió por sus pálidas mejillas.

Como una estatua permaneció también el hidalgo. Su rostro, pálido y contraído, revelaba su dolor.

—¡Ahl— exclamó al fin la joven con desgarrador acento.

—¡Luz!

—¡Padre mío, padre de mi alma!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, arrebatada, no por la impureza de su pasión, sino por su dolor santo, su dolor filial, dió un paso y cayó en los brazos que le tendía el señor Antonio.

Silenciosos quedaron otra vez.

No se percibió más ruido que el de los sollozos de doña Luz.

Y largo rato pasó así.

Por fin el hidalgo dijo con grave tono:

—¿Te faltará valor en estos momentos terribles? ¿Olvidarás que la criatura tiene la obligación de sufrir y resignarse?

—No lo olvido—respondió la joven, desprendiéndose de los brazos de su amante y dejándose caer en una silla.

—Entonces...

El sufrimiento es un deber, sí; pero no siempre las fuerzas de la criatura bastan para soportar ciertos dolores.

—La criatura tiene las fuerzas de la voluntad que son inagotables.

—Antonio...

—Domina tu justo dolor, escúchame y respóndeme, porque es preciso que yo conozca la situación.

—Es bien triste, es horrible. Hace un mes que postrado se encuentra mi noble padre, y en vano la ciencia ha apelado á todos los recursos que tiene. La enfermedad se ha complicado gradualmente, presentando caracteres más graves cada vez.

—¿Ha venido Olivares?

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Hace tres días reconoció su impotencia y me lo dijo clara y terminantemente.

—¡Oh!...

—Su opinión vale mucho.

—Sí.

—Pero yo no quería convencerme, me empeñé en creer que se equivocaba, y he acudido á cuantos médicos hay en la corte.

—Nada habrás conseguido.

—La opinión de todos ha sido la misma, y al fin se ha desvanecido mi última esperanza. Luchan los médicos para cumplir su deber; pero lo hacen convencidos de que nada conseguirán.

—Y si desgraciadamente se realizan sus temores...

—Mi situación cambiará completamente, y será quizás muy crítica.

—A tu padre perderás; pero como mi amor...

—Antonio—interrumpió la joven—, preveo nuevas desgracias.

—¿En qué pueden consistir?

—Al morir mi padre ocupará su lugar como tutor mi tío don Fadrique.

—No lo conozco.

—Yo no lo he visto hace más de diez años.

—¿Dónde se encuentra?

—En Segovia, donde siempre ha vivido.

—¿Tiene noticia de lo que sucede?

—Por orden de mi padre se le ha enviado un aviso y lo esperamos de un momento á otro.

—No estarás á su lado más que el tiempo absolutamente preciso para preparar nuestra unión.

Dofia Luz inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¿Por qué callas?—le preguntó su amante.

—Mis temores, mis presentimientos me hacen enmudecer.

—Explícate, Luz; dime lo que sientes, lo que piensas.

—Como no tengo pruebas, razones que mis temores justifiquen...

—No importa.

—Pues bien; no sé por qué me parece que mi tío pondrá estorbos para que se realice nuestra unión.

—¿Y con qué derecho se opondrá?

—Con el que le conceden las leyes.

—Si tu padre quiere que seas mi esposa y así lo declara antes de morir...

—Eso es lo que falta.

—Pero lo hará si tú se lo ruegas.

—Mi padre otorgó testamento hace quince días; pero no hizo más declaraciones que las que tienen relación con sus bienes; y en cuanto á mí, solamente dijo que debía quedar bajo la tutela de mi tío don Fadrique mientras no me casase. Sin duda no creyó que más fuese menester para la realización de mi dicha.

—Tú has debido hablarle de tus temores.

—Acabo de hacerlo.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que desea mi felicidad, y que está dispuesto á hacer todas las declaraciones necesarias para que consignado quede que su voluntad es que yo sea tu esposa, porque así lo ha prometido.

—Pues si esa declaración hace...

—Tranquila quedaré.

—Deseo ver á tu noble padre.

—Lo verás; pero antes prepararé su ánimo para evitar una sorpresa.

—Es prudente.

—Con frecuencia habla de ti, y tu visita ha de serle muy consoladora.

—Dios le devuelva la salud.

—Espera.

Dofia Luz salió del aposento.

Pocos minutos después volvió muy agitada.

—¡Dios mío!—exclamó.

—¿Qué sucede?—le preguntó el hidalgo.

—Mi buen padre conserva el conocimiento; me ha escuchado, me ha contestado, y desea verte; pero...

—Acaba.

—Me parece que su vida se extingue con rapidez, que está muy cerca de la agonía...

—Vamos, vamos.

—¡Dios misericordioso, dadme fuerzas!—exclamó doña Luz con voz ahogada por los sollozos.

Silenciosamente atravesaron algunas habitaciones.

Entraron en el dormitorio de don Luis.

Allí no había más luz que la de una lamparilla.

En el lecho, y medio oculto por las cortinas de seda, encontrábase el noble Guzmán.

No era menester más que mirar su pálido y desfigurado rostro para conocer que estaba muy cercano su fin.

Doña Luz y el señor Antonio se acercaron al lecho en tanto que sus corazones latían violentamente.

Ambos miraron con ansiedad al enfermo.

## CAPITULO II

### ESCENAS DOLOROSAS

Doña Luz se inclinó y estampó un beso de inmensa ternura en la pálida frente de su padre.

Este se estremeció.

Abrió los ojos.

Miró á su hija, después al hidalgo y murmuró con voz muy débil:

—Quirós.

Hizo un esfuerzo.

No pudo hablar entonces más; pero sus ojos expresaron lo que no hubiera podido decir su lengua.

No gay nada tan elocuente como la mirada de un moribundo.

El señor Antonio sentíase ahogado y tampoco pudo articular una sílaba.

Algunos minutos transcurrieron así.

La respiración violenta y desigual del enfermo era el único ruido que interrumpía el silencio triste y apenador, casi lúgubre que allí reinaba.

Por fin el anciano, volviendo á mirar á su hija y á Quirós, le dijo á éste:

—Por la memoria de vuestro padre...

—No os esforcéis—dijo el hidalgo—porque vuestros pensamientos adivino. Dejáis en este mundo á vuestra hija y deseais que sea feliz... ¡Oh!... Por la memoria sagrada de mi padre, que fué vuestro mejor amigo, os juro que no habrá sacrificio, por grande que sea, que yo no haga por la dicha de la mujer á quien amo. Si ha llegado el instante supremo de que vuestro

espíritu vuelva á la mansión eterna, morid en paz, que para que vuestra hija sufra será preciso que yo sucumba primero. Suyo es mi corazón, cuya mi existencia, cuya mi alma. Pierde á su padre; pero tendrá un esposo que apreciará en lo que valen sus nobles prendas, su gran corazón, el tesoro de sus raras virtudes. No habléis, pues, no os ocupéis de las cosas de este mundo, pensad en Dios, cuya justicia ha de pronunciar muy pronto el fallo inapelable, y esperadlo todo de su misericordia infinita. Dejaréis este mundo de miserias y de dolores, y desde el cielo contemplaréis á vuestra amada hija y gozaréis al ver cómo bendice vuestra memoria, y cómo vuestro recuerdo arranca á sus ojos lágrimas de ternura.

El anciano extendió sus brazos débiles y asió las manos de aquellas dos criaturas.

—Estoy tranquilo—murmuró.— En nombre de Dios os uno y os bendigo... ¡Ahl!...

Con fuerza convulsiva estrechó las manos de doña Luz y de Quirós.

Ya no pudo articular una sílaba.

Un gran esfuerzo tuvo que hacer la joven para reprimir un grito.

En aquel momento se presentó Olivares.

Al ver al hidalgo, arrugó el entrecejo.

Al lecho se acercó.

No hizo más que mirar á don Luis; y volviéndose á los otros les dijo:

—Venid.

Maquinalmente obedecieron.

Apenas estuvieron fuera del dormitorio, Olivares fijó su mirada dominadora en doña Luz y le dijo gravemente:

—Dentro de algunos minutos no tendréis padre... Bendecid á Dios y así cumpliréis vuestro deber; bendecidlo y resignaos.

Un grito exhaló la joven.

—La resignación no es la cobardía—le dijo el médico.

Y añadió dirigiéndose al señor Antonio:

—Decid que corran en busca de un sacerdote y venid luego para ayudarme, porque es preciso que esta criatura comprenda que tiene el deber de vivir no para gozar, sino para sufrir, para cumplir la misión de la criatura.

Doña Luz se había dejado caer en un sillón.

Inclinó sobre el pecho la cabeza y ocultó entre las manos el rostro.

No era una mujer vulgar y por consiguiente no podía entregarse á esos transportes ruidosos de dolor que no significan mayor sufrimiento que el

de los dolores amargos y concentrados en lo más recóndito del alma.

Quirós dió las órdenes para que fuesen inmediatamente en busca del sacerdote.

Todos los criados pusieron en movimiento.

Produjose la confusión que era consiguiente.

Cuando el señor Antonio volvió donde estaba doña Luz, le dijo el doctor:

—Dejadla que llore, que llore mucho, pues si no lo hiciera peligraría su existencia. Mientras que con el llanto desahoga hasta donde es posible su dolor, venid y escuchadme, pues deseo salir de dudas.

A un extremo de la anchurosa cámara se retiraron; pero como empezaban á llegar muchos amigos, determinaron ir á otro aposento.

El hidalgo le preguntó á Olivares:

—¿No esperábais encontrarme aquí?

—Por el contrario; lo que me ha sorprendido es que hayáis tardado tanto tiempo en venir. Me parece que os conozco, señor de Quirós, y como vos me conocéis también, podremos hablar con franqueza.

—Sí.

—Comprendo que hayáis cometido la locura de venir á la corte.

—Cuando tengo que cumplir un deber...

—No os detenéis ante los peligros, ya lo sé; pero también se cumplen los deberes con prudencia.

—Hay momentos en que todo se olvida.

—Siempre os habéis dominado como quizás no se domina ningún hombre, y en eso precisamente consiste vuestra superioridad.

—Ya no puedo retroceder.

—¿Sabéis lo que arriesgáis?

—Doctor...

—¿Lo sabéis?

—Sí, la cabeza.

—Motivos tenéis para conocer á Felipe II?

—Víctima soy de sus injusticias.

—No puedo discutir sobre ese punto.

—Y otras víctimas también...

—Perdonad — interrumpió Olivares con la frialdad que lo caracterizaba. — Nos separaremos muy pronto y conviene que aprovechemos estos minutos.

—Habéis dicho que queríais salir de dudas.

—Sí.

—¿En qué consisten?

—En lo que se refiere á vuestros propósitos. Y ya sabéis, mi buen amigo, que no soy curioso,

sino que por el contrario corto las ocasiones de conocer secretos, porque hasta me pesan los muchos que conozco.

—Os interesáis noblemente por mí.

—Todo cuanto me permite mi situación excepcional.

—Voy á pagaros con leal franqueza.

—No estoy tranquilo, señor Antonio.

—Nunca pensé permanecer en mi destierro hasta que al rey se le antojase concederme licencia para volver á Madrid; pero he anticipado mi viaje para ver á la mujer á quien amo, porque si en estos momentos terribles puede haber algún consuelo para ella, ha de ser el consuelo de mi amor.

—En eso consiste el deber que tenéis que cumplir.

—Deber sagrado.

—Y una vez cumplido...

—Me quedaré en Madrid, si en Madrid se queda doña Luz, y á Segovia iré si allí la lleva su tío don Fadrique, en virtud de sus facultades como tutor.

—¿Es irrevocable vuestro propósito?

—Sí — respondió sin vacilar el hidalgo.

Olivares hizo un gesto de disgusto, y luego dijo:

—Lo siento.

—Aconsejadme y...

—¿Que os aconseje!... ¿Y para qué? Si es firme vuestro propósito, mis consejos serán completamente inútiles. Tampoco es menester que me tome la molestia de advertiros los peligros que os amenazan, pues acabo de ver que los conocéis. Spongo que don Fadrique determinará quedarse en la corte.

—Lo ignoro.

—Vos os quedaréis, y como también se encuentra aquí la desdichada Consuelo, será probable que Leandro os siga en el camino de las locuras.

—Le aconsejaré lo contrario.

—Escucharía vuestros consejos como vos escucháis los míos.

—La situación es distinta para él.

—Hay más, señor Antonio.

—No adivino...

—¿Os habéis olvidado de don Pedro de Carvajal?

El hidalgo fijó una mirada escudriñadora en Olivares.

Este desplegó una maliciosa sonrisa.

—Doctor, os hablo con franqueza.

—Yo también acabo de explicarme con claridad.

—¿Por qué nombráis á don Pedro?

—Porque parecía que lo habíais olvidado.

—Eso no es posible.

—¿Tenéis noticias suyas?

—No.

Otra sonrisa irónica desplegó el médico.

—Está bien—dijo.—Acabáis de darme una prueba de que me habíais con la misma sinceridad que al confesor.

—Caballero...

—Por mi parte he concluído.

—Doctor, vos sabéis mucho más de lo que decís.

—Pedidle á Dios que el rey no llegue á saber tanto como yo.

—¡Oh!...

—Os arrepentiréis de no escuchar mis consejos. Grandes luchas habéis sostenido; siempre ha triunfado vuestra gran inteligencia ó vuestro valor; pero bien puede suceder que ahora la fortuna os vuelva la espalda.

El señor Antonio cruzó los brazos, inclinó la cabeza y quedó inmóvil y silencioso.

No necesitaba continuar la conversación para convencerse de que Olivares sabía que en Madrid se encontraba don Pedro de Carvajal.

A pesar de que, según las apariencias, el doctor había guardado el secreto, la situación era muy grave, pues lo que él había averiguado podía averiguarlo otro cualquiera.

Se habían entendido aquellos dos hombres, y sin embargo, era muy poco lo que habían hablado. Después de algunos minutos levantó el señor Antonio la cabeza, miró fijamente á Olivares, y le dijo:

—Yo he concluído también, porque sobre este asunto no necesitáis más explicaciones. Tengo que cumplir deberes sagrados, tengo que obedecer los impulsos de mi corazón y lo que me manda mi conciencia, y no retrocederé. Vuestra situación la conozco, y no cometeré la torpeza de pedir lo que no podéis dar.

—Sin embargo, podéis estar seguro de que haré cuanto mi situación me permite para favorecer y favorecer á vuestros amigos. Ya que mis consejos no queréis seguir, sed prudente, muy prudente, porque la menor ligereza os perdería.

—Prudente seré en cuanto me lo permitan las circunstancias.

—Hablemos ahora de otro asunto, de lo que se relaciona exclusivamente con vuestro amor, que es el fundamento de vuestra felicidad.

—No estoy tranquilo.

—¿Conocéis á don Fadrique?

—No.

—Yo lo conozco muy bien.

—Si me diéser algunas noticias suyas que pudieran servirme de guía...

—Sí.

—Os escucho.

—Don Fadrique debe tener ahora unos cuarenta y seis asos.

—Aún no es viejo.

—No.

—Tengo entendido que no se ha casado.

—Permanece soltero; es egoísta hasta la exageración; es codicioso, y...

—¡Vive el cielo!...

—Su caudal no es gran cosa, si bien ha conseguido aumentarlo con su avaricia. En su alma arden violentas pasiones, de las que nadie ha podido apercibirse, gracias á la habilidad que siempre ha tenido para engañar al mundo, tanta habilidad, que el mismo don Luis, su propio hermano y que lo conoce desde la infancia, ha vivido engañado como todos.

—Es decir, que ese hombre...

—Es hipócrita, ruin...

—Un miserable.

—Me parece que sí; pero quizás yo me equivoque.

—¿Y un hombre de esas cualidades es el que ha sustituir al padre de doña Luz?

—Lo considero una desgracia para ella y para vos.

—Don Luis, para tranquilizar completamente á su hija y para quedar él tranquilo, había pensado hacer una declaración solemne de que su voluntad era que yo me casase con doña Luz.

—Pues si no lo ha hecho...

—Ya lo veis, la muerte lo ha sorprendido cuando se disponía á asegurar nuestra dicha.

—Habéis llegado tarde, señor Antonio.

—¡Por el infierno!...

—Milagro será que don Fadrique no ponga estorbos á vuestro casamiento.

—Si á tanto se atrevé...

—Tendréis que resignaros, porque dispone de un arma terrible. ¿Qué tendría que hacer para inutilizaros? Decirle al rey que os encontrais en Madrid.

—Una delación...

—Don Fadrique es capaz de eso y de mucho más.

—¡Oh!...

—Y no podréis pedirle cuentas de su proceder, provocando cierta clase de lances, porque al fin es pariente de doña Luz, tiene su misma sangre, y...

—Comprendo.

—Os será preciso sostener una lucha mucho mucho más difícil y peligrosa que la que antes habéis sostenido, porque don Luis tenía el alma muy noble y no debéis temer alevosías.

—Mis presentimientos no me engañaban.

—Figuráos que don Juan de Guevara es el tutor de doña Luz.

—Quiero creer que exageráis.

—No exagero, porque es poquísima la diferencia que hay entre don Juan y don Fadrique.

No podía ser más desagradable lo que el doctor decía.

El hidalgo hizo un gesto de desesperación.

—Calma, señor Antonio, calma, porque si no la tenéis, todo se perderá.

—Doctor, buscad un recurso para que don Luis se reanime siquiera por espacio de una hora, permitiéndole sus fuerzas ocuparse de este asunto y hacer la declaración.

—Imposible.

—Recordad que hicisteis un milagro, consiguiendo que hablase uno de los asesinos que penetraron en la vivienda de Antón.

—El caso no es igual.

—Sin embargo...

—Lo intentaré; pero no abriguéis ninguna esperanza.

—Hacedlo y pedidme la vida.

—Esperadme aquí aunque tarde en volver, pues es peligroso que os presentéis entre los amigos de doña Luz.

—Muchos de ellos me conocen.

—Quizás en estos momentos exhala don Luis el último suspiro.

—No, no.

—Os engaña el deseo.

—Corred, doctor, corred.

—En estos momentos nadie os reconociera.

—Si pudiéseris penetrar en mi alma...

—Sosegaos.

No dijo más Olivares.

Del aposento salió.

Cuando entraba en el que estaba doña Luz

rodeada de muchos amigos, el sacerdote salió del dormitorio.

Todas las miradas se fijaron en él.

Todas las lenguas enmudecieron.

Reinó un silencio profundo y aterrador.

El sacerdote, que estaba pálido y conmovido, dijo con grave tono:

—Respetad los fallos del Omnipotente.

Resonó un grito.

—De rodillas—dijo el sacerdote.

Y de rodillas cayeron tocos.

Y todas las cabezas se inclinaron.

Y resonó imponente, majestuosa la voz del sacerdote, elevando al Omnipotente súplicas para que acogiese con misericordia el espíritu que acababa de volar á la mansión de la verdad y de la justicia.

Doña Luz, arrodillada también, con el rostro cadavéricamente pálido y descompuesto, con los ojos llenos de lágrimas, elevaba al cielo una mirada desgarradora.

Destrozábase su alma en aquellos momentos terribles.

Empero se sostenía y silenciosamente devoraba la amargura de su dolor mortal.

¡Sublime mujer!

Las fuerzas humanas tienen su límite.

La joven sintió que las suyas le faltaban.

En pie se puso.

Acercósele Olivares para sostenerla.

Todos quisieron acudir en su socorro, porque la veían desfallecer; pero el médico les dijo:

—Apartaos... dejadla conmigo, porque si no ha de morir, necesita el último consuelo... Vamos, pobre niña, vamos... vais á cerrar los ojos de vuestro padre, vais á besar su frente.

—Gracias, mi buen amigo, gracias—murmuró doña Luz.

Algunos estúpidos aduladores quisieron oponerse á lo que intentaba la hija de don Luis; pero el doctor les dijo severamente:

—Apartaos y respetad el dolor de esta criatura... Aún no la conocéis...

Ya nadie se atrevió á replicar.

En el dormitorio entraron la joven y el médico.

La primera se acercó al lecho.

Contempló el cuerpo de su amado padre.

Le cerró los ojos.

Se inclinó.

Estampó en su frente un beso, dejando en ella también algunas lágrimas.

Ni una sílaba articuló.

Apoyóse en el brazo que el doctor le ofrecía.

Salieron del dormitorio.

Atravesaron lentamente por entre la multitud, que llenaba los salones.

Todos guardaban silencio y contemplaban con admiración á la sublime joven.

Pocos minutos después entraba ésta en su cámara, donde ya hemos estado algunas veces.

Se arrodilló ante la imagen de la Virgen, en el mismo sitio donde la vimos pronunciar su juramento de amor.

El doctor le dijo:

—Pronto vendrá, y juntos lloraréis y elevaréis á Dios vuestras súplicas.

Una mirada de gratitud fué la respuesta de la joven.

Olivares salió de la cámara, volviendo donde con creciente ansiedad le esperaba el hidalgo.

—Veremos—dijo el doctor—si sabéis cumplir vuestro deber.

—¿Qué ha sucedido?

—Don Luis de Guzmán no existe.

—¡Dios mío!...

—La hija ha cerrado los ojos del padre, y ahora necesita vuestros consuelos. ¿Se los negaréis?

—Cumpliré un deber—murmuró tristemente Quirós.

—Pues venid, os dejaré á su lado, prohibiré la entrada á todo el mundo, so pretexto de que doña Luz necesita reposo, y luego hablaré con sus amigos.

Así lo hicieron.

El médico fué donde estaban los amigos del señor de Guzmán, y antes de que con ninguno entablase conversación, presentóse un nuevo personaje.

—¡Don Fadrique!—exclamó el médico.

—¡Don Fadrique!—repitieron muchos.

No podía llegar en momento más crítico.

Ya sabían todos que don Fadrique era el tutor de la joven, y, por consiguiente, lo trataron como á dueño y señor de la casa.

Apenas respondía él á los saludos, pues parecía muy afectado, y al fin tuvo que sacar el pañuelo para limpiar el llanto que empezó á brotar de sus ojos.

Ocupáronse en prodigarle consuelos, recordándole que tenía la obligación de dominarse para conservar la salud y poder cumplir sus nuevos deberes con su sobrina.

¿Qué debía deducirse del aspecto de don Fadrique?

Ni bueno ni malo, porque su aspecto era vulgar.

De mediana estatura y medianas carnes, bien conservado, hasta el punto de no representar los años que tenía, y de regulares facciones, resultando que no era ni feo ni hermoso.

En cuanto á su inteligencia, parecía que no era ni más ni menos que la de casi todos los hombres.

Sus palabras eran dulces, con todos se mostraba muy atento, y debía creerse que su carácter era el mejor. ¿Lo había calumniado Olivares?

Ni siquiera había exagerado.

Aquel hombre de aspecto tan dulce y agradable era ruin como la misma ruindad.

Disimulaba tan hábilmente, que hubiera sido imposible sorprender en sus ojos en un solo destello de las pasiones que tan borrascosamente agitaban su espíritu.

No más que dos ó tres personas de las que allí había eran sus amigos.

Miró á todos lados.

—¿Y mi desgraciada sobrina?—preguntó.

—La veréis después—le respondió Olivares—, porque en estos momentos sería peligroso.

—¿A caso su salud?...

—El golpe ha sido demasiado terrible.

—Deseo abrazarla y...

—Perdonad, caballero; pero no puedo permitirlo. Sin embargo, si bajo vuestra responsabilidad...

—No, no.

—De esta casa no saldré hasta que doña Luz no necesite mis auxilios.

—Gracias, doctor.

—Cuando con ella entréis en explicaciones, comprenderéis el por qué la desgracia le parece doblemente horrible.

—Si hay circunstancias extraordinarias...

—Sí.

—Vos podréis decirme...

—No soy más que el médico, y, por consiguiente, no me considero autorizado para mezclarme en ningún asunto, pues si alguno tomo en consideración es por lo que pueda influir en la salud.

—Sois muy discreto.

—Esa es mi obligación.

Poco más hablaron, porque don Fadrique tenía que atender á los que se le acercaban.

Una hora pasó.

El médico volvió á la cámara de doña Luz, diciéndole al hidalgo:

—Vamos, mi buen amigo.

—Esperad.

—Os advierto que ha llegado don Fadrique.

—¡Ah!...

—Quiere ver á su sobrina, y no puedo detenerlo más de lo que le he detenido.

—Vete—le dijo doña Luz á su amante—, y no has de volver sin recibir un aviso mío.

—Pero...

—No cometas imprudencias que pueden costarte la vida, porque si tú mueres, ¿qué será de mí?

—Me iré; pero no esperaré mucho tiempo.

Cruzaron algunas frases de dolor y de inmensa ternura.

Se separaron.

Junto á la escalera despidióse el señor Antonio de Olivares.

Este fué en busca de don Fadrique, diciéndole:

—Ya podéis ver á vuestra sobrina.

El caballero fué á la cámara de doña Luz.

Aquella primera entrevista había de ser casi ceremoniosa, y, por consiguiente, excusamos pintarla, pues ningún interés ofrecía.

Los dejaremos para volver en busca del señor Antonio.

### CAPITULO III

#### CÓMO SE ENCONTRABA CONSUELO

El hidalgo volvió á la hostería, donde con ansiedad lo esperaba don Pedro.

—¿Qué noticias traéis?—preguntó éste.

—Las peores.

—¿Y don Luis?

—Ya no existe.

—¡Pobre don Luis!

—Aún no podéis apreciar bien su desgracia, ni tampoco la mía, pues serán las peores las consecuencias de la muerte del noble Guzmán.

—Explicaos, amigo mío.

—Lo haré con cuanta brevedad me sea posible, y luego os dejaré, porque no quiero esperar á mañana para ver á otra de las víctimas de Felipe II.

—Consuelo—murmuró el señor de Carvajal.

—Sí.

—Me parece que mientras os explicáis, deberíamos cenar, pues supongo que poco alimento habréis tomado en el camino.

—Casi estoy en ayunas.

—Pues repongamos nuestras fuerzas.

—Debemos hacerlo, porque las necesitamos más que nunca.

Llamaron al huésped, que acudió y los sirvió con mucha prontitud.

El señor Antonio no tenía apetito; pero se esforzó para comer, porque comprendía que lo necesitaba.

Dió principio á las explicaciones de cuanto acababa de suceder en la morada de don Luis de Guzmán.

Con la atención que el caso requería, escuchaba don Pedro.

Gradualmente se contraía su rostro, siendo cada vez más sombría su mirada.

—Lo que decía Quirós no podía ser más desagradable.

Cuando terminó el relato, bebió, miró á don Pedro y le preguntó:

—¿Qué opináis?

El señor de Carvajal bebió también.

Guardó silencio por algunos minutos.

Luego se encogió de hombros, y dijo:

—Mi opinión es la misma que la vuestra.

—¿La adivináis?

—Sí, lo mismo que vuestros propósitos.

—Entonces...

—Estamos de acuerdo en todo.

—Tened en cuenta que los peligros son mayores para vos, puesto que á muerte estáis sentenciado, y á mí no pueden acusarme en nada.

—El día que le estorbéis á Felipe II, el estorbo se quitará, sin que necesite pruebas para que un juez os condene.

—Lo sé.

—Estamos, pues, iguales, y no hay ninguna diferencia en los peligros que nos amenazan.

—A pesar de todo eso...

—Lucharéis y lucharé.

—Temo que el rey sepa muy pronto lo que sabe el doctor.

—Por eso he decidido desaparecer inmediatamente.

—¿Tenéis preparada vuestra entrada en el monasterio.

—Me esperan, y apenas me presente, seré recibido.

—De manera que...

—Quizás mañana mismo vestiré el humilde sayal; y si me conviene profesaré muy pronto, pues ya es cosa convenida que se me dispense el tiempo de noviciado.

—Aún me parece imposible que lleguéis á ser fraile.

—Es más posible que vuestra dicha.

—¿Habéis revelado vuestro nombre al superior?

Como entregaré cuanto poseo, es decir, el dinero que reservo para mis necesidades, mi reserva será respetada y no sabrán en el monasterio más de lo que ahora saben, que soy un pecador arrepentido, un hombre hastiado de los placeres, que desea dejar el mundo, y que se llama Pedro.

—¿Y vuestro fiel criado?

—Me acompañará, y se lo agradezco mucho, porque tendré una persona con quien poder hablar sin reserva, y que me ayude lealmente.

—Voy á quedar solo.

—Me parece que muy pronto tendréis compañía, porque Leandro no podrá dominarse y le parecerá mengua dejar que vos solo arrostréis los peligros de esta situación tan crítica como extraña.

—Y es el caso que me será imposible ocultarle que en Madrid me encuentro.

—Os debe más que la vida, y ha de querer pagaros ahora que se le presenta ocasión.

—Su compañía será un cuidado más para mí.

—Y también un consuelo.

—Otro amigo vendrá.

—El señor Felipe de Maldonado.

—Y no se detendrá, aunque sepa que ha de morir.

—Seremos cuatro, ó más bien cinco, porque Roque no es despreciable.

—Pruebas ha dado de su valor, lo mismo que de su lealtad.

—Aún pudiera decirse que seremos seis, porque el buen Antón no ha de abandonarnos.

—Pero como respeta tanto al rey...

—Antes pensará en proteger al enamorado mancebo.

—Pues esos hombres decididos...

—Pueden hacer mucho.

—¿Y cuál ha de ser el objeto de la lucha?

—Más de uno.

—Vuestro casamiento con doña Luz.

—Y el de Consuelo con Leandro.

—Y que os dejen vivir tranquilamente.

—¿Y vos?

—Mi suerte está decidida. A nada aspiro y nada espero. Cuando la lucha termine, si hemos conseguido triunfar, me encerraré en mi celda y tranquilamente pasaré el resto de mi vida. Para vosotros es muy distinto lo porvenir; aún podéis gozar, mientras que para mí no hay goce posible, como no sea la paz del alma.

—A vuestra edad...

—Con pocos años puede un hombre ser viejo, y esto me sucede á mí.

—Pero...

—No os hagáis ilusiones, señor Antonio: los excesos han producido una insensibilidad, una indiferencia, que no permite ninguna emoción. ¿Qué placeres buscaréis para mí cuando todos los apuré? Me he agitado en medio de las borrascas de todos los excesos, de todos los delirios; de todo abusé; gasté mis fuerzas, consumí la vida en poco tiempo, y era preciso que la vejez viniese con su hastío, con su frialdad, con su impotencia. Vos habéis sufrido mucho; pero los sufrimientos no producen los estragos de los extravíos; habéis luchado, pero las luchas engrandecen y multiplican las fuerzas. Quizás estáis fatigado y es natural que anheléis tranquilidad; pero no como la que yo busco, no en el retiro de una celda, en el silencio del claustro, separado del mundo y entre seres que, si no son la encarnación del egoísmo, lo parecen, porque ninguno se cuida de los demás y todo lo miran con el más profundo desdén. No, no es esa la paz que vos buscáis, sino la del hogar con el amor, con los puros goces de la familia; pues aún podéis amar, aún podéis gozar. Mi buen amigo, convenceos aunque os sea muy desagradable: he muerto y no estaré bien más que en el sepulcro. Un convento es una sepultura para los vivos como yo, es decir, para los que tienen una vida falsa, ilusoria, una vida sin afecciones, sin temores ni esperanzas, sin sentimientos de ninguna clase. Ahora lucharé con vosotros y éste será el último deber que cumpla. Después nada, absolutamente nada más que esperar; pero no esperaré goces ni sufrimientos, sino la muerte, el sueño de la eternidad con su misterio impenetrable.

—Don Pedro...

—Perdonad; pero debemos ocuparnos de lo que es urgente.

—En estos momentos nada podemos hacer.

—¿No habéis de ver á Consuelo?

—Sí.

—Pues si queréis que os acompañe..

—Os quedaréis.

—Como bien os parezca.

—Después determinaremos algo, según las disposiciones del honrado Antón.

—Nada me habéis dicho sobre lo que tenéis pensado para ver á doña Luz mientras el caso llega de saber á qué atenerse con respecto á don Fadrique.

—Algunos días han de pasar sin que me sea posible verla, porque en estos instantes de dolor sería una falta de respeto intentar otra cosa.

—Con los antecedentes que tenéis...

—No debo presentarme á ese hombre.

—Sería peligroso.

—Durante el día me será preciso permanecer encerrado para evitar encontrarme con quien me conozca.

—Y quizás tendréis que cambiar de habitación.

—He dispuesto que me reserven una en la posada donde dejé el caballo, y que es la misma donde vivió el miserable Antón.

—Supongo que ese bribón moriría en la horca.

—Tal fué la sentencia.

—Sin embargo, convendría que lo averiguáseis.

—Veré á don Diego de Pantoja, con cuya discreción puedo contar.

—Si así lo hacéis, preguntadle también por mi antiguo escudero.

—Cuando hayan pasado algunos días, doña Luz le hablará á su tutor de lo que tanto nos interesa, y, según lo que conteste, así determinaremos.

Concluyó la cena.

El señor Antonio se despidió y salió de la hostería.

A tales horas no debía temer que nadie lo reconociese.

Volvió otra vez á las encrucijadas de los alrededores de San Miguel, dirigiéndose luego hacia Puerta de Moros.

#### CAPITULO IV

DONDE SE VERÁ QUE CONSUELO DISCURRÍA MEJOR QUE EL SEÑOR ANTONIO

Consuelo no había vuelto á separarse del honrado Antón; pero sí tuvieron que abandonar la miserable casa del Arrabal de San Martín.

No era rica la joven, puesto que los bienes de don Juan de Guevara se habían confiscado, se-

gún dijimos; pero riquezas le sobraban á la madre de Leandro, que no permitió que viviera miserablemente la que debía ser esposa de su hijo.

Tuvo, pues, que aceptar la joven lo que se le ofrecía; tuvo que obedecer, siquiera fuese por decoro de su amante y del nombre ilustre que ya tenía derecho á llevar.

Vivía como correspondía á su clase y ocupaba la que siempre había sido morada de doña Juana.

Claro es que Antón no quiso separarse de la que el nombre de madre le había dado y con ella se quedó, representando el papel de tutor ó cosa por el estilo.

Aquella vida le hubiera parecido la mejor al veterano; pero sufría mucho, porque á Consuelo veía sufrir.

Ya conocemos el noble corazón de la pobre niña, y no debe sorprendernos que uno de los motivos de su dolor fuese la desgracia de su padre.

A medida que el tiempo pasaba, desvaneciase su esperanza de conseguir que don Juan saliese de su prisión.

Grandes crímenes había cometido y bien merecía el castigo que le impuso el rey; pero Consuelo, como buena hija, olvidábase de las faltas que había cometido su padre.

¿Qué importaba que ella hubiera sido una de las víctimas?

Y como si esto fuese poco para que la infeliz sufriese, la habían privado de ver al hombre á quien tanto amaba.

Triste y pensativa estaba á todas horas, y con frecuencia el llanto salía de sus ojos.

Antón procuraba distraerla; pero todos sus esfuerzos eran vanos, resultandp así que sufriese mucho también. ¿Se había convencido de que Felipe II no era tan justiciero como parecía?

Mal que le pesase, tuvo que convencerse, y sobre todo, si el rey era la causa de que sufriese Consuelo, no era posible que al rey defendiese Antón.

Lo único agradable que para ellos había, eran las cartas que recibían de Leandro, y algunas que también les escribía el señor Antonio.

Aquellas cartas se leían muchas veces, y éste era el objeto de las conversaciones de aquellas dos criaturas.

Todas las mañanas muy temprano Antón y la joven salían para ir á la cercana iglesia de San Andrés.

Allí la pobre niña oraba con todo el fervor de su alma pura, pidiendo para su padre lo que era imposible.

Después de comer volvían á salir para dar un paseo por las cercanías, y cuando cenaban y por espacio de una hora lo menos, ocupábanse en evocar recuerdos de sus pasadas desdichas, y en hablar de Leandro y del señor Antonio.

Luego se entregaban al reposo.

Tal era su vida, que se hubiera prolongado mucho tiempo si ningún incidente la hiciera cambiar.

Disfrutaban calma, que aunque triste, era calma al fin, y tenían la satisfacción que les proporcionaba la tranquilidad de su conciencia.

Aquella tranquilidad iba á interrumpirse muy pronto. La situación era demasiado violenta y no podía sostenerse.

La noche en que estamos y á la hora de costumbre cenaron Consuelo y Antón, rezaron, y sin que ellos mismos supiesen cómo, entablaron la conversación de siempre.

—¿Y hasta cuándo hemos de estar así?—dijo el veterano.

—Dios lo sabe—le respondió tristemente la joven.

—Tres meses hace hoy precisamente que Leandro partió, y aún el rey no ha pensado en darle licencia para volver. ¿Se le habrá olvidado este asunto?

—No.

—Entonces...

—Debe considerar que el gran crimen de Leandro merece mayor castigo—repuso Consuelo con tono de amargura.

—¡Vive Dios!... Pues declaro que ya mi paciencia se acaba, y el día que menos se espere...

—¿Qué podéis hacer?

—Iré á ver al rey; le diré que puesto que se complace en hacer justicia...

—Sí, como la hizo al desterrar á Leandro.

—¡Tripas de Lucifer!...

—Como la hizo con el señor Antonio de Quirós.

—Otro que no tendrá tampoco mucha paciencia. Verdad es que se domina como ningún hombre; pero tengo la seguridad de que no ha de resignarse á pasar así toda la vida, y me parece que algún día lo veremos en Madrid y dispuesto á terminar esta situación.

—No es posible que á tanto se atreva, porque conoce bien á Felipe II.

—Yo también conozco al noble Quirós y estoy seguro de que no ha de detenerse ante ningún peligro.

—Mucho sentiré que cometa una locura.

—Veremos quién se equivoca.

—Se ha complacido el rey en herirle el corazón, lo mismo que á Leandro.

—¡Fuego de Satanás!...

—Y entretanto mi padre infeliz...

—Es preciso que lo olvides por ahora.

—¡Olvidarlo!...

—Debes pensar que...

—Pienso que es mi padre y nada más.

No pudieron continuar la conversación, porque sonaron algunos golpes dados en la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser?—dijo el veterano con tono de extrañeza.

—¡Dios mío!—murmuró Consuelo.

Y se estremeció violentamente.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

—Entonces...

—Presiento nuevas y grandes desgracias.

—Pues no hay motivo.

Volvieron á llamar.

La joven palideció:

Criados había que abriesen; pero el veterano se puso en pie, se acercó á uno de los balcones, lo abrió, miró á la calle y distinguió confusamente un bulto.

—¿Quién llama?—preguntó.

—Abrid—le respondió el hidalgo.

—¿Y quién sois?

—Lo veréis después, á menos que miedo tengáis.

—¡Por satanás!...

—No os enfadéis, buen Antón.

Separóse del balcón el veterano mientras decía:

—¡Mil rayos!... pues me conoce el que llama... yo mismo abriré para que se convenza de que no tengo miedo.

—Esperad...

—Déjame.

Del aposento salió el veterano, quitándole la luz al criado que acudía, bajando presurosamente y abriendo de par en par la puerta.

El señor Antonio dió un paso.

Se desembozó.

—¡Por el infierno—exclamó Antón.

Y sus ojos se abrieron desmesuradamente, y con estupor fijóse su mirada en el hidalgo.

—Buenas noches—dijo éste con la calma que lo caracterizaba.

—¡Cuernos de Satanás!...

—¿Qué os sucede?

—¡Ira de Dios!...

—¿No queréis darme la mano?

—¿Vos aquí?...

—Ya lo veis.

—Bien decía Consuelo... No, no lo decía ella, sino yo; pero en fin, como ella tenía miedo y antes yo había dicho... ¡Rayos!... ya lo veis, soy el mismo, sin ningún entendimiento, sin saber explicarme; pero en cambio...

—Sí, también es el mismo vuestro gran corazón.

—¿Y para qué me sirve?

—Os olvidáis de cerrar, pues creo no habréis pensado que permanezcamos aquí toda la noche.

—Es verdad.

—¿Y Consuelo?

—Siempre triste, siempre llorando.

—¡Pobre niña!

—Y no consigo hacerla comprender que debe olvidar á su padre, porque es un criminal que ni compasión merece. Además, como no ve á Leandro, ni tiene esperanzas de verlo... En fin, es preciso que esta situación concluya, porque la pobre Consuelo se consume.

—La situación ha empezado á cambiar.

—¿Qué sucede?

—He venido para cumplir un deber, para sufrir y para luchar.

—¡Luchar decís!...

—¿Qué os sorprende?

—Eso de luchar...

—Sí.

—¿Con quién?

—Con todo el que se oponga á la realización de nuestra dicha.

—¡Mil rayos!... ¿No pensáis que quien se opone es el rey?

—Pues con el rey lucharé.

—¡Señor Antoni!...

—Si habéis perdido el valor...

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el veterano, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

Hablando así llegaron á la habitación donde estaba Consuelo.

Miró ésta al hidalgo.

Exhaló un grito de sorpresa.

El señor Antonio la saludó cariñosamente.

Cruzaron algunas frases que ninguna importancia tenían.

Luego la joven rogó al hidalgo que le diese explicación de los motivos de su viaje.

Antes de que el señor Antonio pudiera contestar dijo el veterano:

—Según parece, ha cambiado la situación.

—Sí, por desgracia.

—Pues yo lo tengo por gran fortuna, puesto que así no habíamos de estar toda la vida.

—Don Luis de Guzmán ha muerto esta noche.

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo.

—Y tenemos motivos para creer que las circunstancias nos obligarán á entablar una nueva lucha. También está en Madrid don Pedro de Carvajal, y temo que muy pronto venga el señor Felipe de Maldonado. Escuchadme, conoceréis la situación, y luego me dareis cuenta de los sucesos que aquí hayan tenido lugar.

Dió el señor Antonio las explicaciones convenientes.

Consuelo y Antón escucharon, dejando ver en sus semblantes la sorpresa unas veces, otras el temor y el disgusto.

Por escaso que fuese el entendimiento del veterano, no se le ocultaba la gravedad de aquella situación que los obligaría á entablar una lucha, cuyo resultado nadie podía prever.

Silenciosa y meditabunda quedó Consuelo.

El hidalgo le dijo al buen Antón:

—Callad ahora y dejadla que reflexione, porque necesito conocer su opinión.

—Yo quisiera también reflexionar; pero cuando lo hago se me calienta la cabeza y se me oscurece el poquísimo entendimiento que Dios me ha dado.

Guardaron todos silencio. Largo rato pasó.

Por fin, dijo la joven:

—Nada debéis esperar de mi inexperiencia.

—Pero mucho de vuestra inteligencia.

—Hablaís de luchas... ¿y con quién luchareis?

—Con los que se opongan á la realización de nuestros deseos.

—Me parece que debíamos examinar ante todo la situación de cada uno.

—Pues principiemos por Leandro.

—El rey le manda estar fuera de la corte, y dispone al mismo tiempo que yo en la corte viva. No consiste en otra cosa nuestra desgracia.

—Ciertamente.

—Dos cosas podemos hacer: cumplir la orden de su majestad y resignarnos.

—Pero no para siempre.

—Cuando nos falte la resignación ó la paciencia no nos quedará más que un recurso, el de ir yo donde está Leandro, ó que él venga, y como esto es una desobediencia, casi una rebeldía que el rey no puede perdonar, tendremos que huir, que ocultarnos, quizá que salir de España para librarnos de un terrible castigo. Me parece que otra cosa no podemos hacer.

—No os equivocáis.

—Pues en ese caso no hay lucha posible, porque huir no es luchar.

—Muy bien—dijo el hidalgo.

—¡Vive Dios!... Si yo tuviera tanto entendimiento como tú... Estoy convencido; Leandro no puede luchar.

—Y vos, señor de Quirós, tendreis desde este momento que hacer lo mismo, huir, vivir oculto para que el rey no sepa que en Madrid estais. Si el tutor de doña Luz no se opone á vuestra unión, todo habrá concluido y podréis ser dichosos, porque ella irá adonde vos esteis, y con vuestro amor encontrareis la felicidad en todas partes.

—¿Y si don Fadrique se opone á nuestro casamiento?

—En ese caso la lucha será con él, no con el monarca, y aún me atrevo á decir que no hay lucha posible, porque si abiertamente la entabláis, vuestro adversario os inutilizaría muy fácilmente, pues no tendría que hacer más que decirle á su majestad que en Madrid os encontráis.

—Continuad.

—En cuanto al infeliz don Pedro, más digno de compasión que de castigo, nada puede hacer, y como un gran triunfo debe considerar el encerrarse en un convento y llorar sus culpas para que la misericordia divina le conceda un perdón que los hombres no pueden concederle. ¿Con quién luchará? ¿Para qué? ¿De qué manera? Ya ha luchado bastante; su carrera ha terminado; ha muerto para el mundo, y los muertos nada pueden hacer.

Admirado escuchaba el señor Antonio los razonamientos de aquella niña inocente.

Nadie como ella había examinado con tanto acierto la situación.

—Y en cuanto al señor Felipe y á María—añadió la joven—, nada tengo que decir. Están

fuera de la corte; se unirán cuando bien les parezca; y ninguna necesidad tienen de entablar luchas para ser felices.

—¿Has concluido?—le preguntó el veterano á Consuelo.

—Sí.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¿Hemos de permanecer siempre así?

—Si nos falta la paciencia, ya he dicho lo que tenemos que hacer.

—Y lo haremos.

—Cuando sea posible.

—¿Quién nos pondrá estorbos ahora?

—Nuestra conciencia, nuestros sentimientos nobles.

—No te entiendo.

—Aunque la dicha me ofrezcan, no la aceptaré mientras nuestro generoso amigo Quirós se encuentre en la situación crítica en que le ha colocado la muerte de don Luis. Grandes peligros le amenazan, y en estos momentos terribles no lo abandonará Leandro, ni nosotros nos moveremos de Madrid, porque le debemos, no solamente la existencia...

—¡Rayos del inferno!—exclamó el veterano.

—Está visto, soy muy bruto... Perdonadme, señor Antonio: no se me ha ocurrido... Miento, porque por nada del mundo os hubiera yo abandonado en los momentos del peligro. No he olvidado aquellos días horribles...

—Basta—interrumpió el hidalgo—, basta, porque no he puesto en duda la nobleza de vuestros sentimientos. Con vos he contado siempre y cuento ahora.

—Y si otra cosa hiciéseis, me ofenderíais.

—Nada podemos determinar sin saber lo que hace don Fadrique.

—Es verdad.

—Esperemos unos días.

—¿Y qué hareis entre tanto?

—Ocultarme y nada más.

—Preciso es que Leandro sepa que en Madrid os encontráis.

—Pues ahora—dijo Antón—os daré otra noticia.

—Sí, ponedme al corriente de cuanto suceda.

—Decidle á don Pedro de Carvajal que ahorcado fué su antiguo escudero.

—¿Y Antolín?

—No sé cómo consiguió salir de su calabozo.

—¡Oh!...

—Desapareció y ha sido inútil cuanto se ha hecho para encontrarlo.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Me lo dijo don Diego de Pantoja.

—Es decir, que uno de nuestros más terribles enemigos está libre.

—Y eso es un motivo de intranquilidad para Consuelo. Yo estoy descuidado, porque ese bribón no volverá más á la corte, de donde debe haberse alejado.

—Aquí puede ocultarse mejor que en ninguna otra población.

—Pues que se guarde de mí, porque si le veo no me tomaré la molestia de entregarle á la justicia, sino que lo aplastaré.

—A mí no me infunde temor; pero bueno será que no nos olvidemos de que existe.

Sobre este punto hicieron algunos comentarios que poca ó ninguna importancia tenían.

Luego dijo el veterano:

—Ahora disponed de mí como mejor os parezca, pues á todo me tenéis dispuesto.

—Hemos de esperar—respondió el hidalgo.

—Esperaremos.

—Y entretanto mucha prudencia, mucho disimulo y, sobre todo, mucha calma, porque todos nos perderíamos si nos dejásemos arrebatat.

—Calma tendré.

—La impaciencia es uno de nuestros mayores enemigos.

—Sin embargo, cuando el tiempo pasa, y...

—Más pronto se llega al fin del camino andando poco á poco y mirando dónde se ponen los pies, que corriendo, tropezando, cayendo y volviendo á levantarse, si es que levantarnos podemos.

—Sois un gran hombre.

—Mi situación es hoy mucho peor que la vuestra; para mí son mayores los peligros, porque el rey ha de respetar más á Leandro que á mí.

—¿Qué privilegio tiene?

—Para que le guarde consideraciones hay motivos que no puedo daros á conocer.

—Cuando vos lo decís...

—Razones tengo muy poderosas.

—Está bien.

—Pues á pesar de que mi situación es más difícil, estáis viendo que me domino como me ha dominado siempre, y que no doy un solo paso sin mirar dónde pongo los pies.

—Descuidad, que no cambiaremos de vida,

no haremos nada que pueda llamar la atención de nadie.

—Vendré todas las noches, porque durante el día no es prudente que me vean, y en mi habitación permaneceré. Si algo sucede, podréis ir á bascarme.

—Ya conozco vuestra casa...

—Allí no me encontraréis.

—¿Pues dónde os aposentáis?

—En la hostería de Maese Bonifacio, donde estuve en otro tiempo, y además reservada me tienen una habitación en la posada de la calle de Segovia, casi frente á la vivienda de Maldonado.

—Allí me parece que se aposentaba también el bribón de Antolín.

—Y allí estuvo algunos días don Juan de Guayana.

—De manera que si ocurre y no os encuentro en la hostería, iré á la posada.

—Y en último caso á mi vivienda de la calle de Atocha.

—Entendido.

—A Maese Bonifacio, antes de preguntar por mí, le diréis vuestro nombre y que sois el protector de Consuelo.

—¿Y he de hacer lo mismo en la posada?

—Allí diréis solamente que deseáis ver al caballero del caballo negro.

—No necesito más advertencias.

—Cualquier suceso, cualquiera novedad, aunque os parezca de poquísimá importancia, me la participaréis sin esperar á que llegue la noche y yo venga.

—Me parece que con nosotros podríais vivir.

—Puede ser peligroso.

—Como bien os parezca.

Muy poco más hablaron.

Con frases muy cariñosas despidióse el señor Antonio.

Había conseguido recobrar por completo la calma, y ya era el mismo que había sido siempre.

El veterano lo acompañó hasta la puerta.

El hidalgo salió, dió dos ó tres pasos, se detuvo, desenvainó la espada y volvió á todos lados la cabeza.

No había más luz que la débil, muy débil claridad de las estrellas, y por consiguiente era muy difícil distinguir los objetos á cierta distancia.

No descubrió el señor Antonio alma viviente.

## CAPITULO V

## UN APARECIDO

Dice el adagio que al más habil cazador se le va una liebre, y esto es una de tantas verdades prácticas que no podemos pener en duda.

Por mucho que valga un hombre no puede ser perfecto y ha de cometer torpezas, ha de tener descuidos.

Decimos esto, porque cuando el hidalgo llegó á la casa no se apercibió de que oculto bajo el pórtico de la iglesia de San Andrés había un hombre, ni era fácil que se apercibiese, porque sin acercarse mucho no había persona humana que pudiera descubrirlo.

Envuelto en negra capa, recatando el semblante con el embozo y el sombrero, apenas en descubierto dejaba los ojos.

Estaba inmóvil.

Desde aquel sitio descubría perfectamente la vivienda de doña Juana, y apenas vió que un hombre llegaba y llamaba, murmuró:

—¿Quién puede ser?

En medio del silencio absoluto que reinaba allí, pudo el embozador oír clara y distintamente las preguntas de Antón y las respuestas del hidalgo.

Entonces las pupilas del desconocido brillaron como luciérnagas en aquella oscuridad.

—¡Vive el diel!—exclamó.—Me parece que de mucho interés principia á ser lo que pasa. No hay duda de que ese hombre conoce de antiguo al veterano. Me conviene observar, aunque me sea preciso permanecer aquí toda la noche.

Silencio guardó.

Entró el hidalgo en la casa, cerróse la puerta, y el silencio volvió á reinar.

Como una estatua permaneció el embozado.

Trascurrió más de una hora.

Entonces se atrevió á salir de su escondite.

Avanzó hacia la casa y á la puerta llegó.

Detúvose allí, inclinóse y miró por el ojo de la cerradura.

Aunque nada vió, permaneció en la misma postura.

Mucha paciencia debía tener, porque otros veinte minutos pasaron y ni siquiera hizo el más leve movimiento.

Por fin distinguió luz, y aunque muy confusamente vió como sombras ó bultos que la escalera bajaban y atravesaban el portal.

Oyó también ruido de voces, pero no pudo entender ni una palabra.

Era indudable que la persona que había entrado iba á salir.

El desconocido, que tan hábilmente espía, no creyó prudente permanecer allí.

Se alejó.

Volvió al pórtico del templo.

Entonces se ocultó más que antes, y hubiera sido imposible descubrirlo ni aun á corta distancia.

Salió el hidalgo.

Miró, según hemos dicho.

Su torpeza no consistía en no ver al espía, puesto que faltaba luz; pero sí debió recorrer todo aquel sitio y examinar los huecos de las puertas.

No lo hizo, y esta falta de precaución debía producir las consecuencias más graves.

Verdad es que el señor Antonio no temía ser espionado en aquellos sitios, ni tampoco en ninguno, puesto que creía que todo el mundo ignoraba que estuviere en Madrid.

Con el mayor descuido tomó hacia la antigua casa, y á sus pensamientos bien desagradables se entregó.

Salió de su escondite el embozado.

Aunque á larga distancia, siguió al señor Antonio.

Sus pasos no producían ni el más leve ruido.

No se separaba de la pared.

—¿Quién es?—decía para sí.—No se parece á mi odiado rival, ni puede ser, porque más tiempo hubiera permanecido en la casa. Los demás se encuentran también fuera de Madrid, y me parece que por ahora no volverán. En cuidado me pone este suceso. ¿Encontraré algún estorbo precisamente en los momentos en que tan cerca estoy de realizar mis planes? De todas maneras no he de retroceder, porque cada día sufro más, y aunque soy cobarde, no me espantan los peligros cuando se trata de la realización de mis deseos.

Llegaron á las Platerías.

A la puerta de la hostería se detuvo el señor Antonio, y el espía se ocultó tras una de las esquinas de la iglesia de San Miguel.

Llamó el hidalgo.

Inmediatamente se abrió la puerta de la hostería.

Entró como quien entra en su casa.

La puerta se cerró.

—Esa es su posada—dijo el espía.

Y atravesó la calle y fué de un lado para otro mientras meditaba y calculaba.

Inútilmente se molestó.

Por espacio de más de una hora vagó en aquel sitio y sin perder de vista la hostería.

Convencido de que el otro no había de salir aquella noche, se alejó, yendo hasta Puerta Cerrada y bajando por la calle de Segovia.

Poco anduvo allí, porque se detuvo á la puerta de la posada y llamó.

Le abrieron.

Entró y se encontró con el huésped, que le dijo:

—Buenas noches.

—¿Hay peligro?

—No.

Entonces el espía bajó el embozo y pudo verse su semblante aguileño, enjuto, amarillento, con los labios muy delgados y blanquecinos, y con ojos muy pequeños, redondos, hundidos y relucientes como carbunclos.

Casi no tenemos que decir que aquel hombre era uno de los que habían representado un papel de importancia grandísima en este drama, ó lo que es igual, el miserable Antolín, á quien inútilmente había buscado la justicia.

¿Cómo se atrevía á entregarse al reposo en la que siempre había sido su posada, y donde parecía natural que lo buscasen los agentes de la autoridad?

Sobre este punto hemos de dar algunas explicaciones para que se comprendan los sucesos que tenemos que referir.

Cuando Antolín consiguió recobrar la libertad, encontró más de un amigo que lo protegiese y lo ocultase á cambio de los servicios que podía prestar con su audacia refinada á sus compañeros.

El hombre que vale encuentra en todas partes y todas las situaciones recursos que otros no encontrarían, y no podemos negar que Antolín sabía mucho, pues nada tiene que ver esto con sus malos instintos, con su depravación.

La fortuna, caprichosa como siempre, quiso protegerlo, y sucedió que algunos de aquellos bandidos se metieran en un negocio que ofrecía ciertas dificultades para gente ruda y soez, ó lo que es igual, exigía el éxito cierta clase de trabajos y discreción de persona de clara inteligencia.

Antolín representó entonces el principal papel.

El negocio se realizó felizmente para los criminales, y muy desgraciadamente para la víctima, que perdió una cantidad muy respetable.

Del producto se entregó al miserable Antolín la parte que se le había prometido, y que consistía en mil ducados.

Así, de la noche á la mañana, se encontraba rico.

Con dinero se puede hacer mucho, y desde aquel día el criminal se tranquilizó, porque le sería más fácil sustraerse á la persecución de la justicia.

La prudencia le aconsejaba salir de la corte, alejarse mucho, y con nombre supuesto establecerse donde no pudiera ser conocido. Así, y con los mil ducados, hubiera podido vivir tranquila y hasta honradamente, haciéndose casi digno de la protección que le dispensaba la loca fortuna.

Empero Antolín tenía un inconveniente para hacer esto; tenía su pasión, que no se había extinguido, sino que, por el contrario, había encendido más y más y lo trastornaba.

Mientras estuvo en la cárcel y en peligro de ser ahorcado, el sentimiento de su terror ahogó los demás, y él mismo llegó á creer que ya no amaba á Consuelo, y no solamente lo creyó sino que la maldijo muchas veces como causa de su horrenda desdicha.

El peligro pasó.

Tuvo, además, el miserable sobrados recursos para vivir, recobró por completo la tranquilidad, y revivió el fuego que amortiguado se había bajo la presión de los temores.

El oro abre todas las puertas, y Antolín llamó á la de la posada, cuyo dueño sorprendióse una noche al verlo entrar, pues no ignoraba que á muerte lo habían sentenciado.

Principió el criminal por ofrecer al posadero veinte ducados como demostración de cariño, y luego cenaron juntos, bebieron sin tasa y hablaron muy detenidamente de la situación.

Así llegó el huésped á comprender lo que antes no había comprendido, pues sin ninguna reserva y con detalles le habló Antolín.

La conciencia del posadero no era la más escrupulosa, y con muy poco se satisfacía y tranquilizaba. Era además codicioso como la misma codicia, y al ver que el criminal tenía la bolsa repleta de oro y estaba en camino de hacer mayor fortuna, ofrecióle protección y auxilio, sin más condición que la de no tomar parte activa

en negocios que pudieran comprometerlo y ponerlo en manos de la justicia.

De acuerdo quedaron y muy satisfecho Antolín, pues no necesitaba que el posadero fuese más que encubridor.

Desde aquel día, y á cierta hora de la noche, cuando otra cosa no tenía que hacer Antolín, iba á la posada, encontrando allí buen aposento, buena cama, cena, si la quería, y cuanto podía necesitar.

En aquel lugar, que albergue se suponía de viajeros y gente honrada, no debía la justicia ir en busca del criminal.

Bien calculaba éste, pues ni remotamente le ocurrió á nadie pensar en la posada al pensar en él.

Seguro se encontraba allí durante la noche y durante el día también, cuando nada tenía que hacer en otra parte.

Como era un desdichado que ningún papel representaba en el mundo, nadie lo conocía, como no fuesen sus amigos y algunos de los agentes de la autoridad, resultando que podía sin ningún temor andar por las calles á la luz del día.

Sin perjuicio de seguir ocupándose en los negocios que debían proporcionarle dinero, dedicóse con preferencia á hacer averiguaciones sobre la situación de Consuelo, la de Leandro y el señor Antón.

Sin vencer grandes dificultades supo lo que había sido de don Juan de Guevara y de los demás, y pocos días después pudo complacerse al ver á la bellísima joven que de su casa salía con el veterano para ir á la iglesia de San Andrés.

En un rincón del templo situóse el criminal. Su mirada se fijó con ansiedad inconcebible en la infeliz consuelo.

Le pareció más bella que nunca.

Vió cómo la pobre niña movía los labios para rezar.

¡Labios hechiceros!

Vió también en sus ojos algunas lágrimas que oscilaban pendientes de la pestañas, y caían y desaparecían entre los pliegues del negro manto.

Sintió Antolín como si su sangre se hubiera convertido en fuego.

Con desigual violencia latía su corazón.

Por sus ojos escapáronse las llamaradas de su pasión impura.

Momentos hubo en que se sintió como embriagado.

No se atrevió á seguir á Consuelo, y la vió salir y desaparecer.

A la mañana siguiente y á la misma hora, volvió á San Andrés.

Situóse lo mismo que el día anterior, donde oculto quedaba por un confesonario.

Pocos minutos después entraron Consuelo y Antón.

Sucedió lo mismo que la anterior mañana.

Y desde entonces todas, y apenas el templo se abría, entraba el criminal.

Cometía una imprudencia que podía costarle muy cara, pues una casualidad cualquiera sería bastante para perderlo. No sucedió así.

Continuó trastornado y haciendo lo mismo, y los días pasaron sin otra novedad digna de mención.

Más y más se convenció Antolín de que para él era una necesidad absoluta la posesión de Consuelo.

¿Podría permanecer siempre en aquella situación?

—No.

—¿Qué haría?

Muchas dificultades había de encontrar para cualquier intento.

Sin embargo, no podía desistir.

Si grandes peligros le amenazaban, si en riesgo se ponía de perder la existencia, no retrocedería, porque peor que la muerte era su tormento.

Y en tanto que así se encontraba y pensaba, la loca fortuna seguía dispensándole protección sin límites, y ganaba dinero, y casi podía decirse que se enriquecía.

Caviló como en su vida había cavilado, como se cavila cuando nos impulsa una pasión.

Por fin creyó encontrar un medio para conseguir lo que tan ardientemente deseaba.

Trazó un plan.

Y precipitadamente dos días antes de que el hidalgo llegase á la corte principió á ocuparse en hacer todos los preparativos.

El plan no lo damos á conocer ahora, porque hemos de verlo puesto en ejecución, y porque quizás lo modificaría cuando supiese que el señor Antonio de Quirós se encontraba en la corte.

Tal era la situación de Antolín, situación que complicar debía la de los demás.

Las pícaras coincidencias, según hemos visto en otras ocasiones, representan un gran papel en todos los negocios, y aquella noche debía verse más claro esta verdad.

Ocupado en contemplar la vivienda de Consuelo y en seguir al señor Antonio, no había cenado el criminal y por consiguiente pensó hacerlo en la posada.

A su habitación fué en compañía del posadero, que una luz llevaba, y allí le preguntó el criminal:

—¿Tenéis algo con que yo repare las perdidas fuerzas?

—Ya sabéis que para vos hay siempre de todo en mi casa. Decid lo que queréis, y veréis con cuánta prontitud os sirvo.

—Dadme lo que mejor os parezca, y si apetito tenéis, hacéme compañía para cenar.

—Muy temprano lo hice esta noche, y como han pasado bastantes horas, aceptaré vuestro ofrecimiento con tanto gusto como gratitud.

—Mucho me alegro.

—Además, no quiero acostarme todavía, pues me conviene estar despierto, por si viene un caballero que por razones que os diré me ha llamado la atención.

—Es decir, que hay novedades.

—De ninguna importancia; pero la pícara casualidad...

—Entendido.

—Voy por la cena.

El posadero salió.

## CAPITULO VI

### LO QUE HABLARON ANTOLÍN Y EL POSADERO

Algunas magras, aceitunas, sardinas saladas, pan y vino puso sobre la mesa el huésped, llevando además un velón en lugar del candil con que antes se alumbraba.

Acomodáronse aquellos dos bribones.

Nadie debía interrumpirlos.

Principiaron por beber para que limpio quedase el tragadero, y con el mejor apetito clavaron los dientes en las magras, saboreándolas con delicia.

Antolín dijo:

Principiad el relato de esa aventura, que interesante debe ser, y en la que, según parece, figura un caballero misterioso.

—Y un caballo de bastante valor.

—Os escucho con toda la atención que el caso requiere.

—Empezaba á oscurecer.

—Hora muy á propósito para que todo tenga un tinte fantástico.

—A la puerta de esta casa llegó un caballero en un caballo negro como el azabache. ¡Hermoso animal! Debe haber costado mucho dinero.

—Señal cierta de que el amo es rico.

—Debe serlo, pues aunque iba vestido con mucha sencillez, era finísimo el paño de su ropa, y en el sombrero tenía un joyel que representaba un caudal.

—¡Oh!...

—Relumbraba como una estrella.

—Proseguid, que interesante es vuestro relato, siquiera por lo que del joyel habéis dicho.

—Pie á tierra echó sin esperar á que yo le tuviese el estribo.

—Torpe anduvisteis, y vuestra torpeza es imperdonable, porque se trata de quien, como ese caballero, gasta joyeles de tanto valor.

—Ligero anduve; pero con mayor ligereza descabalgó.

—¿Era joven?

—Veintiocho ó treinta años debe tener.

—Le pediríais perdón por no haber acudido con la prontitud que debísteis hacerlo.

—No quiso escucharme, y me mandó que el caballo lo llevase á la cuadra y le cuidase como se cuida un tesoro.

—Si en estima lo tiene...

—Porque mucho vale.

—¿Qué aposento ha ocupado el caballero del joyel?

—Ninguno.

—¿Acaso se quedó en la cocina?

—Ni siquiera entró en la posada.

—Muy urgente sería el negocio que á Madrid lo ha traído.

—Le pregunté si habitación quería, y me respondió que le reservase la mejor de la casa. No quiso tomar alimento, y me dijo que lo esperase á todas horas y á ninguna.

—Extraño es el caso.

—No quiso escuchar nuevas preguntas.

—¿Y hacia dónde se fué?

—Calle arriba tomó á buen paso y desapareció en seguida.

—Nada de eso me importa.

—Tampoco á mí.

—Y sin embargo lo tomáis en consideración.

—Y me parece que vos también.

—No lo niego.

—¿Y en qué consiste que nos preocupa lo que nada tiene de importante?

—Creo que la virtud, la influencia, la ejerce

el riquísimo joyel, cuyos diamantes os deslumbraron.

—Tal vez.

—¡Vive el cielo!... Una prenda de tanto valor puede encender la codicia del más desinteresado.

—Y sin embargo, ese hombre la lleva en el sombrero, como si nada llevase, y así se va por esos caminos de Dios sin que le ocurra pensar que lleva la atención para los más honrados.

—Hablais como nunca esta noche.

—Virtud de los diamantes será también.

—Tal creo.

—O olvidais de beber, señor Antolín.

—Y hasta de las magras me olvido, y á fe de hidalgo que pocas veces las he comido tan buenas.

—Son de Avilés.

—Veamos si el entendimiento se nos despeja, porque algo de turbación empiezo á sentir.

Llenaron los vasos y bebieron.

—Ahora las sardinas—dijo el huésped.

—Así tendremos más sed.

—Todo se remediará con más vino.

—En mi opinión es caso de honra poner en claro el misterio con que se ha presentado el caballero del joyel.

—¿Y cómo lo averiguaremos?

—Observando.

—Como vos conocéis á tantas personas nobles y ricas...

—Os ayudaré.

—Y os lo agradeceré mucho.

—Decidme las señas de ese hombre.

—Ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, algo moreno, aguileña la nariz, los ojos negros y grandes; la mirada muy viva y el continente un si es no es altivo.

—Hay tantos así...

—Al primer golpe de vista parece un simple hidalgo de mediano caudal.

—Sí; pero después...

—Un caballero de muchas campanillas.

—¿Y no le acompañaba ningún criado?

—Solo se presentó, es decir, con la compañía que debajo de su cuerpo llevaba, ó sea con su negro caballo.

—¿Y el equipaje?

—Ninguno traía.

—¿Y las provisiones?

—Ni unas malas alforjas.

—¡Vive el cielo!... ¿Pues cómo se arregla ese hombre para viajar.

—Y el viaje puede haber sido muy corto; pero muy empolvado venía.

—¿Y en el arzón?

—Nada.

—Buen maese, quiero examinar la montura de ese negro caballo.

—Vale mucho también.

—Quizá tenga algún letrado ó señales que nos den luz.

—Todo es posible.

—Cuando acabemos de cenar iremos á la cuadra.

—Y si esta noche viene á ocupar su aposento, vos podréis mirarlo desde aquí por una rendija en la puerta.

—Bebamos otra vez y meditemos.

—Me pareció que el caballero ponía mucho cuidado en recatar el semblante con el embozo.

—Ese detallé tiene mucho valor.

—No debe convenirle que lo conozcan.

—Pues por lo mismo nos interesa más averiguar quién es.

—Sí.

Me parece que si aquí ha dejado el caballo, no ha sido porque tenga intención de aposentarse en vuestra humilde casa, sino para andar con más desembarazo á todas horas y por todas partes, y es posible que cuando en busca de su caballo venga, lo mismo que un hueso se arroja desdeñosamente al perro hambriento que nos mira, os arroje un escudo de oro, cabalgue, pique la espuela y parta sin contestar á vuestros saludos.

—Lo sentiría.

—Lo creo.

—Es decir, lo del escudo de oro no me desagradaría; pero lo de irse sin que yo supiese quién es, me tendría caviloso mucho tiempo.

—Adoptaremos precauciones.

—Conocéis la pobreza de mi magín, y por consiguiente, si vos no trazaís algún plan, me declararé vencido.

—En muy graves negocios he de ocuparme; pero no olvidaré lo del caballero misterioso.

—Si ese hombre fuese un criminal...

—Un conspirador, uno de esos que en la corte trabajan para favorecer á los herejes flamencos.

—De seguro habéis acertado.

—En caso semejante, el secreto sería una mina de oro.

—Quiera Dios que no os equivoquéis.

—Hartamos un gran negocio.

—¡Ahl...

—Serfais rico.

—¡Oh!...

Y el posadero entreabrió su boca, por cierto descomunal, desplegando una sonrisa de satisfacción inmensa.

El señor Antolín guardó silencio.

Bebió.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

Cavilaba, pero inútilmente.

Por lo que el posadero le había dicho, no era posible que adivinase quién era el caballero del riquísimo joyel.

¿Y qué le importaba?

Debió escuchar con indiferencia, y sin embargo no sucedió así.

Tal vez veía un buen negocio.

Cuando levantó la cabeza estaba su frente contraída.

—A cualquier hora—dijo—que ese caballero venga...

—Oz avisaré...

—Sí.

—Si mañana no tuviéseis que salir...

—Al amanecer como todos los días; pero volveré temprano, aquí almorzaré, y de aquí no me moveré hasta que cierre la noche.

Así continuaron la cena y la conversación.

Fueron después á la cuadra para contemplar el caballo y examinar la montura; pero en ésta no encontraron nada que indicase quién era su dueño.

Necesidad de reposo tenía el criminal, y á su aposento volvió para acostarse.

Lo mismo hubiera hecho el huésped; pero determinó dormir sentado junto al hogar por si iba el caballero.

La noche pasó sin que nadie llamase á la puerta de la posada.

El alba desplegó sus sonrisas.

Dejó el lecho Antolín.

Llamó al posadero y le preguntó:

—¿Hay novedad?

—Ninguna.

—¿Puedo salir sin cuidado?

—Sí.

—Pues dadme un poco de aguardiente para calentar el estómago.

Después que bebió envolvióse en su capa, salió y tomó calle arriba.

Bien pronto llegó á la iglesia de San Andrés.

Entró y se situó lo mismo que siempre, junto al confesonario.

Aún no habían transcurrido cinco minutos cuando en la iglesia entraron Consuelo y Antón.

Por uno de esos caprichos que no puede explicarse ni el mismo que los tiene, la joven se colocó en distinto sitio que otros días, resultando que desde allí y con sólo volver la cabeza podía ver muy bien al criminal.

A éste le desagradó mucho el cambio; pero no se atrevió á moverse y se concretó á ocultar como mejor pudo el semblante, poniendo casi á su altura el sombrero.

Su mirada, tan ardiente como ansiosa, se fijó en la hechicera hija de don Juan.

Dió principio la misa.

La joven rezaba con el fervor de costumbre.

Miraba al suelo ó al altar.

El veterano inclinaba la cabeza y rezaba también.

Eran pocos los fieles que en el templo había.

Cuando la misa terminaba entró una vieja que por su ropaje parecía ser de las que en aquellos tiempos hacían profesión de beatas.

Era débil y enfermiza.

Andaba torpe y trabajosamente.

Con lentitud atravesó una parte de la iglesia.

Llegó junto á Consuelo y precisamente allí las piernas le flaquearon y perdió el equilibrio.

Para no caer tuvo que apoyarse en uno de los hombros de la joven.

Esta, al sentir la presión de la descarnada mano, volvió la cabeza.

—Perdone, hija—le dijo la beata.

Y adelante pasó.

Empero la protegida del veterano se estremeció violentamente.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir un grito.

¿Qué le sucedía?

Su mirada se había cruzado con la ardiente de Antón.

Lo que sintió la joven no puede explicarse.

Por algunos momentos no pudo responder.

Inclinó la cabeza.

Quedó inmóvil como una estatua.

Poco después el sacerdote volvió á la sacristía.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se puso en pie Consuelo.

Quiso entonces mirar al hombre de los relucientes ojos; pero el miserable ocultaba el rostro con el sombrero.

La infeliz, con pasos inseguros, salió de la iglesia en compañía de su protector.

Llegaron á su morada.

Cuando iban á entrar miró Antón á la joven y le dijo:

—¿Qué te sucede?... Estás pálida como un difunto, y parece que tiembles.

—No es nada...

—¡Por Satanás!...

—Una ilusión de mis ojos... no sé...

—¿Acabarás de explicarte?

—Pues bien, me ha parecido que un hombre que en la iglesia había era...

—¿Quién?

—El miserable Antolín.

—¡Que el infierno me traguel!—gritó el veterano con destemplada voz.

En corrientes escapóse por sus ojos el fuego de su reconcentrada ira.

Dió media vuelta y hacia la iglesia corrió mientras que la espada requería.

Capaz era de acuchillar en el templo al criminal.

No escuchó á la joven, que detenerlo quería.

En la iglesia entró.

La recorrió en todos sentidos y miró detenidamente á las pocas personas que allí había.

Hasta tal punto lo trastornaba el coraje, que ni siquiera pensó en quitarse el sombrero, y si esto no produjo un gran escándalo, fué porque de la iglesia salió muy pronto.

Antolín había desaparecido.

El veterano empezó á creer que Consuelo se había equivocado.

Ella misma dudaba, pues no había podido ver bien el rostro de aquel hombre.

Largo rato hablaron del suceso.

Por fin dijo Antón:

—Me parece que debo llevarle la noticia al señor Antonio.

—¿Y si me equivoqué?

—Nada perderemos.

—Esta noche ha de venir...

—Sin embargo...

—Haced lo que mejor os parezca.

Después de mucho dudar decidió el veterano ir á la hostería, y así lo hizo.

Las pícaras coincidencias continuaban representando un gran papel.

En la hostería entró el anciano.

Al encuentro le salió maese Bonifacio.

—¿Qué deseais?—le preguntó.

—Soy Antón Cañamero, y...

—No necesito que me digáis más. A vuestra disposición está mi casa; pero os advertiré que ha salido hace más de media hora la persona á quien buskais.

—¡Oh!...

—Creo que quizá la encontraréis todavía en la calle de Segovia.

—Que Dios os guarde.

—¿No queréis descansar ni mandarme nada;

—No puedo detenerme.

—Con Dios id.

Antón, sin perder un instante, encaminóse hacia la posada.

No debemos seguirlo sin averiguar antes lo que hacía el hidalgo.

## CAPITULO VII

### ANTOLÍN SALE DE DUDAS

El señor Antonio había hablado la noche anterior muy detenidamente con don Pedro de Carvajal, dándole á conocer las opiniones de la hija de don Juan de Guevara.

De acuerdo quedaron en lo que les pareció más conveniente, tratando después de enviar una carta á Leandro para darle á conocer la situación; pero siempre cauto y previsor el noble hidalgo, quería que se adoptasen todas las precauciones para evitar que se cometiese algún abuso.

Por escrito no podían darse las explicaciones convenientes, y había también el peligro de que se perdiese la carta.

Don Pedro de Carvajal, poco reflexivamente, ofrecióse á ir á Guadalajara; pero no lo consintió el señor Antonio, y dijo:

—Peligros me amenazan á todas horas, y gran desgracia sería que el rey supiese que me encuentro en la corte; pero su enojo no produciría consecuencias tan espantosas como las que había de producir la desgracia de que vos cayeseis en poder de la justicia. Conmigo pueden cometer muchos abusos, pero no acusarme; mientras que vos estáis sentenciado á muerte, y os entregarían inmediatamente al verdugo.

—¿Y habéis de ir vos á Guadalajara?

Tampoco me atrevo, porque es preferible que durante mi ausencia me envíe algún aviso doña Luz, y porque no sabemos si en algún apuro puede encontrarse la hija de don Juan.

—Entonces...

—Hay una persona que puede desempeñar este encargo.

—¿Quién?

—Vuestro fiel criado Roque.

—Es verdad.

—Conoce la situación, puede apreciar los sucesos y no será menester que yo escriba la carta con mucha claridad. Además, nadie lo conoce, ni para nadie puede ser sospechoso.

—Mañana mismo partirá.

—Y yo no me acostaré sin haber escrito.

Así quedaron de acuerdo.

La carta la escribió aquella misma noche el señor Antonio.

Aunque tarde se acostó, levantose cuando apenas rayaba el día.

Poco después, y según costumbre, se presentó el criado.

Sabemos ya que, además de fiel, era inteligente.

No necesitó muchas instrucciones.

Sin perder un instante se fué á la posada, donde tenía su habitación y su caballo, y sin detenerse más que para tomar algún alimento y poner algunas provisiones en las alforjas, cabalgó y partió.

Entretanto el señor Antonio, sintiendo la necesidad de hacer algo, porque no había nacido para la inacción, determinó salir.

¿Qué tenía que hacer?

Quería ir á la posada para ver si bien cuidado estaba su corcel y para posesionarse de su habitación y hacerle al posadero las advertencias convenientes.

Después debía ir á la cuesta de Santo Domingo para informarse del estado de salud de la mujer á quien amaba.

Creía que á aquellas horas no encontraría á nadie que le conociese, pues las personas de su clase, aunque fuesen madrugadoras, no salían de su casa tan temprano.

Ocultando el semblante como mejor podía, encaminóse el buen hidalgo á la calle de Segovia.

En la posada entró.

Aún no había vuelto el miserable Antolín.

Apenas lo vió el posadero, lo conoció, tanto más, cuanto que aún llevaba la misma ropa con que había hecho el viaje, y hasta las botas con las espuelas.

—¡Ah!—exclamó el huésped.

Y la gorra se quitó, haciendo profundas reverencias.

—¿Y mi caballo?—le preguntó el señor Antonio.

—Cuidado como merece, y para que no os quede duda, si os dignáis entrar en la cuadra...

—Vamos.

—Toda la noche os he aguardado por si venís á ocupar vuestra habitación—dijo el posadero mientras que disimuladamente y con ojos de codicia miraba el rico joyel que relumbraba en el sombrero.

Deploraba que hubiese salido el señor Antolín, pues la ocasión no podía ser mejor para que viese al misterioso caballero.

Pensaba el posadero entretener cuanto le fuese posible al señor Antonio, dando así tiempo á que volviese el criminal.

—Aquí tenéis vuestro caballo... ¡Hermoso animal!... El pienso le sobra, ázua se le da cuando conviene, y lo hemos limpiado con el esmero que merece prenda de tanto valor. Mirad la montura bien colocada y limpia también.

Ni siquiera escuchaba el hidalgo.

Miró distraidamente á uno y otro lado, y luego dijo.

—Llevadme á mi habitación.

Con gran contento obedeció el huésped.

Abrigió la esperanza de que el caballero misterioso almorzase allí, y por consiguiente daría tiempo para que volviese el espía.

Subieron.

Entraron en el aposento que había ocupado don Juan de Guevara.

Los muebles eran pobres; pero todo estaba muy limpio y bien arreglado.

El señor Antonio miró á todos lados.

Se acercó á la ventana.

Desde allí vió la casa del señor Felipe.

—Ahora—le dijo el posadero—, vuestra merced me mandará lo que tenga por conveniente, en la inteligencia de que mi casa está bien provista y podré ofrecerle un almuerzo no despreciable. En cuanto á vino, lo tengo muy puro, de la mejor calidad y añejo.

En vez de contestar, sacó el hidalgo una bolsa

y de ésta un escudo de oro, que dió al huésped. diciéndole:

—Tomad por hoy.

—Pero...

—Tengo la costumbre de pagar adelantado.

—Caballero...

—Ajustaremos cuentas, descuidad.

—Tanto dinero...

—Escuchadme.

—Espero las órdenes de vuestra señoría.

—No me deis ningún tratamiento, porque no soy más que un pobre hidalgo.

—Vuestra generosidad, vuestra esplendidez, vuestra...

—Digo que me escuchéis.

El posadero quedó inmóvil.

—Es posible—añadió el hidalgo—que alguien venga á buscarme.

—Me diréis vuestro nombre, y...

—No es menester.

—Entonces...

—No habito aquí, ¿lo entendéis?

—No entiendo bien; pero...

—Quiero que seáis discreto y reservado.

—En cuanto á eso...

—Y así ganaréis mucho, mientras que si la lengua movéis más de lo que me conviene, yo movería también las manos, y la indiscreción os costaría muy cara.

Tan fijamente miró el hidalgo al posadero, que éste inclinó la cabeza y se estremeció.

—Soy un hombre honrado—dijo.

—No lo dudo.

—Fiad en mí.

—Fío en vuestra propia conveniencia.

—El tiempo os probará que soy agradecido.

—Nadie ha de saber que en esta casa he entrado como no sea un hombre que os preguntará por el caballero del negro caballo.

—Ahora entiendo bien.

—Con ese hombre podréis hablar sin ninguna reserva.

—¿Y si aquí no os encontráis y quiere aguardaros?

—Pondréis á su disposición este aposento y toda vuestra casa, y lo respetaréis como á mí, y si el caballo pide se lo entregaréis.

—¿No hay peligro de que nadie cometa un abuso, sirviéndose de esas palabras que han de decirme?

—No.

—¿Qué clase de persona es ésa? Porque me

parece que no están de más las precauciones.

—Es un anciano vigoroso de aspecto rudo, y rudo lenguaje también. Jura y maldice con mucha facilidad, y aún más fácilmente se le sube la sangre á la cabeza y echa mano á la espada.

—¡Oh!...

—Le desagrada la gente habladora.

—Seré mudo.

—Y los curiosos le desagradan mucho también, tanto que cuando con alguno se encuentra, aunque la curiosidad no sea en su daño, se complace en romperle algún hueso.

—Ese hombre es una fiera, y perdonad que así lo califique.

—Es un manso cordero para los que no provocan su enojo.

—Tranquilo estoy, porque yo no he de provocarlo.

—Nada más tengo que deciros por ahora.

—¿Pero no almorzáis?

—No.

—¿He de prepararos comida?

—Tened á todas horas viandas de buena calidad por si se me antoja venir.

—¿Y he de esperaros por la noche?

—Estaréis al cuidado por si vengo.

—Descuidad.

El señor Antonio dió media vuelta.

—Que Dios os guarde—dijo.

Del aposento salió.

Inútilmente lo siguió el posadero, haciéndole muchas preguntas, porque ninguna fué contestada.

De la posada salió el hidalgo.

—¡Divina misericordia!—exclamó el posadero cuando estuvo solo.—Tiemblo, porque este hombre... ¡Oh!... No sé lo que tiene en los ojos. Creo que cometí una locura, moviendo anoche la lengua más de lo que me convenía, pues es posible que el bribón de Antolín arme algún enredo y me encuentre comprometido. Ha visto un buen negocio, y para satisfacer su codicia, de todo será capaz. Bien pensado, lo que me conviene es ser reservado y discreto, pues así estaré libre de que sobre mí descarguen su enojo ni este caballero, ni el viejo que con tanta facilidad jura y maldice, y saca á relucir la espada. Y lo peor del caso es que ya me he comprometido, y Antolín me preguntará, y tendré que decirle lo que ha sucedido, porque tampoco me conviene quedar mal con él. Para mí el negocio está hecho con los escudos que el caballero parece dispues-



Había reconocido al honrado Antón.

Los que no tienen la conciencia tranquila ven peligros en todas partes y á todas horas.

Creyó el criminal que Antón iba á buscarlo. Se consideró perdido.

No tenía valor para defenderse, ni aun teniéndolo era posible la defensa, pues para hacerle mal, para que lo llevasen á la horca, no era menester más sino que pronunciasen su nombre.

Empezó el miserable á pensar si le sería posible huir.

Entre tanto Antón hablaba con el posadero.

La conversación fué breve.

El veterano se despidió y salió para ir á la calle de Atocha, suponiendo que en su casa encontraría al señor Antonio.

Cuando lo vió salir, respiró libremente el criminal.

El posadero volvió.

Estaba agitado.

—¿Qué os ha dicho ese hombre?—le preguntó ansiosamente Antón.

—Nada de particular, es decir...

—¡Vive Dios!... Si me ocultais la verdad...

—Nada oculto.

—Conozco á ese hombre.

—¡Que le conocéis!...

—Sí.

—Pues entonces...

—Acabad.

—Como hablar no me dejáis...

—Ya os escucho.

—Pues es el que debía venir en busca del caballero del negro caballo.

—¡Por el infernal!...

—¿Qué os sorprende?

—¡Oh!...

—Decís que lo conocéis...

—Es Antón Cañamero, el protector de la mujer que ha sido causa de mi horrenda desdicha, y que aún me tiene trastornado.

—¡Dios bendito!...

—El que debió morir aquella noche...

—Entiendo, entiendo.

—¡Y es Antón, el que busca al caballero!

—Señor Antón, estoy aturdido.

El criminal, con el rostro contraído y la mirada sombría, empezó á recorrer en todos sentidos el aposento.

¿Quién podía ser el caballero misterioso que en relaciones estaba con el veterano?

Supuso que debía ser el mismo que la noche

anterior había visitado á Consuelo, el mismo que se aposentaba en la hostería.

Así se explicaba que á la posada no hubiera ido en toda la noche, ni allí hubiera comido.

Recordó Antón otras muchas circunstancias, y de deducción en deducción llegó al descubrimiento de la verdad.

—No—dijo al fin—, no puede ser otro que el señor Antonio de Quirós.

—¡El señor Antonio de Quirós!—murmuró el posadero.

—Sí.

—Me parece que ese mismo nombre pronunciasteis cuando me referísteis...

—Aquel hidalgo...

—¡Ahl!...

—Si tenéis buena memoria...

—Pues ahora caigo en la cuenta de que decía la verdad al advertirme que no era más que un hidalgo, y que por consiguiente no aceptaba el respetuoso tratamiento que le dí.

—Y las señas son las mismas.

—Negros los ojos.

—Y la mirada ardiente.

—Una mirada que hace temblar.

—Es muy rico y viste con sencillez.

—Estoy cada vez más aturdido.

—¡Ahl!... La fortuna me protege.

—Pero...

—Dadme el almuerzo y dejadme reflexionar. —¿Seguís creyendo que podéis hacer un buen negocio?

—Sí, pues aunque no entrará en mi bolsa un maravedí, tendré la satisfacción de vengarme. Sin el auxilio de ese hombre yo hubiera realizado mi empresa, y la justicia me habría dejado en paz.

—Sobrados motivos tenéis para odiarlo.

—Mi buen amigo, seguid tomando escudos y no os cuidéis de más.

—No estoy tranquilo.

—Pues si alguien puede tener miedo, es ese hombre, porque desterrado fué, y sin licencia de su majestad debe haber venido, pues así lo prueba el cuidado que pone en ocultarse.

—Entonces con una delación arreglaréis el negocio, porque si al rey ha desobedecido...

—No lo perdonará Felipe II.

—Señor Antón, quedamos en que...

—Yo trabajaré por mi cuenta, y sin hacer nada que pueda comprometeros.

—Muy bien.

—Y vos haréis lo que os convenga para que más escudos os dé el señor Antonio de Quirós. Servidlo bien, sed discreto y reservado, pues así no habéis de comprometeros.

—Empiezo á tranquilizarme.

—Y si no queréis hablarme más de este asunto.

—Eso es otra cosa.

—Haréis lo que mejor os parezca.

—Entre buenos amigos la reserva no sienta bien.

El posadero, mientras que para sí hacía comentarios, llevó el almuerzo al criminal.

Comió éste con el mejor apetito.

Ya había vuelto á tranquilizarse.

Considerábase muy afortunado porque era dueño de un arma terrible.

Cuando le conviniese podía inutilizar al noble hidalgo.

Esto era una gran ventaja.

Después de almorzar salió Antolín.

—A la Cuesta de Santo Domingo—murmuró.

Entre tanto Antón había ido á la casa de la calle de Atocha, encontrando allí al noble Quirós, que había pensado cambiar de ropa.

En la casa no había más personas que el portero y un criado para la limpieza y conservación del edificio y los muebles.

Allí tenía ropa sobrada el señor Antonio.

Cuando acababa de vestirse, se le presentó el veterano.

—¿Qué sucede?

—Nada y mucho—dijo Antón.

—Cuando á estas horas venís á buscarme...

—Porque exacto quiero ser para cumplir vuestras instrucciones.

—Explicaos.

—A misa fuimos esta mañana, como hacemos todas muy temprano, y al volver á casa me apercibí de que la pobre Consuelo estaba pálida como un difunto y temblaba.

—¿Se sentía indispueta?

—Le pregunté y no acertaba á responderme, y al fin dijo que le parecía haber visto en la iglesia al miserable Antolín.

Arrugó el entrecejo el hidalgo.

El veterano añadió:

—Volví á la iglesia, miré, busqué... no había semejante hombre.

—Tuvo tiempo para alejarse.

—Consuelo no está segura de que fuese Anto-

lín, porque no pudo ver bien el rostro, y además el miedo, la turbación...

—Su mismo miedo prueba que no se había equivocado.

—¡Tripas de Lucifer!...

—Ya tenemos al enemigo en campaña.

—¿Es posible que se atreva?...

—A todo, porque le impulsa su pasión.

—Pero los peligros que le amenazan...

—Tiene más fuerza su pasión.

—Y yo tengo bastante para retorcerle el pescuezo.

—Llegará el día en que cada cual tenga lo merecido.

—Pero entre tanto...

—No olvidéis que os recomendé muy particularmente la calma.

—Procuro dominarme.

—Buen Antón, si una ligereza cometemos, la pagaremos muy cara.

—Dispuesto me tenéis á cumplir vuestras órdenes.

—Puede suceder que en el templo ó en otra parte veáis al criminal.

—Entonces...

—Os concretaréis á seguirlo con el disimulo posible hasta conseguir averiguar dónde tiene su guarida.

—¿Y no sería mejor?...

—Haced lo que os digo, porque si lo matéis podría suceder que todos nos viésemos muy comprometidos, y acudir al medio de entregarlo á la justicia, como no sea en momentos de lucha y de arrebatos...

—Sí, es una delación como otra cualquiera.

—Por el mal que os hizo debéis haberlo perdonado.

—Señor de Quirós...

—Ese es vuestro deber.

—Pero ese hombre...

—Puede hacernos mucho daño.

—Si así lo conocéis...

—Nos defenderemos, y de tal naturaleza es su situación que se perderá, no lo dudeis.

—Cumpliré vuestras órdenes.

—Ciego, loco debe estar ese miserable.

—Sí.

—Tened ahora más cuidado que nunca.

—Ni un sólo instante me separaré de Consuelo.

—Os advierto que ni en el más leve detalle debéis alterar vuestro sistema de vida. Conti-

nuaréis yendo á misa á San Andrés á la hora de costumbre y á dar vuestros paseos, y si algunas precauciones tomáis en el interior de vuestra casa, lo haréis con mucho disimulo y sin que nadie se aperciba de semejante cosa.

—Entiendo.

—En una palabra, no manifestaréis recelo ni desconfianza, porque si nuestro enemigo prepara algún golpe, conviene que esté confiado, que crea que el abuso puede cometerlo con facilidad, pues así no adoptará muchas precauciones, y él mismo se pondrá en descubierto, lo cual hade ser para nosotros una gran ventaja.

—La ventaja verdadera—dijo Antón—consiste en vuestra serenidad. Reconozco que lo que nos conviene hacer es lo que aconsejáis; pero se necesita dominarse como vos os domináis en estos momentos, como os dominábais hace algunos meses cuando os encontrábais con vuestro asesino y lo mirábais fijamente y con profundo desdén.

—Viendo estais que sufre el castigo que mereció.

—Muchas cosas veo, pues debéis tener en cuenta que si bien don Juan de Guevara consume su vida en un calabozo, nosotros también, á pesar de que somos honrados, de que somos víctimas, sufrimos como si fuésemos criminales.

—Si así apreciáis los sucesos y la situación...

—Señor Antonio, yo no puedo hablar con vos, porque no sé explicarme. Reconozco que vuestros consejos son acertados, y...

—Entonces...

—No me digáis más, caballero: dispuesto me tenéis á cumplir vuestras órdenes.

—Pues tranquilizaos, que Dios nos protegerá.

—Poco más hablaron.

Despidióse el honrado Antón, saliendo de la casa para volver presurosamente al lado de su protegida.

Cuando el hidalgo estuvo sólo arrugó el entrecejo y murmuró con voz reconcentrada:

—¡Oh!... La lucha ha principiado sin que yo la provoque, y por consiguiente mi conciencia debe estar tranquila; pero la situación es grave, muy grave y muy difícil, y Dios sabe lo que sucederá.

Por algunos minutos permaneció inmóvil y silencioso.

Luego acabó de vestirse y salió.

¿Adónde iba?

## CAPITULO VIII

### DE CÓMO EL HIDALGO SE MOVIÓ MUCHO SIN HACER NADA

Los hombres que más se dominan hacen prodigios con la fuerza de su voluntad, menos cuando están enamorados como lo estaba el señor Antonio, pues en este caso cometen todas las ligerezas, todas las locuras y hasta todas las torpezas.

Tres meses había pasado Quirós sin ver á doña Luz, y cuando estuvo en Madrid no podía pasar muchas horas sin verla, ó por lo menos sin acercarse á ella, nombrarla y oír que la nombraban.

Hemos preguntado adónde iba, y fácil es adivinarlo.

Como si nada tuviera que temer, bajó por la calle de Carretas hasta la Puerta del Sol, sin pensar que por aquellos sitios era probable y aun casi seguro que se encontrara con quien lo conociese.

Verdad es que subía el embozo de su ferretuelo; pero tan poco se recataba, y con tanta frecuencia se distraía, que en descubierto quedaba su semblante muchas veces.

Por casualidad á nadie encontró que lo conociese.

Tomó por el arroyo del Arrabal, llegó á los célebres caños del Peral, y dejando á un lado las tapias de la huerta de la Prieta, subió por la Cuesta de Santo Domingo.

En el pórtico del histórico convento, oculto por los postes que sostenían los groseros arcos que hemos conocido, y arrodillado ante la imagen de los Dolores, que también hemos visto, porque allí se conservó hasta la demolición del edificio, con la cabeza inclinada y como si con mucho fervor orase, había un hombre.

Apenas se le distinguía desde la calle, y aun distinguiéndolo, hubiera sido imposible reconocerlo, porque el rostro no se le veía.

Era el señor Antolín.

Su actitud no podía llamar la atención de nadie, pues muchos devotos hacían lo mismo á todas horas del día y aun de la noche.

Cada vez que pasos sonaban, Antolín se estremecía lentamente, volvía un poco, muy poco la cabeza, y de reojo miraba al transeunte.

Esto hizo cuando subía por la cuesta el señor Antonio.

No necesitó mirarlo mucho para reconocerlo, y en tanto que sus pequeños ojos relumbraban, exclamó:

—¡Fuego de Satanás!... Adiviné... ¡Oh!... Veamos.

Bien pronto desapareció la expresión sombría de su semblante.

Se entreabrieron sus delgados y blanquecinos labios.

Desplegó una sonrisa de satisfacción diabólica.

El señor Antonio, sin cuidarse del hombre que rezaba, avanzó hasta llegar á la morada de doña Luz.

Allí se detuvo.

Miró á uno y otro lado.

A nadie vió.

Entró en el anchuroso portal.

El portero lo saludó muy respetuosamente.

—¿Qué novedades hay?—le preguntó el hidalgo.

—Ningunas, como no sea el dolor que á todos nos agobia; dentro de dos horas se llevarán el cadáver de mi noble señor para darle sepultura.

—¿Y doña Luz?

—Quebrantada como es natural, y llorando á todas horas; pero con mucho valor, muchísimo.

—¿Y don Fadrique?

—Ni bien ni mal: atiende á los muchos amigos que acuden, da las órdenes que le parecen bien, y nada más.

—Lo que me interesa es saber cómo se encuentra vuestra noble señora; pero si su salud no se ha quebrantado, tranquilo quedo.

—¿No subís?

—No.

El portero fijó una mirada de extrañeza en el señor Antonio.

Este dijo:

—Os haré una advertencia para evitar sucesos desagradables.

—Espero vuestras órdenes.

—Habéis sido fiel, leal.

—He cumplido mi deber.

—Pruebas habéis dado de amor á don Luis y á su hija.

—Hace más de diez años que como el pan en esta casa.

—Pues bien, si queréis evitar grandes sufrimientos á doña Luz, no digáis á nadie, absolu-

tamente á nadie, que me habéis visto, porque conviene que don Fadrique ignore que me encuentro en Madrid.

—Descuidad, que seré reservado.

—No os arrepentiréis.

—Pero debéis tener en cuenta que anoche subisteis y os vieron todos los criados.

—Vuestra señora se encargó de hacerles callar.

—Don Fadrique llegó antes de que os fuéis.

—No me vió.

—Por mi parte os prometo...

—Estoy tranquilo.

—¿No tenéis que mandarme otra cosa?

—Deseo que doña Luz sepa que he venido.

—Yo no puedo verla.

—Pero á su doncella sí.

—Y se lo diré, si así lo disponéis.

—Hadedlo.

—Perdonadme si me permito deciros una cosa.

—Hablad.

—Nadie ignora que hace tres meses os concedió don Luis la mano de su hija.

—Es verdad.

—Mandó que se os respetase por todos como á él se le respetaba.

—Pero la situación ha cambiado.

—Me parece que mi noble señora os ama.

—No os equivocais.

—Pues entonces...

—Tememos que don Fadrique se oponga á nuestra unión.

—No es posible que á tanto se atreva cuando conozca la voluntad de su noble pariente.

—Veremos.

—Y en último caso, como vos no os declaráis vencido, ni tampoco doña Luz...

—Preciso es que sepáis que don Fadrique puede hacerme mucho mal.

—¡A vos!...

—Sí, porque hace tres meses me desierro su majestad.

—¡Ah!...

—Y he venido á la corte ocultamente.

—Comprendo.

—Si el rey supiera que me encuentro en Madrid...

—No necesito más explicaciones.

—Quizás mi vida depende de vuestra reserva.

—Pues os juro que aunque me pusiesen en un

potro no conseguirían hacerme hablar para decir que os he visto.

—Gracias.

—Lo que no comprendo es cómo os atrevéis á salir á estas horas.

—Es preciso.

—Dios os proteja.

El señor Antonio se despidió y salió.

El criminal había salido del pórtico, colocándose tras una esquina.

Vió al hidalgo.

—Corta ha sido la visita —dijo—, y debo creer que no ha pasado del portal. ¿Por qué?... Indudablemente hay novedades en esta casa.

Antolín ignoraba que hubiese muerto don Luis de Guzmán.

El señor Antonio, tan preocupado como antes, tomó cuesta abajo.

Cuando llegó junto á la tapia de la huerta, se detuvo.

¿Por qué desde luego no se encaminaba á la hostería?

Cuando nos ponemos en la pendiente de las locuras, las cometemos todas.

Pensó el hidalgo que lo mismo que había ido á la morada de doña Luz podía ir á otra parte.

Cuando al acometer una empresa peligrosa se dan felizmente los primeros pasos, nuestra confianza crece, y con la confianza el valor, y llegamos así hasta el último punto de la temeridad y de la audacia.

Esto le sucedió al señor Antonio.

Creía que nadie se ocupaba de él.

Aunque le habían dicho que era buena la salud de doña Luz, no estaba completamente satisfecho.

Supuso que Olivares le habría visto aquella mañana, y creyó también que podría darle algunas noticias de gran interés.

Los enamorados se entregan á ilusiones muy fácilmente.

—¿Por qué no he de ver al doctor?—se preguntó el hidalgo.

El intento no podía ser más peligroso.

Para ver á Olivares tenía que ir al alcázar real.

¿Era posible que á tanto se atreviese?

Y á mucho más se atrevería.

Por algunos minutos permaneció inmóvil.

Antolín, aunque desde lejos, lo observaba y decía para sí:

—¿Qué piensa?

Por fin el hidalgo volvió á la derecha.

Bien pronto llegó á la morada real.

Su audacia apenas se concibe.

Entró con la misma serenidad que en otro tiempo.

Atravesó por entre muchas personas el gran patio.

Subió por una escalerilla.

Después de atravesar algunos pasillos, detúvose junto á una puerta, donde dió algunos golpes. Inmediatamente oyó que decían:

“Adelante.”

Levantó un picaparte, empujó y entró, encontrándose con el célebre médico, que sentado estaba junto á una mesa y abierto tenía un libro.

Una muy leve sonrisa desplegó Olivares, y dijo:

—Bien venido, señor de Quirós... Sentáos... vuestra visita no me sorprende, porque recuerdo lo que anoche me dijísteis, y porque de antiguo sé que los enamorados estais á todas horas dispuestos para cometer locuras.

—Me sentaré—respondió el señor Antonio—, si mi presencia no ha de comprometeros.

—De ningún modo, pues ni yo tengo la culpa de que hayáis venido, ni sé si para hacerlo así estais autorizado. Además, bien puede ser que vuestra salud se haya quebrantado, en cuyo caso vendríais á buscar, no al amigo, sino al médico, y yo, cumpliendo un deber sagrado, os recibiría, sin ocuparme de quién sois, sin miraros el rostro como no fuese para ver si algún síntoma presentaba que pudiera servirme de indicio para conocer la enfermedad.

—Sois un hombre extraordinario.

—Eso dicen también de vos.

—Aquí me tenéis ansioso de saber si habéis visto á doña Luz.

—¿No habéis ido á su casa?

—Sí; pero no he pasado del portal; y como los criados no podían darme todas las noticias que deseo...

—Entendido.

—Además, la situación cambia en cierto sentido, y quiero que la conozcáis.

—¿Y para qué?... Nada he de hacer en pro ni en contra; tengo que desentenderme de una manera absoluta de este asunto, y, por consiguiente...

—No importa.

—Decid lo que bien os parezca, que mi deber es escucharos, y os escucharé.

—¿Habéis visto á doña Luz?  
 —Esta mañana muy temprano.  
 —¿Cómo la encontrásteis?  
 —Sufriendo mucho; pero resignada.  
 —Su salud...  
 —No peligra.  
 —Eso es lo que más me interesa.  
 —Debéis estar tranquilo.  
 —¿Y don Fadrique?  
 —Empieza á tomar resoluciones que no dejan de ser interesantes.  
 —Si me las diésteis á conocer...  
 —¿Por qué no?  
 —Gracias, doctor.  
 —No se trata de ningún secreto, pues lo que yo sé lo saben muchos, y todo el mundo la sabrá dentro de pocos días.  
 —Os escucho.  
 —Ha determinado quedarse en Madrid.  
 —Lo siento.  
 —Sí, porque os obliga á permanecer donde os amenazan los mayores peligros.  
 —En Madrid me quedará á riesgo de todo.  
 —Pronto, muy pronto, se ocupará don Fadrique de la cuestión de intereses, y creo que muy pronto también hablará con su sobrina de lo que más os importa.  
 —Es posible que sepa...  
 —Sí, sabe que amáis á doña Luz, lo cual no es sorprendente, porque vuestro amor no era un secreto.  
 —¿Y qué más os ha dicho?  
 —Me ha preguntado con bastante interés por vos.  
 —¿Y vos?...  
 —He hecho en vuestro favor cuanto me ha sido posible, diciéndole que vuestro casamiento era asunto convenido con don Luis.  
 —¿Qué respondió?  
 —Ni una sola palabra.  
 —Su silencio...  
 —No me parece buen síntoma.  
 —¡Oh!...  
 —Desgraciadamente es muy probable que se realicen mis temores.  
 —Sí.  
 —Y por si así sucede, os recuerdo que don Fadrique es ruin como la misma ruindad, que es capaz de todo.  
 —No lo olvido.  
 —Pero hacéis lo contrario de lo que os conviene.

—Las circunstancias...  
 —A estas horas debiérais estar oculto; sin embargo, andáis por las calles de la villa, y en este alcázar penetráis como quien nada tiene que temer.  
 —Necesitaba veros.  
 —Pudísteis hacerlo á otra hora.  
 —Vuelvo á deciros que las circunstancias...  
 —¿Qué sucede?  
 —Está en Madrid el asesino que sirvió á don Juan de Guevara y se apoderó de Consuelo.  
 —¿Y eso os sorprende?  
 —No; pero...  
 —En ninguna población puede ocultarse mejor que aquí, y además aquí tiene muchos elementos de vida.  
 —Todo eso lo he pensado.  
 —Entonces...  
 —Pero es que ese miserable se ocupa otra vez de la infeliz Consuelo.  
 —Tampoco eso me sorprende, porque su pasión lo había trastornado, y no es posible que se haya extinguido.  
 —Consuelo cree que Antolín estaba esta mañana en la iglesia de San Andrés, adonde ella va todos los días con el honrado Antón.  
 —No debe equivocarse.  
 —Resulta que hay un nuevo peligro.  
 —Para vos más que para Consuelo.  
 —Como ese miserable ignora que me encuentro en Madrid...  
 —¿Y por qué no ha de saberlo? A visitar á Consuelo habréis ido.  
 —Anoche.  
 —Antolín debe andar con frecuencia por los alrededores de la casa de doña Juana.  
 —Indudablemente.  
 —Y bien puede haber sucedido que os vea entrar ó salir. Ya sabéis que es astuto y que habilidad tiene para espiar, y, por consiguiente...  
 —¡Oh!...  
 —Mi buen amigo, nadie os reconocería en esta ocasión.  
 —Confieso que algo aturdido estoy.  
 —Pues vuestro aturdimiento será vuestra perdición.  
 —Empiezo á recobrar la calma y...  
 —Falta os hace.  
 —Doctor, la situación ya la conocéis.  
 —No quisiera conocerla.  
 —Sólo Dios sabe lo que ha de suceder.  
 —Siento no poderos ofrecer mi auxilio.

—Ni yo lo aceptaría.

—Haré más de lo que debo, ó lo que es igual, callaré; pero tened entendido que no es posible evitar que muy pronto el rey sepa que en Madrid os encontráis. Grave y difícil es la situación; pero ha de serlo mucho más.

—Lo temo.

—Leandro vendrá también á Madrid, porque será imposible que se domine cuando sepa que aquí os encontráis.

—Quisiera evitarlo.

—La presencia del noble mancebo complicará la situación, pues ya conocéis á su majestad.

—¿Y qué puedo hacer para evitar nuevas desgracias?

—Anoche os lo dije.

—¡Renunciar al amor de doña Luz!

—No tanto.

—Si me voy...

—Esperaríais ocasión más oportuna y nada más.

—Entre tanto don Fadrique...

—Lo mismo puede hacer estando vos en Madrid, que ausente.

—De todas maneras, Leandro no esperaría mucho tiempo.

—Señor Antonio, es inútil que nos fatiguemos con esta discusión.

—Sí, porque mi resolución es invariable.

—Os he aconsejado que seáis prudente.

—Y lo seré hasta donde las circunstancias me lo permitan.

—Os he prometido ser reservado, porque otra cosa no puedo hacer.

—Dejemos, pues, que los sucesos decidan.

—Deseo que triunféis.

—Gracias, doctor.

—Si algo de interés llega á mi noticia...

—Sí; pero tened entendido que nada haré que sea contrario á mis deberes.

—No pretendo otra cosa.

—Cuando se me presente ocasión le diré á doña Luz que me habéis visto, y cuando convenga le daré algún consejo, aunque ya sabéis que no me gusta darlo, porque cada consejo es una responsabilidad.

—En lo que me haréis muy señalado favor será en observar á don Fadrique, en explorar su ánimo.

—Descuidad.

—El hidalgo se puso en pie y dijo:

—Doctor, que Dios os guarde, porque hacéis

mucho bien á los desgraciados, que víctimas son de injusticias inconcebibles.

—También puedo hacer mucho mal para cumplir mis deberes.

—No os he dicho dónde me aposento.

—Pero si tengo necesidad de enviaros un aviso, será á vuestra casa de la calle de Atocha.

—Es que además...

—Señor Antonio—interrumpió el médico—no quiero saber dónde os ocultáis.

—Pero...

—Callad, os lo suplico.

—¿Acaso no os sentís con fuerzas para ser reservado? ¿No tenéis bastante confianza en vuestra propia discreción?

—Sí; pero mientras ignoro dónde os ocultáis no tendré que luchar entre mi deseo de favoreceros y el de cumplir mis deberes.

—Comprendo.

—Que Dios os proteja, señor de Quirós.

—Y que á vos os recompense por el bien que me habéis hecho.

Salió el hidalgo.

Olivares apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Quedó inmóvil.

Pocas veces había tenido que trabajar tanto su cerebro, porque pocas veces también dudaba aquél hombre extraordinario.

Sabemos ya que pudiera decirse del celebre doctor que no tenía más que cabeza, pues en lo que se relacionaba con el corazón, se había mostrado siempre glacial.

Muchas veces, como ya hemos visto, tenía palabras cariñosas; pero nunca se conmovía.

Por esto tal vez se entendió perfectamente con el gran tirano.

¿En qué consistían sus dudas?

No es difícil adivinarlo, pues muchas veces se preguntó:

—¿Debo callar?

No quería, porque no le convenía, perjudicar al hidalgo; pero tampoco quería arriesgarse, porque su perdición hubiera sido cierta si Felipe II llegase á saber que el buen doctor conocía aquel secreto y lo había guardado.

Olivares haría un beneficio mientras no se comprometiese; pero en aquella situación no era imposible que se viese en grandes conflictos.

Buscaba un término medio, y no lo encontraba.

Después de mucho cavilar, levantó la cabeza y dijo:

—Hagamos suposiciones que estén dentro, no solamente de lo posible, sino de lo probable. Temo que el bribón de Antolín sepa ya que en Madrid se encuentra el señor Antonio de Quirós; y si no lo sabe, lo sabrá muy pronto. Lo que hará entonces no es dudoso, puesto que no ha de cometer la torpeza de perder la ocasión para disminuir el número de sus adversarios, y con doble motivo cuando se trata del más terrible de ellos. De esto se deduce lo que es inevitable, que como el criminal averiguará fácilmente dónde se oculta el hidalgo, podrá ver también que me visita ó que tiene conmigo alguna comunicación; y como debe odiarme porque contribuí al esclarecimiento de sus últimos crímenes, al hacer la delación no olvidará esta circunstancia. ¿Cómo me defenderé si este caso llega? La defensa será casi imposible, porque para fallar no necesita pruebas el rey; tampoco tiene la costumbre de oír al que quiere condenar. Más ó menos tarde triunfarán los enamorados; yo puedo hacerles mucho bien; pero en cambio todo el mal será para mí y sufriré mientras ellos gozan, lo cual no me parece bien.

Estas suposiciones eran terribles.

Las dudas del doctor empezaban á disiparse, y pocos minutos después exclamó:

—Antes yo y después los demás, porque si caigo no ha de acudir nadie para levantarme.

En pie se puso.

Tomó su sombrero y del aposento salió.

¿Adónde iba? A la cámara real.

¿Había encontrado el término medio que buscaba?

Suponemos que sí, aunque sospechamos que lo que él llamaba término medio era una revelación más ó menos parca, más ó menos completa del secreto que tanto importaba guardar.

Ahora no podemos seguir al buen doctor, porque antes hemos de ver lo que hacía el señor Antolín.

A éste lo dejamos cerca del alcázar, maravillado de que tanta audacia tuviese el señor Antonio de Quirós, penetrando á la luz del día, sereno y descaradamente en el lugar mas peligroso para él.

—¡Oh!—murmuró el criminal.—Esto apenas se concibe, y será preciso reconocer que á ninguno se parece este hombre. ¿Qué tiene que hacer aquí?

No era difícil que lo adivinase, y bien pronto comprendió que el hidalgo había ido al alcázar real para ver al doctor Olivares.

Ocultándose como mejor podía, esperó.

Salió el señor Antonio.

Ya no tenía otra cosa que hacer, y dirigiéndose hacia Santa María, volvió á la izquierda y regresó á su posada.

—Puedo dejarlo ahora—dijo el señor Antolín.

Y se metió por la calle de Milanese.

A la Cuesta de Santo Domingo volvió.

No tuvo ningún inconveniente para acercarse desde luego á la morada de Guzmán.

Vió que llegaban y entraban muchas personas de distinción.

Todas iban vestidas de negro.

Negro también era el ropaje de los criados que entraban ó salían, y en sus semblantes se revelaba la tristeza.

Observó el criminal.

Empezó á comprender que allí había sucedido alguna gran desgracia, y queriendo salir de dudas, entró en la casa y le preguntó al portero.

La respuesta fué tan terminante como breve.

No necesiró más el señor Antolín para explicarse el viaje del hidalgo.

Hizo otras preguntas sobre la situación en que quedaba doña Luz, y para que no se le mirase como á un curioso cualquiera, dijo:

—Hace algún tiempo me encontré en grandísimos apuros, y Dios sabe lo que hubiera sido de mí sin la generosidad y auxilio del muy noble don Luis. Por esta razón me interesa tanto la suerte de su muy noble y muy virtuosa hija doña Luz.

El portero no tuvo inconveniente en decirle que la hermosa joven quedaba á cargo de su tío don Fadrique de Guzmán, que había llegado la noche anterior, y que probablemente se quedaría en Madrid.

¿Por qué guardar reserva cuando se trataba de lo que sabía todo el mundo?

Aunque el portero callase, el señor Antolín hubiera averiguado fácilmente todo aquello.

Con muy corteses palabras se despidió.

No tenía para qué permanecer en aquel sitio.

Alejóse y volvió á la calle de Segovia, entrando en la posada y en su habitación para meditar con la calma que el caso requería.

Tenía ya cuantos datos necesitaba.

No le quedó duda de que era muy fácil inutilizar al hidalgo.

Pensó también en lo que había sucedido aquella mañana en el templo.

Temía que Consuelo lo hubiera reconocido, pues se apercebíó de que la joven había vuelto la cabeza cuando en sus hombros se apoyó la beata.

Si así había sucedido, tenía que cambiar de conducta, renunciando al goce inmenso de contemplar todas las mañanas á la hermosa niña.

Esto era un gran sacrificio para el miserable; pero así lo exigía su salvación.

De todas maneras le convenía inutilizar al señor Antonio, pues de todos sus adversarios era éste el que más miedo le infundía.

Inmediatamente se ocupó el señor Antolín en combinar su plan, cuyo resultado debía de ser por de pronto que el hidalgo desapareciese.

¿Cómo se defendería el noble Quirós de tantos peligros?

Y lo peor era que éstos habían de multiplicarse y ser mayores cada vez.

Volveremos al alcázar real para ver lo que hacía el doctor Olivares.

## CAPITULO IX

### LO QUE HIZO EL DOCTOR

Preguntando supo el doctor que Felipe II se encontraba solo, y en la cámara entró después de haber pedido licencia por pura ceremonia.

No hay que decir que el gran tirano era siempre el mismo, pues no había de haber cambiado en tres meses, ni era posible que cambiase en toda su vida.

Saludó á Olivares con las palabras más cariñosas que era posible saliesen de sus labios.

Luego lo miró fijamente y le dijo:

—Puesto que hay novedades de importancia, explicaos, doctor. Y digo que hay novedades, porque así lo prueba vuestra visita á estas horas.

—No me trae ningún asunto urgente—respondió el médico—; pero creí que á estas horas no se encontraba muy ocupado vuestra majestad, y quise permitirme el desahogo de decir en alta voz lo que diciendo estaba para mis adentros y á solas en mi habitación.

—Me complacerá oiros.

—Señor, la pícara imaginación está siempre trabajando; y aún en las horas que nos entregamos al reposo suele también agitarse y entonces nos transporta á un mundo ilusorio donde unas veces se nos presentan cosas horribles y otras risueñas.

—¿Habéis estado haciendo estudios sobre los ensueños?

—Por el contrario, señor, he meditado sobre cosas reales, porque me parecía que así aprovechaba mejor el tiempo.

—Ciertamente.

—Entristecido estaba mi ánimo, porque acababa de ver con el alma destrozada por el dolor á doña Luz de Guzmán.

El rey, que había inclinado la cabeza, la levantó y volvió á mirar muy fijamente al médico.

Este continuó tranquilo:

—La muerte de don Luis—añadió—cambia la situación de su hija y debe producir grandes trastornos.

—¿Qué opináis de su tío don Fadrique?

—Señor, don Fadrique no se parece á don Juan de Guevara, y sin embargo, es imposible pensar en el uno sin acordarse del otro.

—Comprendo.

—Son dos hombres...

—De alma ruin; pero su ruindad se manifiesta de distinto modo, y en eso consiste la diferencia. Ninguno de los dos me ha engañado. Pocas veces he visto á don Fadrique; pero lo conocí bien pronto.

—Su primo don Luis, que gloria haya, no lo conocía.

—Me lo prueba la circunstancia de haberlo nombrado tutor.

—Ha sucedido una cosa que puede ser muy trascendental.

—Decid.

—No ignora vuestra majestad que verdaderamente tenía don Luis en que su hija se casase con el señor Antonio de Quirós.

Por tercera vez miró el rey al médico, desplegó una muy leve sonrisa y le dijo:

—Me parece que hemos llegado á lo principal del asunto, al verdadero objeto de vuestras cavilaciones.

—No se equivoca vuestra majestad.

—El casamiento de doña Luz se hubiera realizado pronto, pues me pareció que don Luis estaba dispuesto á pedirme licencia para salir de la corte con un pretexto cualquiera, pero con el fin de ir donde se encontraba Quirós.

—Otra licencia le faltaba, la de casamiento.

—Debían creer que yo no podía negarlo, porque se trataba de un hombre que además de ser muy rico es de noble cuna y muy honrado.

—Indudablemente.

—¿Y vos qué opináis sobre ese punto?

—Nada, señor, porque en asuntos de esa clase...

—Doctor—interrumpió el rey—, los hombres como vos tienen opiniones fijas sobre todo.

—Señor...

—Pero no quiero violentaros, y aunque para pecar en voz alta lo que pensáis habéis venido, sucederá lo contrario, que yo os diré lo que pienso.

—Es casi seguro que estaremos de acuerdo.

—Toda falta merece un castigo.

—Sí, señor.

—Pero hay faltas que no pueden probarse ó que son de tal naturaleza, que hacen imposible el castigo impuesto como todos se imponen.

—Me parece que vuestra majestad quiere decir que hay faltas que sobre no poder probarse envuelven una acción ó una intención digna de alabanza y de premio.

—Me habéis entendido muy bien.

—Me felicito, señor.

—Tengo la seguridad de que Quirós y mi hijo fueron los que de su encierro sacaron á don Pedro de Carvajal.

—No lo sé.

—No lo sabéis, porque no lo habéis visto; pero no dudais.

—Señor...

—Noble fué el proceder del hidalgo al favorecer al criminal que arrepentido estaba y que probablemente sufría con los remordimientos de su conciencia; pero cometió un delito al sacarlo del poder de la justicia, y cometió una grave falta al poner obstáculos para que se cumpliera mi voluntad.

—Si así sucedió...

—No tenemos pruebas, ya lo he dicho, que si las tuviese, el señor Antonio de Quirós hubiera ocupado el lugar de don Pedro, y su cabeza hubiera caído cortada por el verdugo.

Estas palabras las pronunció fríamente Felipe II.

—Señor—dijo el médico—no sé si vuestra majestad olvida...

—Nada olvido. Presentadme la prueba de que mi hijo salvó á don Pedro de Carvajal, y á un calabozo irá también.

—Pero si era noble la intención...

—Ya os he dicho que con noble intención se cometen faltas que gran castigo merecen. así como hay acciones que deben premiarse y en-

vuelven la más ruin intención. Don Juan de Guevara cumplió su deber, prestó un gran servicio á la justicia y á mi persona al delatar á los conspiradores, y sin embargo, merecía mayor castigo que ellos. El premio le di; pero el castigo también, y si en el cadalso no ha muerto, lo debe á su inocente hija, cuya suerte me inspiró el más vivo interés, no solamente por sus desgracias, sino por la inmensa ternura con que ama á Leandro.

—Mi opinión no puede ser distinta de la de vuestra majestad y sin reserva conyengo en que una falta, un delito cometieron los que de su prisión sacaron á don Pedro de Carvajal.

—Mucho me complace oiros hablar así.

—Sin embargo, hay circunstancias...

Se interrumpió Olivares como si no se atreviese á decir todo lo que sentía.

—Continuad—le dijo el rey.

—Si vuestra majestad me da licencia...

—La tenéis sin condiciones.

—Ha dicho vuestra majestad que á la vez que premio, merecía castigo don Juan de Guevara.

—Y me habéis contestado que de acuerdo estábais conmigo.

—Porque estoy de acuerdo, porque ésa es mi opinión, me pareció muy justo que vuestra majestad lo premiase con el empleo de gentil hombre, y que después lo castigase con la prisión perpetua; así tuvo don Juan todo lo que merecía; así la justicia fué completa.

—Muy bien.

—No ha sucedido lo mismo con el señor Antonio de Quirós y con el noble mancebo por cuyas venas corre la sangre de vuestra majestad.

—¿Pues qué falta para que la justicia sea completa también?

—Se les ha impuesto el castigo, y por cierto bien duro porque se les ha separado de las criaturas objeto de su afección más tierna; pero la recompensa no la han recibido, y si también la merecen por la nobleza de sus intenciones, por la generosidad, por la abnegación que han mostrado...

—Entiendo, entiendo.

—Me parece, salvo error de mi pobre entendimiento, que algo falta para que la justicia sea completa, y al decir que falta, me atengo estrictamente á las teorías que sobre este punto se ha dignado desenvolver vuestra majestad.

—Una duda me ocurre, doctor.

—Si yo puedo ponerla en claro...

—Tal vez.

—Me felicitaré, señor.

—¿Qué debe hacerse cuando se desea ó es preciso realizar un imposible?

—No se hace nada, señor.

—Pues un imposible es para mí lo del premio al hidalgo y á mi hijo, y en vano doy tormento á mi imaginación, buscando el medio manera de conceder ese premio. Si de este apuro me sacáseis, doctor, os lo agradecería como si me pres-táseis el mayor de los servicios.

—Lo que á vuestra majestad le parece muy difícil, lo encuentro muy fácil.

—Pues dadme un consejo, y decidme cómo puedo premiar á esos hombres.

—Dando por terminado el destierro y permitiéndoles que realicen su dicha. Nada más desean, y eso vale tanto para ellos...

—Una circunstancia no tenéis en cuenta— interrumpió el monarca.

—No sé...

—Lo que decís no es premiar, sino anular el castigo, y para hacer eso, no merecía la pena de haberles mandado salir de la corte. Tres meses hace que sufren. ¿Os parece bastante?

—Según.

—Es poco, muy poco. Tal vez algún día, y lejano no está, será clemente con los que se atrevieron á estorbar que se cumpliera la justicia; pero ahora no. La falta es más grave de lo que parece, y extraño que vos no la apreciéis lo mismo que yo.

—Si la aprecio; pero como se trata de quien tanto interesa á vuestra majestad...

—No hagamos confusiones, doctor. Puesto que hablábamos de Quirós, no nos ocupemos de Leandro.

—La situación de los dos es la misma.

—No, porque mi hijo no necesita, como doña Luz, mi licencia para casarse. Para el mundo es una criatura de antecedentes misteriosos y que nada tiene que ver conmigo. Además, ningún inconveniente se opone á su dicha más que el destierro, mientras que Quirós se encuentra con el obstáculo de don Fadrique.

Olivares no sabía qué decir.

Acababa de convencerse de que sería completamente inútil pedirle al rey gracia para los infelices enamorados.

Las palabras de Felipe II eran bastantes para comprender el rencor que había en su alma con-

tra los que le habían puesto estorbos para que se cumpliera su voluntad, para que se realizara completamente el plan que había trazado con respecto á Carvajal.

Mayores delitos hubiera perdonado; pero jamás el de que lo vencieran en aquella lucha que había sostenido tan hábilmente y con tanta constancia.

Sólo el hecho de entablar la lucha era considerado por él como un gran crimen.

Se había propuesto llegar á un fin, había determinado que don Pedro de Carvajal muriese, y consideraba su mayor enemigo á quien obstáculos levantara ante su voluntad, ante su poder inmenso.

¡Perdonar á Quirós!

Imposible.

Ni á su hijo perdonaba tampoco.

¿Hasta cuándo pensaba tenerlos desterrados?

Quizás se había propuesto castigarlos, haciendo imposible la dicha á que aspiraban.

Tan crueldad, tanta severidad, como dirían los que defienden al gran tirano, no era extraña en él.

Durante su vida dió muchas pruebas de lo terrible que era su enojo.

¡Clemencia para el hijo á quien apenas conocía!

¿Cómo había de tenerla, si tampoco la tuvo para el que debía heredar su trono?

La dureza de corazón de Felipe II apenas se concibe.

Y con estas crueldades era con lo que precisamente aspiraba al renombre de justiciero ó al de prudente, como le llamaron los aduladores.

Más y más se convenció el doctor de lo peligroso que era guardar el secreto sobre el viaje del hidalgo.

Exponíase á que se le considerase por el rey como protector de los que habían tenido la audacia de provocar su enojo.

Si este caso llegaba, Olivares debía considerarse perdido.

Tuvo miedo, y debemos reconocer que paratemplar le sobraba motivo.

Acababa de hacer por Quirós lo que no había hecho por nadie.

Ya era imposible que dudase en cuanto á la conducta que debía seguir.

Silencioso quedó.

Algunos minutos pasaron.

El rey cambió de postura, y dijo:

—Continuad, doctor.  
 —Nada más tengo que decir.  
 —No me habéis sacado del apuro, no me habéis dicho cómo puedo premiar á Quirós sin anular el castigo que le impuse, y que es mucho menor del que merecía.

—Me declaro vencido, señor.  
 —Recordad bien cuánto hizo en favor de Carvajal.

—No lo he olvidado.  
 Aquel documento que falso resultó...  
 Se interrumpió el monarca.  
 Por un instante se contrajo su frente, y su mirada se tornó sombría.

—Me colocó en una situación muy difícil— dijo—, y si no se hubiese presentado su antiguo escudero para declarar, hubiera sido preciso reconocer su inocencia. ¡Oh!... Eso no puedo olvidarlo, no lo olvidaré jamás. Y como si poco fuese, se burló después de la justicia, y tales cosas hizo, que al fin consiguió sacar de su encierro al criminal. La intriga estuvo preparada mucho tiempo antes, como lo prueba el haber vendido casi todos sus bienes don Pedro de Carvajal. ¿Qué se hizo del dinero que por sus bienes tomó?

—Un temor abrigo.  
 —¿De qué?  
 —Los enamorados tienen poca paciencia.  
 —¿Creeis que Quirós se atrevería á venir á la corte?  
 —Sí, señor.  
 —Peor para él.  
 —Impulsado por su pasión, trastornado, ciego.  
 —Que su pasión domine.  
 —Esa es su obligación; pero si no la cumple...  
 —Cometerá una nueva falta, y sufrirá un nuevo castigo.

—Pues entonces...  
 —Si esa locura comete, no me dejaré arrebatar por la cólera, haré lo que él no hace, me dominaré; pero...

Otra vez se interrumpió el monarca y desplegó una leve, muy leve sonrisa.

Tuvo entonces más miedo el doctor.  
 —Pues yo—dijo—, sí cumpliré mis deberes, porque no quiero responsabilidades.

—¿Qué habéis de hacer?  
 —Decirle á vuestra majestad que el señor Antonio de Quirós se encuentra en Madrid.

Ni levemente se alteró la expresión del semblante de Felipe II.

Se encogió de hombros.  
 Luego dijo con frialdad:

—La noticia no me sorprende.  
 —Lo vi anoche en la morada de don Luis.  
 —Momentos solemnes fueron aquellos.  
 —Sufré mucho.  
 —Es natural.  
 —Y aún no hace una hora que vino á visitarme para decirme que en Madrid está también aquel criminal llamado Antolín que sirvió á don Juan de Guevara.

—Ese miserable acabará por caer en manos de la justicia.

—Parece que aún se ocupa demasiado de la desgraciada Consuelo.

—Tan ciego debe estar como Quirós, y también le falta fuerza de voluntad para dominarse.

—Las consecuencias del viaje del hidalgo...

—Sí, la primera será que Leandro cometa igual locura. Lo sentiré, porque para hacer justicia no conozco á nadie, ni á mis hijos.

—Haré lo posible para desentenderme de este asunto.

—¿No habéis dicho que queréis cumplir vuestros deberes?

—Como siempre los he cumplido.  
 —Me alegraré que no cambiéis de propósito.  
 —No es fácil, señor.

—Lo que es ahora tengo la seguridad de que nada más habéis de decirme.

—Lo he dicho todo, señor.  
 —Lo cual prueba que ignoráis si en su casa de la calle de Atocha se aposenta Quirós.

—Lo ignoro.  
 —Pronto lo sabremos sin tomarnos la molestia de averiguarlo, porque todo es principiar. Los secretos son como una cadena: si se consigue coger un eslabón, todos vienen detrás.

—Dios protege á los que, como Consuelo, son inocentes.

—Esa niña sufre y no es culpa mía, sino de las circunstancias.

—Señor, espero las órdenes de vuestra majestad.

—Ningunas he de daros ahora, y para vuestra tranquilidad os prometo dejar algunos días en libertad completa á Quirós, porque así daré una prueba de que respeto el dolor de doña Luz de Guzmán. Si durante ese tiempo recobra la calma y se domina el buen hidalgo, olvidaré que á Madrid ha venido sin mi licencia.

—Quiera Dios que se aleje del abismo que á sus pies se abre.

—Aún no me habéis dicho si creéis que don Fadrique se opondrá al casamiento de su sobrina.

—Lo temo.

—¿Y en qué ha de fundarse?

—En último caso no dará explicaciones, sino que hará uso de su autoridad como tutor.

—Pero si llega hasta el abuso...

—Entonces tendrá vuestra majestad que hacer justicia otra vez.

—Hasta donde me sea posible.

—Señor, mucho agradezco á vuestra majestad la benevolencia conque me ha tratado.

—Que os guarde el cielo, doctor.

Salió éste, mientras decía para sí:

—Milagrosamente me he salvado; pero en cambio Quirós y sus amigos... ¡Oh!... Su situación es bien crítica.

Desde aquel día Olivares debía encerrarse en la reserva más absoluta con los unos y con los otros, es decir, que sería otra vez lo que siempre había sido. No haría mal a Quirós; pero tampoco le haría ningún beneficio, si había de arros-trar el peligro más leve ó más remoto.

## CAPITULO X

### LAS RESOLUCIONES DE DON FADRIQUE

Ocho días pasaron de calma absoluta, calma que, como se comprende, era superficial, engañosa, pues en el fondo se agitaba, quizás como nunca, la borrasca más violenta.

Para que se aprecie bien la situación, diremos algo de cada uno de los personajes que más nos interesan, pues ante todo conviene que conozcamos su estado moral, sus propósitos, sus sentimientos y sus ideas.

Doña Luz había llorado por su padre; su dolor filial absorbía todos sus sentimientos, y no pudo ocuparse de otra cosa, no quiso tampoco, porque le hubiera parecido que ofendía la memoria del autor de sus días.

¿Cómo había de pensar en su dicha cuando tenía que deplorar la desgracia más horrible del padre amoroso que tanto la amó?

Téngase presente que, á pesar de sus extravagantes caprichos, don Luis de Guzmán, con la mejor buena fe, con anhelo incesante, deseaba la felicidad de su hija, y si le hizo sufrir alguna vez, fué por error de su entendimiento, pero no

por voluntad. Llegó un día en que vió la luz, en que se convenció de que se había equivocado, y sin necesidad de luchas ni de excitaciones, espontáneamente, concedió á su hija adorada cuanto podía desear y necesitaba para ser la más feliz de las criaturas.

Quiso entonces la fatalidad que se presentase un nuevo inconveniente, el destierro del hidalgo; pero de esto no era responsable don Luit, sino el rey, cuya tiranía y soberbia necesitaron el desahogo de aquella determinación arbitraria.

Doña Luz no tenía, por consiguiente, más que motivos para llorar la pérdida de su padre, para bendecir su memoria y para considerar como la más horrenda desdicha el haberlo perdido.

Su dolor debía ser el mismo siempre, mayor quizás con el convencimiento de su desgracia; pero había de llegar á ese período de tranquilidad muda que permite recobrar la razón y discurrir sobre las cosas de la vida como no puede discurrirse en los días de aturdimiento producido por el golpe que nos anonada.

Sola quedaba en el mundo la joven; pero con su amor, es decir, que para ella había algo que le hiciese agradable la vida.

Cuando ésta tiene un fin, son posibles las ilusiones, los goces, la felicidad, y con más resignación se aceptan las desgracias como la de doña Luz, que en último caso son previstas, pues en la conciencia de todos los hijos está la pérdida de sus padres, como ley natural é ineludible.

La hija de don Luis de Guzmán pensó al fin en su situación, ocupóse de su porvenir.

¿Qué debía esperar?

Esta pregunta se hizo.

Necesitaba ante todo saber á qué atenerse con respecto al hombre que ocupaba el lugar de su padre.

No había motivos para que don Fadrique se opusiese al casamiento de su sobrina, pues sobre no perjudicarle en ningún sentido, más bien le favorecía, dejándole libre de cuidados y responsabilidades.

Sin embargo, era posible que alguna dificultad le ocurriese, y sobre este punto intentaba la joven salir de dudas y tener seguridad completa para poder trazar definitivamente su plan de conducta.

Decidió, pues, hablar con su tío, provocar explicaciones claras y terminantes.

El resultado de la conferencia le conocerá

mos muy pronto; pero nos parece oportuno decir antes cómo se encontraba el señor Antonio de Quirós, y qué hacía el señor Antolín.

Grandes esfuerzos había tenido que hacer el hidalgo para dominar su impaciencia y no cometer nuevas locuras.

De buena fe creía que el doctor había guardado el secreto, pues de otro modo no comprendía que el rey lo dejase en paz.

Cuando transcurrieron los ocho días que fueron necesarios para que doña Luz se desaturdiera, el señor Antonio determinó hacer algo más de lo que hasta entonces había hecho, y que consistía en salir durante la noche para visitar á la hija de Guevara y pasear en la Cuesta de Santo Domingo.

Alguna vez le pareció distinguir un bulto que le seguía, y sospechó que fuese el miserable Antolín.

No se equivocaba; pero nada pudo hacer para evitar las importunas observaciones, si bien comprendió que debía vivir muy sobre aviso y adoptar cuantas precauciones fuesen imaginables.

Por de pronto escribió á doña Luz, pues le era muy fácil hacer que su carta llegase á su destino por conducto del portero y de la doncella.

Si esto no podía producir ningún resultado positivo, era por lo menos un desahogo y un consuelo para el hidalgo, y consuelo debía ser también para la joven, porque la carta puede decirse que estaba escrita con el corazón.

El señor Antolín, aunque en apariencia no hacía nada, no perdió el tiempo.

Habíase ocupado en hacer los preparativos para la realización de sus planes, que en práctica pondría cuando descargase el golpe contra Quirós y lo inutilizase completamente.

Tal era la situación de los unos y de los otros, queriendo la casualidad que el mismo día que Quirós escribió la carta para doña Luz, el criminal se ocupase también en escribir para dar la noticia de que en la corte se encontraba el hidalgo.

Don Fadrique no había hecho nada de particular, y, por consiguiente, nada podía deducirse para conocer sus intenciones.

Una mañana, después de almorzar, y cuando doña Luz iba á retirarse á su cámara, le dijo á su tutor:

—Cuando bien os parezca y os lo permitan vuestras ocupaciones, me escucharéis, porque

tengo que hablaros de asuntos de mucho interés.

—Ahora mismo—respondió don Fadrique, con la dulzura que siempre hablaba.

Y á la joven siguió hasta su cámara, sentándose allí y diciéndole:

—Os escucho con toda la atención que merecéis y que merecen los asuntos de cierta gravedad.

—Ante todo deseo saber si habéis determinado que nos quedemos en Madrid ó que nos traslademos á vuestra casa de Segovia.

—Como me es indiferente vivir en uno ú en otro punto, he pensado quedarme, porque así os evitaré la molestia de un viaje y el disgusto de alejaros del lugar donde tenéis tantos recuerdos de ternura.

—Gracias, mi amado tío.

—En esta casa habéis nacido, aquí habéis recibido las caricias de vuestra madre, cuya ternura era igual á sus virtudes, y aquí se ha desarrollado vuestra razón, y habéis amado á vuestro padre.

—Sí; esta casa es para mí un santuario de recuerdos que jamás ha de borrarse de mi alma.

—Hago justicia á vuestros nobles sentimientos, y por eso he creído que preferiríais permanecer aquí. Además, en la corte tenéis muchos amigos, cuyo trato agradable os distraería, y en Segovia á nadie conocéis, viviríais aislada si quiera por algún tiempo, y os entregaríais con demasiada frecuencia á vuestros pensamientos tristísimos. Mirada la cuestión bajo distinto punto de vista, nos conviene quedarnos en Madrid, pues así me será mucho más fácil arreglar vuestros intereses y cumplir mejor el gravísimo cargo con que me honró vuestro padre y mi noble primo, á quien Dios haya dado gloria.

—Está bien.

—Ahora, mi amada sobrina, podéis hablarme de ese asunto, y hacedlo con franqueza, y teniendo presente que mi más vivo deseo es sustituir, en cuanto me sea posible, al hombre á quien todos lloramos.

—Si respetáis la voluntad de mi noble y cariñoso padre...

—Ese es mi deber y un deber sagrado.

—Entonces dichosa seré, muy dichosa, cuando el tiempo haya calmado mi dolor, cuando el recuerdo de mi padre, más que un recuerdo penoso, lo sea de ternura.

—Me felicito al ver que mis palabras son agradables para vos.

—Yo no esperaba otra cosa del hombre en quien mi cariñoso padre depositó su confianza.

—Decid.

—Hace bastante tiempo que un hombre de ilustre cuna, rico, más rico que yo, y honrado, interesó mi corazón.

—No lo ignoro—dijo sencillamente don Fadrique.

—Mi amor fué un sufrimiento por algunos meses.

—Sí, aunque vagas, tengo noticias de que mi noble prin.o prometió vuestra mano á don Juan de Guevara, y, por consiguiente, debió mostrarse opuesto á que de otro fuérais esposa.

—Así sucedió, y como yo no creía que nadie tuviese derecho á disponer de mi corazón y á obligarme á fingir una ternura que no sentía...

—Comprendo.

—Resistí en cuanto me lo permitía mi situación, aunque sin olvidar nunca el respeto profundo que á mi padre debía.

—Es decir—repuso don Fadrique con más dulzura que antes y casi desplegando una sonrisa—, establasteis la lucha y la fortuna os favoreció, porque don Juan de Guevara era un criminal, según dicen...

—El más ruin, el más miserable de los hombres, porque asesinos pagó para que quitasen la vida al hombre á quien yo amaba.

—Todo eso lo sé.

—Reconoció mi padre que se había equivocado.

—¿Y qué determinó?

—Lo que yo deseaba, lo único que podía hacerme feliz.

—Es decir, que concedió vuestra mano á ese hombre.

—Sí.

—Cosa extraña.

—¿Qué os sorprende?

—Esa determinación.

—¿Por qué?

—Porque á vuestro padre conocí desde la infancia y sé que antes de cambiar de resolución prefería morir.

—Se trataba de la felicidad de su hija, que para él tenía más valor que su propia existencia.

El caballero cambió de postura y de gesto también.

Miró profundamente á su sobrina y guardó silencio por algunos minutos.

Desde aquel momento principiaba el interés de la conversación.

Estremeciósse la joven.

Su instinto le anunció nuevas desgracias.

Cuando don Fadrique rompió el silencio, dijo con tono, no meliflúo como antes, sino grave y severo:

—Doña Luz, no es menester que os toméis la molestia de decirme lo que sé. Amáis á Quirós. Luchásteis con vuestro padre y conseguísteis fatigarlo, y al fin, quizás buscando la tranquilidad del espíritu, desalentado, débil, ó...

—Caballero—interrumpió la joven.

—Repito que conozco hasta con detalles la historia de vuestros amores; conozco también la de ese hidalgo, y sé muchas cosas que quizás vos ignoráis.

—Mucho me alegro, porque así nuestras explicaciones serán más breves.

—Ahora, continuad.

—Cualquiera que fuese el motivo de la conducta de mi amado padre, ello es que determinó que yo fuese esposa de Quirós y nuestro casamiento lo hubiera realizado hace dos meses, si una circunstancia...

—Sí, el destierro del hidalgo.

—La voluntad de mi padre...

—No la conozco.

—Por eso yo os la doy á conocer.

—Me perdonaréis, doña Luz; pero sois en este asunto parte tan interesada, que vuestro testimonio...

—¿Lo pondréis en duda?—replicó la joven, cuya frente se contrajo.

—Preciso es que hablemos con claridad, y que como ofensa no consideremos nuestra franqueza.

—Así nos conviene.

—Pues bien, vuestro testimonio, muy respetable siempre, cuando se trata de este asunto...

—¿Qué?

—No tiene valor.

—¡Caballero! —exclamó doña Luz con el acento de la indignación.

—Hemos convenido en que debemos hablar con franqueza.

—Lo que acabáis de decir...

—Os desagrada, ya lo sé.

—Es una ofensa, que debo rechazar enérgicamente.

—Rechazadla en buena hora.

—La voluntad de mi padre...

—Debió consignarla por escrito, y extraño es que así no lo hiciera cuando de otras cosas de menor importancia no se olvidó.

—Creyó que mi palabra sería bastante.

—Lo mismo debió creer con respecto á otros asuntos.

—Además, no hay quien ignore que yo debía ser esposa de Quirós.

—Lo que el mundo sepa ó pueda creer no tiene para mí ningún valor.

—En los últimos momentos de su vida pensó que quizás era conveniente consignar por escrito su deseo; pero murió antes de que pudiera hacerlo así.

—Fué una gran desgracia, que yo deploro tanto como vos, porque en gran apuro me pone.

—De todas maneras, si Quiros me ama y yo correspondo á su amor, si es de cuna tan noble como la mía y honrado también...

—Natural encuentro que quiera ser vuestro esposo; pero debe principiar por pedir vuestra mano á quien ocupa el lugar de vuestro padre.

—Lo hará, si os parece necesario ese acto puramente ceremonioso.

—Me parece indispensable.

—Entonces...

—Esperaré; escucharé la demanda, meditaré y decidiré según lo que me aconseje mi conciencia, según lo que me diga mi razón que puede ser para vos más provechoso. Tiempo hay, puesto que ni en estos días de duelo y amargura podemos ocuparnos de asuntos de amor, ni tampoco el hidalgo puede acudir inmediatamente á mi autoridad, porque lejos de Madrid se encuentra.

—Vendrá.

—¡Venir, cuando está desterrado!... No se atrevería, y si se atreviese, yo no lo escucharía, ni siquiera lo recibiría en mi casa; porque escucharlo sería como aprobar tácitamente que hubiese cometido la grave falta de desobedecer las órdenes del rey nuestro señor.

—Eso es cuenta suya.

—Mía también, pues el cumplimiento de mis deberes me prohíbe conceder vuestra mano á quien sufriendo está ese castigo.

—El destierro es una injusticia...

—Cuidado, señora, porque en mi presencia no he de permitir que nadie olvide el respeto que todo vasallo debe al rey.

—¿Acaso vos sois el encargado de hacer cumplir las órdenes del monarca?

—No; pero las respeto y no las examino.

—Pues bien, Quirós os escribirá para pedir os mi mano.

—Le contestaré que del asunto hablaremos cuando haya cumplido su condena.

Lo que sintió doña Luz no puede explicarse.

No necesitaba continuar la conversación para saber á qué atenerse con respecto á su tío.

Silencio guardó la infeliz, porque no sabía qué giro dar á la conversación.

¿Debía decir que en la corte se encontraba el hidalgo?

Esto era muy peligroso, pues don Fadrique podía cometer un abuso cuyas consecuencias serían las más horribles.

No hay que decir que la joven estaba dispuesta á luchar. Si había tenido valor para resistir contra la autoridad de su padre, era imposible que se declarase vencida cuando se tratase de su tío.

Este, que impasible continuaba, dijo después de algunos minutos:

—Si mis palabras no os parecen bastante terminantes, me explicaré con más claridad.

—Creo que es inútil.

—Sin embargo...

—¿Os opondréis á que me case con Quirós?

—Sí.

—¿Y en qué os fundáis?

—En que no juzgo conveniente ese matrimonio.

—Esa contestación...

—Doña Luz, haced uso de vuestro derecho, como yo lo hago del mío.

—Acudiré á su majestad.

Don Fadrique se encogió de hombros.

—Y vos—añadió la joven—tendréis que darle á Quirós cuenta de vuestro proceder.

—¿Me amenazáis?

—Os advierto que el hombre á quien amo no puede respetaros como respetó á mi padre.

—Así como yo tampoco me detendré ante las consideraciones que á mi noble primo detenían, porque él era padre y yo no lo soy.

—Pero si ya habéis adoptado una resolución...

—Es inútil que Quirós se tome la molestia de pedirme vuestra mano, porque mi respuesta será una negativa.

Creyó doña Luz que su dignidad no le permitía continuar aquella conversación, y dijo:

—Caballero, nada tengo que añadir.

Don Fadrique se puso en pie, y respondió:

—No olvidéis que yo soy vuestro tutor, que represento á vuestro padre, y que estoy decidido á adoptar las precauciones que me parezcan convenientes para que mi responsabilidad quede á cubierto.

Ni una palabra más pronunció.

Salió de la cámara.

—¡Dios mío! —exclamó doña Luz con desgarrador acento.

Su situación era peor que nunca.

Otra vez tenía que entablar la lucha y en peores condiciones en todos sentidos, pues don Fadrique no le guardaría las consideraciones que le guardó su padre, y porque el señor Antonio tenía que ocultarse y estaba á todas horas amenazado por grandes peligros.

El valor de la joven lo conocemos ya.

Si por algunos momentos se sintió anonadada, pronto recobró la energía.

No quiso perder el tiempo en lamentar su desgracia, pues las quejas y el llanto no habían de remediar sus males.

Limpió sus ojos, que aún estaban húmedos por algunas lágrimas, se acercó á una mesa, tomó la pluma, y escribió á su amante lo siguiente:

“Cuando vengas hoy á preguntar por mí, como haces todos los días, te entregarán esta carta.

“La situación está puesta en claro. Acabo de hablar con mi tío, y me ha dicho terminantemente que se opondrá á nuestra unión.

“Es preciso que nos veamos, porque la lucha se entablará de nuevo y en peores condiciones que nunca. Te esperaré esta noche. Supongo que conservas las llaves, y aunque así no sea, mi doncella te esperará, porque con ella cuento para que me sirva.

“Entretanto, guárdate más que nunca, porque si se llega á saber que estás en Madrid, tu perdición será cierta.

“Sufro mucho; pero no me faltará el valor y consentiré morir antes que retroceder.”

Algunas frases de ternura añadió.

Cerró la carta y la guardó para dársela después á su doncella.

Entregóse otra vez á las reflexiones tristísimas á que daba lugar su situación.

No tenía entonces conciencia del tiempo que pasaba.

Transcurrió muy cerca de una hora.

Cuando se disponía á llamar á su doncella, ésta entró llorando y vestida como si fuese á salir á la calle.

—¿Qué te sucede? —le preguntó doña Luz.

—¡Soy muy desgraciada!

—Pero...

—Y lo que más siento es la injusticia. ¿Qué falta he cometido?

—Ninguna—dijo doña Luz con tono de extrañeza.

—¿Y por qué se me despide?

—¡Que te despiden!...

—Por eso me veis llorar. Ya sabéis que os amo, mi noble señora, y en estos momentos de desgracia y de dolor, es para mí doblemente penoso separarme de vos. Lo hacen de una manera inconcebible, hasta con crueldad, pues no querían permitirme siquiera que de vos me despidiese.

Con la sorpresa más profunda escuchó la hija de don Luis.

—¿Y quién despide á mis criados?—replicó.

—Quien dice que puede, porque es el dueño y señor en esta casa; vuestro tío.

Se contrajo la frente doña Luz.

La despedida de aquella criada que para su servicio estaba únicamente, era una ofensa muy grave.

Su tutor hacía lo que su padre no hubiera hecho. Esto era ya demasiado.

Si callaba y lo toleraba, reconocía tácitamente aquella autoridad sin límites, el derecho para todas las arbitrariedades; y si se quejaba, si reclamaba, exponíase á que sus reclamaciones no fuesen atendidas, recibiendo así una nueva ofensa.

Don Fadrique tenía, en realidad, los derechos del padre á quien había sustituido, era la autoridad en aquella casa, y si un criado no le inspiraba confianza, tenía indudablemente la facultad de despedirlo con tal de que lo sustituyera, si así lo exigía el decoro de la huérfana.

Tenía ésta sobrada dignidad y no quería establecer una lucha para quedar vencida.

—¿Ha sucedido algo—preguntó—que pueda servir de pretexto para que mi tío te despida?

—Nada absolutamente, os lo juro. Me encontraba en mi habitación; me llamaron de parte de vuestro tío; acudí prontamente, me presenté á él con respeto, y cuando creí que me iba á dar una orden, me entregó el dinero de mi salario y me mandó salir inmediatamente.

—¿Le preguntaste el motivo?

—Sí; pero me respondió que reconocía mi honradez y que, si alguien le preguntaba, informaría favorablemente de mí, lo cual nada tenía que ver con su derecho de despedir á sus criados y sustituirlos con otros ó hacer lo que le pareciera mejor. Quise replicar y me impuso silencio con palabras muy duras, advirtiéndome que debía salir sin despedirme de vos.

—¡Oh!...

—Viéndome llorar y desesperada, y tal vez temeroso de que se produjese un escándalo, me concedió al fin licencia para veros.

—Esto es un abuso.

—Y nada podéis hacer, mi noble señora.

—Mi tío se propone rodearme de personas que sean mis enemigos.

—¿Y con qué fin?

—No quiere que me case con el hombre á quien amo.

—Pero si vuestro padre lo dispuso...

—Así se lo he dicho; pero me hace la ofensa de ponerlo en duda.

—¿Y sufriréis tanto?

—Tú lo has dicho antes: no puedo hacer otra cosa.

—¡Que no podéis!... Si en otro tiempo os rebelásteis contra vuestro padre...

—Ahora lucharé también; pero entretanto tú saldrás de esta casa y no podrás favorecerme.

La doncella, que era lista y que no se aturdiría con facilidad, enjugó el llanto, se acercó á la puerta, miró al inmediato aposento y luego dijo:

—Aún podré hacer algo por vos. No ignoro que el hombre á quien amáis se encuentra en Madrid contra la voluntad del rey y que, por consiguiente, tiene que ocultarse.

—Sí.

—Decídmelo dónde puedo encontrarlo, y ahora mismo...

—Gracias, María. Este servicio...

—Me lo recompensaréis algún día, descuidad.

—Toma esta carta para Quirós.

—¿Lo encontraré en su casa?

—En la hostería de maese Bonifacio, que en las Platerías está.

—Comprendo.

—Tal vez el hostelero te diga que en su casa no se aposenta semejante persona; pero...

No pudo continuar doña Luz porque la cortina se levantó, presentándose don Fadrique.

No se turbó la hija de don Luís.

Miró severamente á su tío; pero éste dió algunos pasos, se acercó á la doncella y le dijo:

—¿Qué hacéis aquí?... Tiempo sobrado habéis tenido para despediros de vuestra señora.

La sirvienta dió media vuelta para salir.

Aún tenía en la diestra la carta que acababa de darle doña Luz.

El caballero vió el papel, y suponiendo lo que era, pues fácilmente se adivinaba, en vez de hablar para pedir explicaciones, extendió un brazo y arrebató el papel sin que la doncella pudiese evitarlo.

Este incidente tenía muchísima importancia.

Si don Fadrique leía la carta, el señor Antonio debía considerarse perdido.

No pudo contener un grito doña Luz.

En pie se puso y hacia su tío se lanzó para arrebatárle á su vez la carta.

No pudo conseguirlo porque don Fadrique retiró la diestra, cerrando la mano fuertemente y diciendo:

—Señora, soy el responsable de vuestro honor y tengo el derecho de leer las cartas que escribís y las que os escriben, como podría vuestro padre hacerlo.

—No creo que tengáis ese derecho...

—De todas maneras soy dueño de este papel.

No pronunció una palabra más.

Volvió la espalda á su sobrina, cuyo rostro se había contrariado violentamente, cubriéndose de nerviosa palidez.

La doncella no podía permanecer allí.

También salió, lanzando al caballero una mirada de odio profundo.

Doña Luz volvió á sentarse.

Apenas podía respirar.

El fuego de su ira se escapaba en corriente por sus ojos.

¿Y qué le era posible hacer?

Sufrir y esperar el resultado de aquel abuso.

Temblaba porque veía grandes peligros para Quirós. ¿Debía suplicar á su tío?

A todo estaba dispuesta para salvar al hombre á quien amaba.

Después de mucho dudar decidió hacer el sacrificio de rogar á don Fadrique.

Mucho tuvo que esforzarse para dominar los arrebatos de su ira.

De su cámara salió, yendo á la que ocupaba el caballero.

Este había leído ya la carta y sonreía con expresión de alegría diabólica.

Disponía de un arma terrible, y más terrible en sus manos, puesto que capaz era de cometer todos los abusos con la mayor frialdad.

Miró á su sobrina, cuya violenta agitación revelaba sus sufrimientos.

—Sentaos—le dijo—, y si conseguís recobrar la calma ganaréis mucho, porque podréis discutir con más claridad y acierto, y determinaréis lo que más os convenga.

Se sentó la joven, porque apenas podía sostenerse. Durante algunos minutos no pudo hablar.

## CAPITULO XI

### LA ALTERNATIVA

Don Fadrique no había perdido la calma espantosa con que antes había tratado de aquel grave asunto.

Fijó en su sobrina una mirada penetrante y esperó.

Por fin dijo doña Luz:

—Caballero, á pesar de todos los derechos que os den leyes absurdas, acabáis de cometer un abuso incalificable.

—No me tomaré la molestia de discutir sobre tal punto: si de abuso queréis calificar lo que á mí me parece el uso de mis derechos, aceptaré la calificación, porque así terminaremos más pronto esta conversación enojosa. Preciso es que no os quede duda de que no me parezco á vuestro padre.

—Sí, hay gran diferencia entre su alma noble y vuestra ruindad.

—Su nobleza, su exagerada buena fe, le proporcionó grandes disgustos, y yo quiero evitarlos.

—Mi noble padre, á pesar de sus indisputables derechos, de su autoridad sin límites, autoridad sagrada, no se atrevió á lo que vos acabáis de hacer.

—Por eso dió lugar á una lucha que conmigo es imposible, pues yo desde el primer momento corto el mal de raíz; mi primer golpe es siempre mortal, y por consiguiente el último, y así soy vencedor ó vencido en un solo instante. La fortuna me protege; ahora tengo en mi poder un arma terrible, y os juro que no vacilaré, porque no quiero dar lugar á que mi adversario se defienda.

—¿Qué podéis hacer?

—Poco; pero que será mucho.

—¿Os convertiríais en delator?

—Cumpliré mi deber de buen vasallo, entregando esta carta á su majestad.

—¡Oh!...

—No delato por el placer de hacer mal, ni para que me den ninguna recompensa, sino para defenderme, paga inutilizar á mi enemigo, y me parece que no hay nada más justo que la defensa. ¿Qué haría él en mi lugar?

—Todo menos abusar de un secreto que hubiera sorprendido.

—Cada cual mira estos asuntos de distinto modo. Yo no soy tan generoso como vuestro amante, y por consiguiente no puedo hacer lo que él haría.

—Vuestro proceder...

—Calificadlo como mejor os parezca, pues no he de considerarme ofendido por eso.

—Don Fadrique...

—Doña Luz, me parece que divagamos. Tengo en mi poder la prueba de que en Madrid está el señor Antonio de Quirós, y de esta prueba haré uso si no aceptáis las condiciones que he de imponeros.

—¿Qué queréis?

—Renunciad á vuestro proyectado matrimonio.

—¡Que renuncie!...

—Así salvaréis de una muerte cierta al hombre á quien amáis, pues no se os oculta que Felipe II lo castigará terriblemente.

—¿Y no habéis comprendido que al negarle mi amor le haría mayor daño que condenándolo á morir?

—Y si muere, ¿quién lo habrá matado? No será mía la responsabilidad, sino vuestra, porque con vuestra obstinación lo sentenciaréis á morir.

—Si no puedo salvarlo...

—Podéis.

—La salvación no aceptaría Quirós á semejante precio.

—Tendría que aceptarla aunque no quisiese. ¿Que había de hacer si os negabáis terminantemente á ser su esposa? Pensadlo bien, doña Luz. Reconozco que la alternativa es dura, es quizá horrible; pero las circunstancias lo disponen así y es preciso someterse.

La joven guardó silencio.

Sufría mucho, pero no menguaba su valor.

Don Fadrique prosiguió diciendo:

—Ni en lo físico ni en lo moral hay dos cosas enteramente iguales, no hay dos que tengan la

misma importancia ó que nos afecten de igual modo; de lo cual se deduce que entre dos desgracias una es siempre mayor, y si nos conceden la facultad de elegir, aceptamos la que nos parece menor. En esta situación os encontrais, y por consiguiente, después de meditar, después de apreciar los dos males, elegiréis el que menos haya de haceros sufrir. No me digais que los dos os espantan, que son horribles, porque lo se; pero no son, no pueden ser enteramente iguales.

Con indignación profunda miró la joven al que podía considerar como su verdugo, y sin detenerse ante ningún miramiento, dijo:

—Sois cobarde y no podéis comprender el valor de los demás.

—Bien, señora, muy bien—repuso el caballero con amarga ironía—; continuad por ese camino y seréis feliz. Si habéis creído que ofendiéndome gravemente me dejaré arrebatar por la cólera, os equivocais, pues la experiencia me ha probado que cuando la criatura se entrega á los arrebatos de la ira, comete las mayores torpezas. Ya habéis visto que no me detengo para adoptar enérgicas medidas, que ni siquiera vacilo; pero lo hago con calma, y así continuaré. Decís que soy cobarde, y pronto me llamaréis también ruin... Peor para vos, porque de la ruindad no debéis esperar nada bueno. Así no os quedará duda de que cumpliré mis amenazas.

—¿Tenéis algo más que decir?—preguntó la joven, que ya no quería sino dejar á salvo su dignidad.

—Haceros una advertencia.

—Escucho.

—Hasta las tres de la tarde esperaré para que me deis á conocer vuestra resolución.

—Lo haré ahora mismo.

—Y no os entreguéis á ilusiones, pues si vuestro amante consigue librarse de la persecución de la justicia y comete la locura de introducirse en esta casa, que es la mía, no saldrá con vida, os lo juro.

—Conozco al hombre á quien amo y sé lo que os respondería si aquí estuviese.

—Entonces...

—Os escucharía con desdén.

Don Fadrique se encogió de hombros.

—Yo—añadió la joven—quiero ser digna de su amor y digna también del nombre que me legó mi padre.

—Y no cederéis.

—Jamás.

—Hemos concluido.

Se puso en pie la joven.

Nunca fué tan majestuoso su continente.

La cabeza erguía con imponente orgullo, casi con soberbia.

Ya no temblaba.

Su semblante revelaba la serenidad de su espíritu.

¡Qué hermosa estaba en aquellos momentos!

Volvió la espalda á su tío, y hacia la puerta dió un paso.

Empero en aquel instante se levantó el tapiz que la puerta cubría, se presentó un criado y le dijo al caballero:

—El señor de Quirós espera vuestra licencia para entrar.

—¡Quirós!—exclamó don Fadrique.

Y en pie se puso como si una fuerza misteriosa lo impulsase.

A pesar de todo el dominio que sobre sí ejercía palideció, se estremeció y no pudo ocultar el miedo que empezaba á sentir.

La sorpresa produjo también la turbación.

Todo debía esperarlo menos que se le presentase el señor Antonio tan descaradamente y en tales momentos.

Doña Luz, probando más y más la grandeza de su alma, volvióse, miró desdefiosamente á su tío y luego desplegó una sonrisa, la primera que se veía en sus labios desde que murió su padre.

Algunos minutos pasaron sin que respondiese el caballero.

—¡Quirós!—dijo al fin con tono de extrañeza.—No es posible...

—Señor, lo conozco muy bien, y además él mismo dice su nombre.

—¿Y qué quiere?

—Veros.

—¡A mí!

—Ni siquiera ha preguntado por mi noble señora.

—No lo entiendo.

—No—dijo doña Luz—no podéis concebir que tenga valor para ponerse en vuestra presencia... Pues ahí lo tenéis... ¿Por qué no lo matais ahora?... La ocasión no puede ser más propicia, puesto que se ha introducido en vuestra casa, y...

—¡Señora!

—Os recomiendo la calma, la serenidad con

que hace poco destrozábais el corazón de una infeliz mujer...

—Basta—interrumpió don Fadrique.

Y añadió, dirigiéndose al criado:

—Dí á ese caballero que no lo conozco, y que por consiguiente no puedo recibirlo. Que si algún asunto tiene que tratar conmigo, que me escriba y le contestaré.

Se alejó el sirviente.

Entonces doña Luz le dijo á su tío:

—Puesto que nuestra conversación terminó y no es á mí á quien busca el noble hidalgo, nada tengo que hacer aquí.

Y del aposento salió.

Inmóvil como una estatua quedó don Fadrique.

La visita del señor Antonio se explica fácilmente: al salir de la hostería para llevar la carta se encontró con la doncella y supo cuanto acababa de suceder.

No se sorprendió el hidalgo, pues esperaba la negativa de don Fadrique.

Silencioso quedó por algunos minutos.

—Todo está bien—dijo luego—y aunque me disgusta, no lo extraño; pero el abuso que ha cometido ese hombre al apoderarse de la carta...

—Y otros muchos cometerá—reptó la doncella.

—¿Tenéis prisa?

—No.

—Pues me aguardaréis en mi aposento.

En la hostería se quedó la sirviente.

No sabemos lo que pensó el hidalgo; pero sí que con una serenidad y una audacia inconcebible se encaminó á la cuesta de Santo Domingo.

Se hizo anunciar, como ya hemos visto.

Escuchó tranquilamente la respuesta que le llevó el criado.

Desplegó una sonrisa de desdén.

Y antes de que pudiese determinar nada, se le presentó la joven.

—¡Luz de mi alma!—exclamó el señor Antonio.

—¡Ahl...

—Tranquilízate, que no son los peligros tan grandes como tú los imaginas.

—¿Qué intentas?

—Nada que tenga carácter de gravedad, sino sencillamente que me conozca don Fadrique.

—Ignoras...

—Lo sé todo, porque á tu doncella he visto.

—Vete...

—¡Retroceder!...

—Tu vida...

—¿Y mi honor?

—A salvo está.

—¿Y nuestro amor?

—Pero...

—Déjame.

Y esto diciendo al atrevido hidalgo, separóse de doña Luz.

No pudo la infeliz detenerlo.

El sirviente tampoco se atrevió á estorbarle el paso.

Atravesó dos aposentos, llegó á la puerta de la cámara, levantó el tapiz y entró resueltamente.

## CAPITULO XII

### DE CÓMO EL TUTOR PERDIÓ LA SERENIDAD

No creyó don Fadrique que á pesar de su negativa entrase el hidalgo, y, por consiguiente, al verlo experimentó una nueva sorpresa, mucho más desagradable que la anterior.

Se había sentado, y volvió á ponerse en pie.

No pudo reprimir una exclamación que lo mismo podía ser de miedo que de sorpresa.

Otra vez palideció.

Su rostro se contrajo.

En aquellos momentos, y á pesar de su costumbre, le fué imposible disimular.

El señor Antonio continuaba perfectamente tranquilo.

Dió algunos pasos, se detuvo frente á don Fadrique, y fijó en él una mirada profunda y dominadora.

—Aquí me tenéis—dijo con grave y pausado tono—, y ahora me conoceréis.

Hizo un esfuerzo don Fadrique, empezó á rehacerse, y respondió:

—Señor hidalgo, cuando me han dicho que queríais verme...

—Habéis respondido con una negativa, y yo valgo bastante y bastante represento para que me reciban hombres como vos, y aun los que valen mucho más, pues cuando en palacio me presento se abren las puertas de la cámara real, y el gran Felipe II, no solamente me recibe, sino que me escucha con la atención que merezco. Soy más que vos, don Fadrique; muchísimo más en todos sentidos, y, particularmente, en punto á honradez, pues vos, sobre ser ruin y cobarde, ni honrado sois.

Nunca y tan de repente se ha ultrajado tan gravemente á un hombre.

Palabras duras debía esperar don Fadrique, provocaciones y amenazas terribles; pero no aquellas injurias dichas con tanta claridad y al dar principio la conversaci3n.

Más aturdido debió sentirse, y también era natural que acrecentase su temor, pues el que empezaba como había empezado el señor Antonio, ¿de qué manera concluiría?

Era indudable que el hidalgo no se parecía á ningún hombre, y esto precisamente le desagradaba más á don Fadrique.

¿Qué había de responder?

Lo se que le había dicho no podía contestarse sino con la espada.

Pálido estaba el rostro del caballero; pero lívido se tornó más y más y se desfiguró.

Fulgor siniestro brilló en el fondo de sus pupilas.

El miedo y la cólera le hicieron temblar.

—Estáis en mi casa—dijo con alterada voz después de algunos minutos.

—Lo sé, y no se me oculta que por eso es la ofensa doblemente grave.

—En uso de mis derechos...

—¿Qué haréis?—interrumpió el hidalgo.

Y su mirada penetrante se fijó con insistencia en don Fadrique.

—Haré lo que me convenga... por de pronto, salid, porque viendo estáis que es imposible que continuemos esta conversaci3n según la habéis principiado.

—¿Que salgal...

—Sí.

—¿Me echáis de vuestra casa?

—No; pero...

—Me iré cuando bien me parezca. De vuestros derechos habéis hablado. ¿Por qué no hacéis uso de ellos? Llamad á vuestros criados para que de aquí me arrojen, ó dad aviso á la justicia, pues ya sabéis que que mi presencia en la corte es una desobediencia á las órdenes de su majestad, y, por consiguiente, un delito. Hacedlo si os atrevéis, como os habéis atrevido á cometer un incalificable abuso con dos pobres mujeres, que no podían aniquilarse como hubiera hecho cualquier hombre. He venido para que me conozcáis, pues conviene que sepáis á qué ateneros con respecto á vuestros adversarios, y también he querido haceros algunas advertencias, pues así no pecaréis por ignorancia, ni ja-

más tendréis derecho para quejaros del mal que os hayáis buscado vos mismo.

—Está bien... hablad, pero sed breve, porque no respondo de mi paciencia.

—¿No tenéis espada?

—Sí; pero no la cruzaré con la del hombre que está perseguido por la justicia.

—Lo que os falta es valor.

—Acabemos, señor Antonio, pues á pesar de toda mi cobardía...

—Sois capaz de cometer otro abuso, ¿no es verdad?

—Me defenderé como pueda.

—Sabéis que amo á doña Luz.

—Lo sé.

—Para hacerla feliz estoy dispuesto á sacrificar mil veces la vida.

—No lo dudo.

—Como la amo la respeto, y exijo que la respete todo el mundo.

—Yo la he respetado como señora, mientras que como tutor hago uso de mis derechos, lo cual ni á ella ni á nadie ofende.

—Pero le hacéis sufrir.

—También su padre, cuando determinó casarla con don Juan de Guevara...

—Abusó, porque nadie, absolutamente nadie, tiene derecho á disponer del corazón de una criatura.

—De todas maneras, yo no hago más que lo que su padre hizo, y como de la autoridad del padre estoy revestido, porque así lo disponen las leyes...

—Caballero, sobre las leyes escritas están las leyes morales, están los principios de la justicia, de la razón, las afecciones puras, las conveniencias y las leyes de la honradez, y éstas os prohíben cometer el abuso que habéis consumado tan grosera y cobardemente.

—¿Señor hidalgo!

—Escuchad.

—¡Oh!

—¿Quién os respondía de que en el papel que arrebatábais á la que ya no era vuestra criada, no hubiese un secreto que os estuviera vedado conocer, uno de esos secretos que se relacionan con el honor? Aunque violentando la razón, tal vez sería defendible vuestro proceder si el papel hubiese estado en poder de vuestra sobrina, porque autoridad tenéis sobre ella...

—Y sobre mis criados.

—No lo era ya aquella mujer, y aun siéndolo,

si la carta contenía el secreto de su deshonra, ¿creéis que os estaba permitido conocerlo?

—Exageráis, y...

—Habéis cometido un abuso, y si ahora mismo no os impongo el castigo que merecéis, es porque os desprecio.

—De todas maneras resulta...

—Que habéis sorprendido un secreto.

—Y vos me amenazáis para que...

—No—interrumpió vivamente el hidalgo.

—¿Acaso hacéis otra cosa?

—Os amenazo, sí; pero es para que no mortifiquéis demasiado á doña Luz, para que no abuséis de esos derechos que invocáis, porque sus sufrimientos os costarían muy caro. Para llorar tiene bastante con su filial dolor; no arranquéis más lágrimas á sus ojos, porque cada una de ellas os costaría una gota de sangre, que yo haría salir de vuestro ruin corazón. Por lo demás—añadió el señor Antonio con acento de desdén profundo—, licencia os doy para ir ahora mismo á palacio y decirle al rey que en Madrid me encuentro. No temáis que por eso me enoje.

—Si así lo hiciese, cumpliría mi deber de vasallo leal.

—Cumplido, pues.

—Determinaré lo que bien me parezca.

—Lo que importa es que no olvidéis mis advertencias con respecto á doña Luz.

—¿Habéis concluido?

—Sí, y os dejaré, porque vuestra presencia me ofende.

—Convendría que vos también me escucháseis.

—Decid.

—Por lo que en esta carta veo, tenéis una llave que en otro tiempo debió servirnos para introducirnos en esta casa.

—Sí.

—No lo hagáis ahora, señor de Quirós, no lo hagáis; porque mis criados, que no serán los que tuvo don Luis, sino los que yo busque, cumplirán su deber si viesen que en esta casa se introducía un hombre.

—Es decir, me asesinarían.

—Podrían herir sin saber á quién, porque en tales casos se descarga el golpe con la prontitud que conviene al que necesita evitar que lo hieran.

—Entiendo.

—Después se pondría en claro si era un criminal ó un enamorado quien en la casa se había

introducido, pero el reconocimiento de vuestra inocencia no había de resucitaros.

—Entraré en esta casa si me conviene.

—Bajo vuestra responsabilidad.

—Así acabo de hacerlo.

—Ahora os dejo salir, porque os conozco y sé que no habéis venido para cometer un crimen; pero á media noche, si mis criados ven un bulto, un hombre...

—Repito que entiendo.

—La lucha ha principiado.

—Sí.

—La loca fortuna protegerá á quien mejor le parezca.

—Os oponéis á nuestra unión sin dar razones ni fundar en nada vuestra negativa.

—No me parece bien el casamiento, y mi sobrina tendrá que esperar hasta ser dueña de sus acciones.

—Obligado estáis á respetar lo que determinó don Luis.

—En las instrucciones que me ha dejado, no dice una palabra de semejante casamiento.

—Os lo ha dicho vuestra sobrina.

—No me parece bastante, aunque reconozco que es incapaz de mentir.

—¿Qué os proponéis?

—Cumplir mis deberes y nada más; pero por lo mismo tengo que exigir que se respeten mis derechos.

—Está bien.

—Por mi parte he concluido.

El hidalgo miró por última vez á don Fadrique, dio media vuelta y lentamente, con paso firme y la cabeza erguida, atravesó la cámara, levantó el tapiz y salió.

Junto á la puerta encontró á doña Luz, que allí se había colocado para escuchar.

Cruzaron una mirada de ternura inmensa.

En el semblante dejaba ver la joven el orgullo de que estaba poseída, porque era amada por aquel hombre extraordinario.

La mujer admira todo lo varonil, todo lo grande, y á pesar de sus temores, sentíase halagada doña Luz con la audacia del hidalgo.

No podían hablar en aquellos momentos ni en aquel sitio, so pena de que se produjera un escándalo, cuyas consecuencias hubieran sido las peores.

Estrecháronse las manos.

—Nos veremos—dijo á media voz el señor Antonio.

—¡Cuánto te amol—exclamó la joven.

Separáronse.

Por distintas puertas salieron de la habitación.

A su cámara se retiró doña Luz.

A la hostería volvió el hidalgo.

Don Fadrique, con los codos apoyados en una mesa, y la frente en las manos, permaneció inmóvil por espacio de una hora.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Cuando levantó la cabeza estaba aún livido su rostro.

Había meditado, había trazado planes verdaderamente horribles.

¿Para qué le serviría su valor al señor Antonio?

¿Cómo se defendería de los alevosos golpes que sus enemigos preparaban?

Crítica era su situación.

### CAPITULO XIII

#### LA CARTA DE ANTOLÍN

Ya hemos dicho que mientras el señor Antonio escribía la carta para doña Luz, Antolín se ocupaba en hacer la delación, y debemos ir á la posada y entrar en su habitación.

Allí estaba sentado junto á una mesa, con la pluma en la mano y escribiendo otra carta cuyo contenido era el siguiente:

“Al señor alcalde de casa y corte don Diego de Pantoja.

„Caballero: En nombre de la justicia, cuyo primer defensor estáis obligado á ser, os pido que leáis esta carta, que para que tenga más valor, firmo, á pesar de que me convendría que todo el mundo ignorase lo que ha sido de mí.

„Seguro estoy de que vuestro primer impulso y sentimiento ha de ser el de la indignación; pero á pesar de todo habréis de reconocer que presto un servicio, que favorezco la justicia, sin que esto tenga nada que ver con mis crímenes, que muchos son.

„El rey nuestro señor, por razones que no me está permitido examinar, y que tal vez conoceréis, tuvo á bien mandar que el señor Antonio de Quirós saliese de Madrid y fuese al pueblo de su naturaleza, en la otra Castilla, permaneciendo allí hasta nueva orden.

„Obedeció el hidalgo, según era su obligación, y por espacio de tres meses; pero ahora, impulsado por motivos y circunstancias que del caso

no son ni nada importan á la justicia, porque pertenecen á la vida privada, el señor Antonio de Quirós ha quebrantado la orden de su majestad el rey nuestro señor, y ocultamente ha venido á la corte, donde aún se encuentra, y de donde me parece que no saldrá en muchos días.

„Esto constituye un delito muy grave, pues los antecedentes no hay para qué tenerlos en cuenta, sino solamente que se ha cometido un acto de desobediencia á su majestad, desobediencia que no puede justificarse con ningunas razones.

„Confieso que al hacer esta delación me impulsa el odio con que miro al hidalgo; pero cualquiera que sea la causa resulta siempre lo mismo, que hay en Madrid un delincuente y que la justicia debe castigarlo, sin perjuicio de mirarme á mí con el horror que inspiran los delatores, y de imponerme el terrible castigo que merezco, si es que consiguen apoderarse de mi persona, lo cual evitaré, porque así me lo manda el instinto de conservación.

„No tengo que decir en qué consisten vuestros deberes; bajo vuestra responsabilidad haréis lo que bien os parezca; pero para vuestro gobierno me permitiré algunas observaciones y advertencias.

„Si algún amigo de Quirós le advierte que lo han descubierto y que van á perseguirlo, yo lo sabré, porque en todas partes y á todas horas está espionado, y caro costaría el aviso á los que se lo diesen.

„Para satisfacer mi odio deseo que sufra el hidalgo, y no perdonaré á quien contribuya á su salvación.

„También me tomo la libertad de espiaros, pues en este asunto de todo el mundo desconfío.

„Vuestra situación es en estos momentos muy delicada, lo reconozco; pero no es mía la culpa, sino de las circunstancias y del señor Antonio de Quirós, que ha cometido una locura sin pensar que al comprometerse comprometía también á otras personas respetables.

„El delincuente se aposenta en la hostería de maese Bonifacio, y creo que ocupa la misma habitación que en otro tiempo.

„Tiene, además, reservado un aposento en la posada de la calle de Segovia, donde yo habité, y allí se encuentra su caballo, que por cierto es de mucho valor. El posadero ignora quién es el hidalgo, pues éste no ha querido decir su nombre, sino solamente que es el caballero del negro caballo.

„Además, aunque pocas veces, va á su casa de la calle de Atocha, porque allí tiene su equipaje.

„Todas las noches, y también algunos días, á distintas horas se pasea en la Cuesta de Santo Domingo, pues no ignoráis que allí habita la mujer objeto de su amor.

„Un día estuvo en el alcázar real. Supongo, pues esto no es más que una suposición, que fué á visitar al doctor Olivares, á quien, dicho sea de paso, odio también con toda mi alma.

„Deseo que esta carta la vea su majestad, y si no vais inmediatamente á entregársela le escribiré otra, pues con más ó menos trabajo y algún ingenio, he de conseguir que á sus manos llegue.

„No me olvido de que me queda, además, el recurso de hacer cundir la noticia de que en Madrid se encuentra el señor de Quirós, y así alguno de sus enemigos, porque algunos tiene, ó algún cortesano adulador, le diría á nuestro monarca lo que vos hayáis querido ocultar.

„Todas las noches, poco antes de las nueve, va el hidalgo á visitar á la hija de don Juan de Guevara, y Antón Cañamero fué un día á buscarlo á la posada de la calle de Segovia, preguntando por el caballero del negro caballo.

„De esto resulta que el veterano es cómplice del delincuente, y que en justicia merece castigo.

„Algo debe resultar también contra don Fadrique de Guzmán y su sobrina, puesto que en su casa he visto entrar al señor Antonio.

„Señor Alcalde, vivo como puedo y no lo paso del todo mal. Lo único que me atormenta es el temor de que vuestros corchetes me pongan las manos encima, pues si una vez me libré de la horca, no podría librarme la segunda.

„Aunque por maldad, acabo de cumplir un deber, y aguardo las pruebas de vuestra rectitud y amor á la justicia.“

Y algunas frases más añadió el señor Antolín, y firmó.

Dos ó tres veces leyó lo que había escrito; pero nada encontró que enmendar.

La carta no podía redactarse con más habilidad para el objeto que se deseaba.

Don Diego de Pantoja iba á encontrarse en la más apurada situación, pues ya sabemos que muy de veras amaba al señor Antonio.

¿Qué había de hacer para que éste se salvase?

No era posible que se atreviese á enviarle ningún aviso.

Preciso es conceder una vez más ingenio y astucia al miserable Antolín.

Con aquella delación debían quedar comprometidos cuantos habían sido sus adversarios y sus víctimas; pues hasta el honrado Antón tendría alguna responsabilidad por haber admitido en su casa á quien sabía que estaba desobedeciendo las órdenes del rey, ó lo que es igual, que estaba cometiendo un grave delito.

No puede imaginarse maldad como la del señor Antolín.

Empero, ¿qué debía esperarse de un hombre que sobre ser ruin hasta lo inconcebible, estaba sentenciado á morir en la horca y no podía comoverse ante la desgracia de nadie?

Además tenía en el alma el demonio de su pasión, que á toda costa necesitaba satisfacer.

Le halagaba también el goce criminal de la venganza, y lo que sentía era no haber podido acusar también á Leandro, á quien odiaba mucho más que al señor Antonio, porque era su rival y rival afortunado.

Las consecuencias de aquella delación debían ser las más horribles.

Así lo comprendía el señor Antolín y experimentaba una satisfacción inmensa.

Cerró la carta.

La guardó muy cuidadosamente en uno de sus bolsillos.

Tomó la capa y el sombrero, llamó al huésped y le preguntó:

—¿Puedo salir ahora descuidadamente?

—Sí, porque nadie más que yo hay en el zaguán.

—Pues hasta luego.

—¿Vendréis á comer?

—Probablemente no volveré hasta la noche.

—¿Y qué haré si se presenta el hidalgo?

—Lo serviréis como es vuestra obligación, y si os da otro escudo, lo tomaréis y que buen provecho os haga.

—No acabo de tranquilizarme.

—Pues nada tenéis que temer.

—Dios os escuche.

El señor Antolín salió de la posada.

Mirando recelosamente á todos lados, atravesó la calle.

Entró en la plazuela del Alamillo.

Luego se internó en el laberinto de callejuelas de la Morería.

Pocos minutos después se encontraba en el interior, lóbrego y nauseabundo, de una taberna, que en aquellos tiempos eran lugares más sucios que ahora, y eso que muy sucios y repugnantes son todavía.

Allí había seis u ocho criminales de distintas condiciones, que comían bebían y trataban de sus negocios.

Todos conocían al señor Antolín, y á todos los saludó muy afectuosamente.

Luego se acercó á uno que no tendría más de veinte años y que solo estaba en un rincón y en actitud meditabunda y triste.

—¿Qué te pasa?—le preguntó el señor Antolín?

—Pues nada de particular—respondió el joven, cambiando de postura.

—Cualquiera creería que tienes poco dinero.

—Y no se equivocaría.

—Pues te traigo un negocio, que ni pintado puede ser mejor, porque te ganarías un par de ducados con muy poquísima molestia y sin ningún peligro.

—Poco dinero es.

—Mucho para lo que tendrías que hacer.

—De todas maneras, como no hay en mi bolsa un maravedí, acepto.

—Principias el oficio y la justicia no te conoce todavía.

—Puedo presentarme descaradamente en todas partes.

—Supón que no me conoces y que estamos en la calle.

—Lo supongo.

—Te entrego una carta y te pago para que la lleses á don Diego de Pantoja.

—¡Rayos!...

—No te asustes, porque al buen alcalde no has de ver, ni aunque lo vieses te importaría.

—¿Será bastante dejar el papel en su casa?

—Sí.

—Pues entonces...

—No haces más que una cosa muy sencilla para ganarte algunos maravedises.

—¿Y luego?

—Si nadie te sigue ni fijan la atención en ti, volverás para decirme que ya has entregado la carta.

—Entiendo.

—¿Estás dispuesto?

—Sí; pero antes quiero beber.

—Beberás.

Pidió el señor Antolín vino y algunos arenques.

Comieron y brindaron.

El joven tomó la carta, la guardó y salió de la taberna.

Con prontitud cumplió su encargo, pues poco después de media hora volvió.

Su aspecto revelaba la tranquilidad.

—Te escucho—le dijo el señor Antolín.

—Llegué y me encaré con unos corchetes que en el portal había. Me preguntaron, y les presenté la carta, rogándoles que la entregasen á su señoría, y diciéndoles que no necesitaba contestación. Me prometieron darle el papel inmediatamente, y como no se cuidaron de más, me he venido.

—Toma los dos ducados.

—¿No hay que llevar más cartas?

—Por hoy no.

El golpe estaba dado.

En la taberna quedaron los criminales.

Los corchetes cumplieron su promesa y entregaron la carta á don Diego.

Este se encontraba en su despacho.

Miró el papel y dijo con indiferencia:

—No adivino quién me escribe

La carta abrió; pero apenas hubo mirado la firma exclamó:

—¡Ahl. .

Su entrecejo se arrugó.

No podía comprender con qué fin le escribía el criminal.

—¿Qué quiere este miserable!—dijo.—La verdad es que nada bueno debo esperar de semejante hombre. ¡Escribirme un criminal que por mí está sentenciado á morir en la horca! Esto no se concibe, y sin embargo es verdad. ¿Volveremos á los enredos de antes que en tan graves apuros me pusieron, y que pudieron costarme hasta la vida?... De dudas quiero salir, y miedo tengo de leer.

Con gran temor principió el buen alcalde á leer la carta.

Bien pronto palideció, interrumpióse y exclamó:

—¡Misericordia divina!... ¡El señor Antonio en Madrid!

Las manos se pasó por la frente.

Quiso creer que sus ojos le engañaban.

Volvió á leer desde la primera línea.

Continuó mientras sus manos temblaban.

Haciase más densa su palidez.

Algunas gotas de frío sudor corrían por su frente.

Sufría lo que no puede concebirse.

Terminó la lectura.

—Esto es horrible—murmuró.

Y los codos apoyó en la mesa y la frente en las manos.

Inmóvil quedó como una estatua.

Transcurrió cerca de media hora.

Levantó la cabeza.

Otra vez leyó con atención profunda, deteniéndose en cada frase y meditando.

Cuanto más reflexionaba, más se convencía de que no había salvación posible para el señor Antonio de Quirós.

Tentó el honrado alcalde que cumplir sus deberes.

Ya sabemos hasta qué punto era severa su rectitud y escrupulosa su conciencia.

Sin embargo, hubiera dado de buena gana un aviso al señor Antonio, creyendo que éste saldría inmediatamente de la corte.

Se equivocaba, pues Quirós estaba firmemente resuelto á permanecer en Madrid.

Forzoso le era á don Diego ir á palacio y entregarle al rey la carta del criminal, colocando así en la situación más crítica, no solamente al hidalgo, sino también á Olivares.

Esto era gravísimo.

¡Comprometer al doctor!

Horrorizábale á Pantoja la sola idea de hacerlo así.

—¡Ah!—exclamaba.—¿Y cómo he de evitar las desgracias que han de sobrevenir á consecuencia de esta ruin delación? Si callo, nada conseguiré, porque el miserable Antolín hará que la noticia llegue al rey, y sobre no conseguir nada, quedaré muy comprometido, pues me será imposible negar que he querido favorecer á Quirós. Por hacerlo así merecería gran castigo cualquiera, y jo mucho más, pues soy nada menos que alcalde; á mí se me tiene confiada la misión de hacer justicia y favorecer á los delincuentes en vez de perseguirlos... No, no puedo callar. Y si la carta entrego al rey sin adoptar ninguna precaución, Olivares quedará muy comprometido y á mí me culpará, y como es muy hábil y muy astuto, acabaría por arreglarse y quedar bien y luego emplearía su influencia y se vengaría, haciendome todo el mal posible. Mal enemigo es el doctor; pero ¿qué he de hacer para librarme de las desdichas que me amenazan?

El alcalde se oprimió las sienes.

Nunca había estado tan confuso.

Cuanto más cavilaba, mayor era su aturdimiento.

En pie se puso.

Con desiguales pasos recorrió el aposento una y otra vez.

No encontraba medio para salir de aquel apuro.

Y el tiempo pasaba y sospechoso se haría si á palacio no iba inmediatamente.

Por fin decidió cumplir su deber; pero le ocurrió que siquiera al doctor Olivares podría darle aviso, pues no era posible que lo espíasen en el interior de la morada regia.

Grandes esfuerzos hizo el buen Pantoja para dominar su agitación, pues le convenía presentarse con alguna tranquilidad al rey.

Llamó.

Pidió su capa y su sombrero y dispuso que dos corchetes lo siguiesen, mandándoles que con disimulo mirasen á todos lados y que se apoderasen de cualquiera persona que pareciese lo seguía ó espiaba.

Salieron.

Al alcázar real se encaminaron.

Los corchetes miraban á todos los transeuntes.

Si alguno tuviese la desgracia de ir por el mismo camino y al mismo paso que el alcalde, á un calabozo hubiera ido.

En la morada real entró don Diego.

Alguna vez se le dóblaban las rodillas.

Subió.

Metióse por un pasillo solitario.

—Me parece—murmuró—que nadie me observa.

Avanzó con miedo.

Atravesó algunas habitaciones.

Otra escalera subió, llegando por fin al aposento de Olivares.

Llamó.

Abrió el fiel criado á quien conocemos ya.

—¿Y vuestro señor?—le preguntó el alcalde.

—Estudiando lo mismo que siempre... Pase vuestra señoría, que me parecé que no hay necesidad de darle aviso.

—Os advierto que nadie ha de saber que he venido.

—Puede vuestra señoría estar descuidado.

Entró don Diego, encontrándose con el doctor.

La mirada escudriñadora de éste se fijó en aquél y le dijo:

—Sentaos, don Diego, y descansad, pues parece que muy agitado estáis.

—Sí.

—¿Os sucede alguna desgracia?

—Y muy grande.

—Quiera Dios que en mi mano esté el remedio.

—Lo dudo.

—Explicaos, mi buen amigo, pues en gran cuidado me ponéis.

El alcalde se sentó.

Sacó su pañuelo y se limpió el sudor que por su frente corría, disponiéndose á dar explicaciones de sus apuros.

#### CAPITULO XIV

##### EL ALCALDE SE SORPRENDE Y ATURDE CADA VEZ MÁS

Don Diego no tenía para qué fingir en presencia de Olivares, y con tono que revelaba bien claramente su angustia, exclamó:

—¡Compadecedme, amigo mío!

—¿Tan grande es vuestra desgracia?

—Mucha.

—Quizá vuestros temores sean exagerados.

—¡Temores decís!... No deploro lo que pueda suceder, sino que me quejo de lo que ya ha sucedido.

—¿Y no tiene remedio?

—Imposible, á menos que Dios haga un milagro, ó que vuestro talento encuentre el recurso que en mi opinión no existe.

—Si os explicáseis con mayor claridad...

—Doctor, supongo que no pondréis en duda la amistad que os profeso.

—Libreme Dios de cometer esa injusticia, que sería también una ofensa á vuestros nobles sentimientos.

—Tampoco ignoráis que verdadero es el cariño que profeso al señor Antonio de Quirós.

—Habéis dado pruebas inequívocas.

—Es un hombre que vale mucho en todos sentidos, y merece la estimación de todos.

—¿Y para qué recordáis la sincera amistad que os une al noble hidalgo y á mí?

—Porque os amenaza un gran peligro, y...

—¡Gracias á Dios! —interrumpió Olivares.— En gran cuidado me habíais puesto, porque creí

que sobre vos había caído alguna gran desdicha; pero me tranquilizo.

—Vuestra tranquilidad no ha de durar más que algunos minutos.

—Todo es posible.

—Preparaos, doctor.

—¿Qué clase de peligro es ése?

—No debéis ignorar que el señor Antonio de Quirós se encuentra en Madrid.

—Lo sé, porque lo he visto dos veces, una en la morada del difunto don Luis de Guzmán, á quien Dios haya dado gloria, y otra en este aposento, porque vino á visitarme. Hablamos detenidamente de la situación, le dí buenos consejos, me respondió que no los seguiría, nos separamos y no he vuelto á verlo en ocho días que han transcurrido.

—Os ha visitado...

—Eso he dicho.

—No miente ese miserable.

—¿Quién?

—Antolín.

—Ya sé que en Madrid se encuentra—respondió el médico con tono sencillo.

—Según voy viendo, sabéis...

—Probablemente más que vos, y lo que no sé, lo adivino.

—Entonces...

—Supongo que ese bribón habrá delatado, ó delatará al señor Antonio.

—No os equivocáis.

—¿Y en eso consiste la desgracia?

—¿Os parece que no lo es?

Olivares se encogió de hombros.

Don Diego lo miró con extrañeza.

—En gran peligro—repuso el médico— se encuentra el noble Quirós, y lo deploro con toda mi alma.

—Y vos también.

—¡Yol!

—No lo dudéis.

—Mi conciencia está tranquila, y como ninguna falta he cometido, nada temo. Tal vez con la calumnia intenten hacerme mal, pero la calumnia se desvanece.

—Sois incomprensible.

—Y torpe también, puesto que no acabo de entenderos.

—Vais á conocer toda la gravedad de la situación.

—Vuelvo á escucharos.

—Tomad y leer—dijo el alcalde, sacando la

carta del señor Antolín y entregándosela al doctor.

Leyó éste con la tranquilidad que le caracterizaba, y con la atención que el caso requería.

Luego devolvió el papel al alcalde, y le dijo:

—Más ó menos tarde había de saberlo que el señor Antonio de Quirós se encontraba en Madrid, y por consiguiente, no es una desgracia mayor la circunstancia de ser ese asesino quien os dé la noticia, exigiendo que también se le participe al rey. Sobre este punto no se hace ilusiones el hidalgo, y decidido está á arrostrar los peligros que él mismo busca con su atrevida resolución. He hecho cuanto he podido; aconsejarle, no me escucha, y mal que le pese, tengo que abandonarlo y concretarme á pedirle á Dios que le proteja. Si por coincidencia, que os daré á conocer, no hubiera sabido que en la corte se encontraba el miserable Antolín, á vos hubiera acudido por si le dábais noticia de algún interés.

—Puesto que á sabiendas corre hacia el abismo de su perdición...

Preciso es dejarlo, ya os lo he dicho.

—Pero vos, que lo habéis visto, que lo habéis recibido en vuestro aposento...

—No os ocupéis de mí, amigo Pantoja, que si el rey me pregunta, le responderé lo que me conviene, y si se me acusa, me defenderé. Tranquilizaos que los peligros son nada más que para el buen hidalgo.

—También Antón Cañamero...

—Ignora si Quirós puede vivir en la corte, y por consiguiente, ni tiene por qué cerrarle las puertas de su morada, ni mucho menos delatarlo. En cuanto á doña Luz, sucede lo mismo, y con respecto á don Fadrique, tengo la seguridad de que si llega á saber que á Madrid ha venido Quirós, cumplirá su mal entendido deber de delatarlo inmediatamente, pues así lo inutilizaría y evitaría la lucha que en otro caso tendrá que sostener.

—Pues qué, ¿se opone don Fadrique á que su sobrina se case con Quirós?

—Sí.

—¿Y en qué puede fundarse?

—No lo dice.

—¿Ni vos lo adivináis?

—Abrigo una sospecha, pero no tengo seguridad.

—Cosa extraña—dijo el alcalde, que poco á poco había ido recobrando su calma.

—La situación de esos dos enamorados se

complica, y las primeras consecuencias serán que se compliquen también la del pobre Leandro y Consuelo.

—Es decir, que volveremos al camino andado ya.

—Creo que sí.

—Y otra vez me veré en los mismos apuros.

—Todo lo remediaréis concretándoos á cumplir vuestro deber.

—Nunca he pensado hacer otra cosa.

—Viendo estáis que la situación es distinta de como la habíais creído.

—Dector, lo que es negro lo hacéis blanco.

—Es que vos tenéis cerrados los ojos y no veáis más que tinieblas, y ha bastado abrirlos para que veáis la luz.

—Estoy tan aturrido...

—No os conviene estarlo.

—Vuestras palabras me devuelven la tranquilidad en cuanto es posible, pues siempre me queda el temor por ese noble hidalgo.

—A mí también.

—No puedo prescindir de entregar al rey esta carta.

—Ese es vuestro deber y debéis cumplirlo.

—Contra mi voluntad.

—No todo se hace por nuestro gusto.

—Ya no dudo, mi buen amigo, y sin detenerme un instante iré á ver á su majestad.

—Que Dios os ilumine.

—Quizás sería conveniente que vos diéseis un aviso al señor Antonio para que se ocultase.

—No haré tal cosa.

—Es que tengo la seguridad de que el rey ha de mandarme que lo prenda.

—Tal vez.

—¿Lo dudáis?

—Ni dudo ni creo, pues ya sabéis que Felipe II hace siempre lo que menos se espera.

—Es verdad.

—Si os mandan proceder contra Quirós...

—Tendré que hacerlo.

—Y no se quejará de vos el buen hidalgo.

—Es justo.

—Don Diego, me parece que no debéis deteneros.

—¿Debo decirle al rey que os he visto?

—No, porque le desgradaría que me hubiéseis dado parte de este asunto antes que á él.

—No se me había ocurrido semejante cosa, y esto prueba mi turbación... ¡Ahl... Que Dios nos proteja á todos.

Muy cortesmente despidió el médico, al alcalde.

Este se encaminó á la cámara real, solicitando ver al rey para hablarle de un asunto de interés y reservado.

Inmediatamente fué recibido el buen Pantoja.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el monarca.

—Señor, en cumplimiento de mi deber, traigo á vuestra majestad una noticia desagradable.

—Decid.

—He recibido esta carta, y si vuestra majestad se digna leerla, comprenderá lo que sucede mejor que con mis explicaciones.

La carta tomó Felipe II.

Leyó con apariencia de frialdad.

Luego la dejó sobre la mesa, miró á don Diego y le dijo:

—Determinaré lo que más convenga á la justicia.

—Señor...

—Por de pronto, el criminal que hace la delación ha cometido una ligereza, pues ignora si yo he dado licencia á Quirós para volver á Madrid.

—Yo no concibo cómo el hidalgo se atreve...

—A todo, como no sea cometer un crimen. Motivos tenéis para conocerlo.

—Sí.

—Debéis, pues, esperarlo todo.

—Si vuestra majestad le ha dado licencia...

—Eso lo sabréis oportunamente.

—Pido perdón á vuestra majestad.

—A todas horas estaréis preparado para cumplir mis órdenes.

—Deseo saber si este asunto ha de considerarse como un secreto.

—Lo de la delación sí; pero lo demás no, porque pronto ha de saber todo el mundo que en Madrid se encuentra Quirós, y sería trabajo inútil querer ocultarlo.

—Ciertamente.

—En cuanto á lo que ese hombre dice del doctor Olivares y de los demás, no puede tomarse en consideración. Dejemos en paz á los que ninguna falta han cometido, pues para nadie es Quirós un delincuente, puesto que ningún tribunal lo ha sentenciado, y lo del destierro, aunque se suponga, no se sabe positivamente.

—Esa es mi opinión.

—Veremos si este asunto debe ser considerado como de importancia.

—Esperaré las órdenes de vuestra majestad.

—Estoy satisfecho de vuestra lealtad y vuestros servicios.

—Señor...

—Que Dios os guarde, don Diego.

Ya nada le estaba permitido decir al alcalde, ni tampoco quería decir, sino que por el contrario, agradábase mucho que tan pronto hubiese puesto el monarca término á la conversación.

Bien habia dicho Olivares, que Felipe II haría lo que menos se esperase.

De la cámara salió Pantoja.

Empezó á respirar libremente.

—¡Ahl!—exclamó.—El fantasma que me espantó se ha desvanecido en un instante. ¿Y qué quiere decir el rey? ¿Sabía que Quirós se encontraba en Madrid? ¿Le ha dado licencia para venir? ¿Piensa hacer algo parecido á lo que hizo con don Juan de Guevara? La verdad es que no debo tranquilizarme completamente, pues Dios sabe lo que al señor Antonio le espera. Por mi parte nada haré, nada absolutamente más que obedecer lo que el rey me mande, pues así no tendré ninguna responsabilidad.

A su casa se dirigió Pantoja.

No mandó entonces que mirasen si alguien lo seguía.

¿Qué le importaba?

Cuando á las Platerías llegó, detúvose frente á él un hombre que había salido de la calle de Milanenses.

Don Diego también se detuvo, abrió cuanto pudo los ojos y la boca, y exclamó:

—¡Ahl!...

—Que Dios os guarde—le dijo Quirós, porque él era quien al alcalde había detenido.

—¿Señor Antonio!...

—Cualquiera creería que habíais visto un fantasma... ¿No queréis saludarme?

—Sí; pero...

—Os ofrezco la diestra y no la tomáis...

—Perdonad—dijo don Diego, estrechando cariñosamente la mano del señor Antonio.

—Cerca de mi posada estais, porque ahora vivo en esa hostería... ¿No queréis entrar? Hacedlo y descansareis, y también hablaremos. Nuestra conversación puede ser interesante, porque os daré noticias muy curiosas.

—Gracias... No puedo detenerme, porque me esperan para asuntos de mucha importancia.

—¿Ignorábais que yo me encontrase en Madrid?—preguntó el hidalgo mientras fijaba en el alcalde una mirada escudriñadora.

Don Diego no sabía cómo responder sin comprometerse.

—Sí—dijo con voz insegura—, porque... Me equivoco; yo no lo sabía; pero... No es fácil explicar esto, señor Antonio.

—Siempre habéis tenido mucha facilidad para explicaros.

—Pero ahora la situación es distinta, es tan complicada, tan... En fin, ello es que estais en la corte, y que yo no esperé que viniérais tan pronto... Os deseo salud y fortuna, porque ya sabéis que muy de veras os quiero, y desgracia sería para mí que alguna os sucediese; pero me tranquiliza la seguridad que tengo en vuestro juicio, vuestro talento y vuestra fuerza de voluntad; pues es imposible que un hombre como vos cometa ciertas locuras. Esto se queda para manebos como Leandro, que ni tienen experiencia, ni saben dominarse.

—¿Quién está libre de un momento de perturbación?—replicó el hidalgo mientras sonreía maliciosamente.

—Nadie; pero esos momentos desdichados pasan pronto, y los hombres como vos, si dan el primer paso en el camino de las locuras, no dan el segundo, se detienen, escuchan la voz de la prudencia, retroceden, aguardan la ocasión oportuna, y así consiguen triunfar.

—Bien se conoce que hace poco habéis oído al doctor Olivares, y me atrevo á creer que de palacio venís.

—Lo que os digo...

—Es lo que me diría cualquiera, ya lo se; pero es porque nadie se hace cargo de una circunstancia que tiene mucho valor, los unos porque tienen que desentenderse de ciertas cosas, y los otros porque no han llegado á conocer á Felipe II, y de esto resulta...

—Cuidado—interrumpió vivamente el alcalde.

Y á su alrededor miró recelosamente.

—¿Qué tenéis?

—Nada; pero...

—Mi buen amigo, haríais mejor en subir á mi aposento.

—Imposible.

—Si creéis que los deberes de vuestro cargo os prohíben hablar conmigo, más os comprometeis aquí donde todo el mundo nos ve.

—Señor Antonio, lo que no me está permitido es daros explicaciones.

—Ni yo las quiero.

—Entonces...

—Se trata de que me escuchéis.

—Lo que es ahora...

—Si me consideráis como criminal, prudencia, porque esa es vuestra obligación.

—A mí no me consta que estéis desterrado, ni tampoco si habéis venido á Madrid con licencia de su majestad, y por consiguiente en este momento sois para mí el mismo que siempre fuisteis.

—Pues en ese caso no debéis tener ningún inconveniente para entrar en mi posada, pues vuestro amigo fui, y aún me honro con vuestra amistad.

El alcalde estaba perplejo.

No sabía qué hacer.

Por fin se decidió.

Hizo seña para que se le acercasen los corchetes que á cierta distancia esperaban, y les dijo:

—Volved á casa.

Los alguaciles se alejaron.

—Vamos, señor Antonio, porque quiero daros una prueba de estimación y cariño.

—Gracias.

Entraron en la hostería.

Cuando se sentaron, dijo el honrado Pantoja:

—Creed que soy digno de compasión.

—Os apuráis por mí, don Diego, y os lo agradezco mucho; pero debéis tranquilizaros, porque Dios me protegerá y me defenderé como mejor me sea posible.

—¿Y cómo queréis que no me apure? Tales locuras estais haciendo y tan grandes son los peligros que os amenazan, que forzosamente habéis de sucumbir sin que os sirva vuestro valor ni vuestro talento. Por lo demás, digno sois de que Dios os proteja, y hacéis muy bien en esperar todo de su misericordia; pero esto nada tiene que ver con la prudencia.

—Ciertamente.

—Os lo diré con franqueza: os desconozco, pues nunca creí que os dejáseis arrebatar hasta el punto de hacer lo que estais haciendo.

—Veo que os sucede lo mismo que á todos, que no apreciáis con acierto la situación.

—Mucho me alegraré equivocarme.

—Una sola persona he encontrado que mire esta cuestión bajo su verdadero punto de vista, y esa persona es una niña inocente: Consuelo.

—¿Y no opina lo mismo que yo?

—No.

—Su inexperiencia...

—Por eso es más raro que acierte.

—La verdad es, señor Antonio, que cada vez estoy más confuso. Deseo vuestra felicidad y la de doña Luz, porque la merecéis, y siento que mi posición, mis estrechos deberes no me permitan hacer nada en vuestro favor.

—Suponed que en práctica pongo vuestros consejos, que son los mismos que me ha dado el doctor Olivares, y que me alejo de la corte, dejando á doña Luz á merced del miserable don Fadrique.

—Por de pronto os salvaríais.

—Y esperaríais, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Algún día el rey, en vista de vuestra sumisión, os daría licencia para volver á Madrid.

—En eso consiste vuestro error.

—¿Acaso creéis?...

—Conozco á Felipe II, y tengo la seguridad de que no ha de permitirme volver á la corte ni ha de dar licencia para que me case con doña Luz. El hecho de haber ayudado á don Pedro de Carvajal, estorbando que públicamente muera á manos del verdugo, no ha de perdonármelo jamás el rey.

—Exageráis.

—Quizás me equivoque.

—Sí.

—Mientras así lo crea yo, no puedo cambiar de conducta.

—Os perderéis.

—Mayor desgracia sería para mí renunciar á la mujer á quien adoro. Quizás el término de esta lucha sea mi muerte; pero morir prefiero antes que pasar la vida sin la mujer á quien tanto amo. Víctima soy de la injusticia más atroz, y me defiendo hasta donde alcanzan mis fuerzas, siquiera porque así lo exige mi dignidad. Mi conciencia está tranquila, y no temblaré ante las amenazas de un tirano.

—Discurrimos partiendo de suposiciones distintas, y por consiguiente no es posible que nos pongamos de acuerdo.

—No.

—Lo siento, señor Antonio.

—Como es probable que otra vez no hablemos con el sosiego que ahora, os referiré cuanto ha sucedido, y así conoceréis, no solamente mi situación, sino la de doña Luz y mis desgraciados amigos.

—Nada quisiera saber, porque...

—Os suplico que me escuchéis.

—Decid lo que bien os parezca.

El hidalgo dió á conocer á don Diego de Pantoja los sucesos que habían tenido lugar desde que llegó á la corte, y particularmente aquel día.

Con atención profunda escuchó el alcalde, y luego dijo:

—Voy á corresponder á vuestra franqueza, porque sé que no es peligroso confiaros un secreto. Además, bueno es que sepáis lo que ha pasado, porque así arreglaréis con más acierto vuestra conducta, y abrigo la esperanza de que quizás cambiaréis de opinión con respecto á las intenciones de su majestad.

—Lo dudo.

—A su vez dió cuenta el alcalde de los sucesos de aquella mañana, y palabra por palabra refirió las conversaciones que había tenido con el doctor y con Felipe II.

La carta del señor Antolín se la hubiese enseñado á Quirós si no se la quedase el rey; pero su contenido lo repitió con admirable exactitud, porque lo sabía casi de memoria.

Luego dijo:

—Ya veis que su majestad toma con calma este asunto, y casi os ha defendido; parece que en vuestro favor se inclina, pues en vez de mandar que se os prenda, dispone que nada se haga y poco menos da á entender que en Madrid estáis con su autorización.

Una sonrisa irónica desplegó el hidalgo.

—Muy agradecido debo estar al rey—dijo.

—Por lo menos...

—Sí, me concede tiempo para retroceder.

—¿Os parece poco?

—Mucho; pero no acepto esa gracia.

—Señor Antonio, aprovechad la ocasión.

—Don Diego, probablemente dentro de pocos días vendréis á prenderme.

—No lo quiera Dios.

—Con tal que quiera Felipe II, sucederá.

—Tiemblo.

—Si esa orden os da el rey, cumplid vuestros deberes hasta donde os sea posible; pero tened entendido que me defenderé y haré lo posible para burlarme de la justicia.

—¿Y qué conseguiréis al fin? Según veo, vuestro amor es lo que más os interesa.

—Sobre todo.

—Por lo que decís, don Fadrique de Guzmán...

—Es un malvado.

—No cederá.

—No; pero lucharé.

—Y como sin su licencia no podéis casaros con su sobrina...

—Veremos.

—Dios os proteja.

—Desde este momento, y á pesar de nuestra amistad sincera, las circunstancias nos divorcian.

Don Diego suspiró pensadamente.

—Vos sois el juez—añadió el hidalgo—, y yo el delincuente.

—Un delincuente que ningún delito ha cometido.

—Esa es una de tantas cosas extrañas como en este mundo se ven.

La conversación había terminado, porque ninguno de aquellos dos hombres tenía nada que decir.

Algunas frases de cariño cruzaron.

Estrecháronse la diestra y se despidieron.

Cuando Pantoja iba á salir, se abrió la puerta y apareció la sombría figura de un fraile.

Era un monje de San Martín, cuyo rostro quedaba casi enteramente oculto por la capucha y la espesa barba gris.

Inmóvil quedó.

Su mirada se fijó profundamente en el alcalde.

Éste se estremeció sin que supiese por qué.

Como buen cristiano se inclinó respetuosamente.

Luego saludó por última vez al hidalgo y salió.

Entonces entró el religioso, descubriéndose la cabeza y pudo verse que era un simple novicio.

No tenemos para qué decir su nombres, pues se adivina fácilmente.

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor Antonio.—Si el buen Pantoja supiera que el religioso ante quien se ha inclinado es un criminal sentenciado á muerte por él...

—Lo sabrá algún día—dijo don Pedro.

—Sentáos, que tenemos que hablar.

—¿Hay novedades?

—Y de mucha importancia.

—Por supuesto que serán...

—Desagradables también.

—¡Oh!...

—Ha llegado el momento de hacer algo, y ya he dado principio á la lucha.

—Pues lucharemos.

—Escuchad, mi buen amigo.

No tenemos para qué repetir lo que hablaron, pues debían entonces concretarse á los sucesos de aquel día y á los comentarios que eran conguientes.

En cuanto á los planes que debían trazar, tampoco decimos nada, porque los conoceremos oportunamente.

Los dejaremos, pues, porque en otra parte tenemos que hacer.

## CAPITULO XV

### EL REY SIGUE SIENDO INCOMPRESIBLE

No esperaba ya don Fadrique nuevas resoluciones de su sobrina, ni mucho menos del señor Antonio.

Se había descargado el primer golpe, estaba hecha la primera herida, y ni los unos ni los otros podían retroceder, pues no se lo permitía su dignidad, ni mucho menos su conveniencia.

Era forzoso continuar la principiada lucha hasta triunfar ó morir, pues en la situación en que se encontraban no había término medio.

Ya hemos dicho que don Fadrique, después de larga y profunda meditación, había trazado un plan digno de su alma ruin, y para ponerlo en práctica no perdió tiempo.

No dejó pasar más que las horas absolutamente necesarias para recobrar en cuanto le fuera posible la calma de que tanta necesidad tenía.

Antes de que llegase la noche, todos los demás criados fueron despedidos y sustituidos por otros que ya tenía buscados el caballero.

La servidumbre quedaba todavía incompleta; pero había la necesaria por de pronto.

Faltaba aún una dueña y una doncella para el servicio de doña Luz, y con respecto á estas dos debía poner mayor cuidado don Fadrique, puesto que eran las que más podían favorecer á su señor.

A muchos amigos hizo el encargo, y esperó con impaciencia, pues temía que la desgraciada joven reclamase pronta y enérgicamente los criados que su decoro exigía.

El resto de aquel día pasó sin novedad.

Llegó la noche con su silencio y su calma, que aparente fué en la vivienda de doña Luz,

porque interiormente, en los espíritus del tío y de la sobrina, agitábase la borrasca con más violencia que nunca.

Don Fadrique dió á los nuevos criados las órdenes oportunas para que vigilasen sin cesar toda la noche, y él mismo hizo el propósito de dejar el lecho alguna que otra vez por si alguna novedad ocurría.

Esto, como se comprende, no era sostenible por mucho tiempo; pero por de pronto sería un obstáculo invencible para los dos enamorados.

Se habian cambiado también las cerraduras de las dos puertas de la casa, resultando así que ya para nada le servía al hidalgo la llave que en su poder conservaba.

Era imposible que se viesen aquella noche; pero se resignaron como se habían resignado otras veces.

A la siguiente mañana dejaron el lecho á la hora de costumbre los habitantes de aquella casa.

Don Fadrique estaba satisfecho de sus precauciones.

Ya había recobrado la tranquilidad que necesitaba; era el mismo que había sido siempre.

A las diez se dispuso a salir para ir á palacio y presentarse al rey, pues aún no había cumplido este deber.

Cuando tomaba su sombrero y daba instrucciones á sus criados para evitar que nadie entrase ni viese á doña Luz, anunciáronle que acababa de llegar una mujer joven, y que decía iba á solicitar el puesto de la doncella que vacante había quedado.

Dispuso don Fadrique que se le presentase la pretendiente, la miró y no encontró en ella nada de particular.

—¿Quién os envía?—preguntó.

La joven, que fija tenía la mirada en el suelo y medio oculto el semblante con el manto, levantó la cabeza y respondió con tono respetuoso:

—He servido á la muy noble señora condesa de la Laguna hasta que se casó su hija y ya no tuvieron necesidad de mí. Debo haber sido fiel y leal, puesto que abiertas están para mí todavía las puertas de la casa, y allí he sabido que buscábais doncella para vuestra sobrina. Puedo presentar informes de personas muy respetables, y me parece que la única dificultad que habría para que yo me honrase sirviendo en esta casa, sería no agradarle á la muy noble señora á quien he de servir.

—¿Tenéis familia?

—Madre no más, anciana y débil, que necesita mi auxilio para vivir.

—No entraréis en esta casa sin que yo tenga todos los antecedentes que han de darme la seguridad de vuestra honradez. A mi sobrina serviríais; pero ante todo habríais de cumplir mis órdenes, porque me encuentro en una situación bastante difícil, y tengo que dejar á cubierto la responsabilidad que pesa sobre mí.

—Tampoco yo deseo servir de otro modo.

—Pues decidme qué personas pueden informar de vuestra conducta.

Sin vacilar satisfizo la joven el deseo de don Fadrique.

Este hizo nuevas preguntas que fueron contestadas inmediatamente y con sencillez.

La joven era de esas criaturas que tienen el don de inspirar confianza sin que se sepa por qué.

Parecía inocente.

Su bondad y la rectitud de su conciencia retratábase en su semblante.

Todas estas observaciones las hizo el caballero.

Creyó que con aquella mujer podía contar más seguramente que con otras, pues su misma inocencia debía ser una garantía.

—Está bien—dijo después de algunos momentos de reflexión—; volved mañana á estas horas y es quedaréis si son satisfactorios los informes que me han dado. Bueno será que os acompañe vuestra madre para que yo la conozca y sepa que su hija ganará mucho siendo fiel, mientras una traición podría costarle muy cara.

—Vendrá mi madre.

No hablaron más.

Se despidió la joven y salió.

Lo que acababa de suceder nada tenía de particular en apariencia.

Don Fadrique salió también, y cuesta abajo tomó para ir al alcázar real.

Si hubiera seguido á la joven, que en dirección opuesta se alejó, hubiera podido ver que al llegar cerca del convento de Santa Catalina, se detuvo, porque encontró allí á la antigua doncella de doña Luz.

Miráronse las dos jóvenes.

Sonrieron maliciosamente.

María dijo:

—Algo bueno me anuncia tu semblante.

—He tenido fortuna.

—Y habilidad también, ¿no es verdad?

—Me parece que sí.

—¿En qué habéis quedado?

—Volveré mañana para que don Fadrique tenga tiempo de informarse de mis antecedentes.

—Buenos han de ser los informes.

—Quiere que conmigo vaya mi madre.

María soltó una carcajada burlona.

—Ya sabes que no hay dificultad—dijo.

—¿Y qué haremos ahora?

—A mi casa vendrás y hablaremos hasta la hora de comer.

Se alejaron calle abajo como para salir al arroyo del Arenal.

Entre tanto don Fadrique llegaba á palacio, se daba á conocer á los gentiles hombres de servicio y solicitaba ver al rey.

Este acto de pura cortesía, de mera fórmula, debía tener grandísima importancia.

Sucedíale al caballero lo que á todos, que tenía una falsa idea de Felipe II.

Pocos, según hemos visto ya, lo habían conocido como el doctor y el hidalgo, y tal vez la infeliz doña Juana.

No tuvo que esperar; lo introdujeron en la habitación casi sombría y amueblada con sencillez en que generalmente estaba y trabajaba el gran tirano.

Dió algunos pasos don Fadrique, haciendo reverencias, y quedó inmóvil en el centro de la cámara.

Felipe II, que, inclinado sobre la mesa, leía unos manuscritos ó parecía leer, levantó la cabeza después de algunos momentos y dijo:

—Bien venido seáis, don Fadrique.

—Señor...

—Acercaos más.

Obedeció el caballero, quedando en sitio donde de lleno le daba en el rostro la luz que entraba por un balcón.

Fijó en él su mirada penetrante Felipe II.

No pudo don Fadrique resistir aquella mirada domiadora y la cabeza inclinó.

El monarca, con la frialdad y grave tono que hablaba siempre, dijo:

—En circunstancias bien tristes habéis venido á Madrid.

—La desgracia ha sido tremenda—respondió el caballero—y las consecuencias serán muy graves para mí.

—Sí, porque habéis aceptado una responsabi-

lidad muy grande. Sin embargo, como tengo entendido que vuestra sobrina pensaba casarse pronto, os veréis libre del penoso cargo que habéis tenido que aceptar.

No esperaba el caballero que tan pronto y tan de repente le hablase el monarca de asunto tan delicado.

La sorpresa le aturdió.

En algunos momentos no acertó á responder.

Por fin, dijo:

—Señor, en cuanto al casamiento de mi sobrina, sería preciso hablar mucho, porque es cuestión muy complicada. Lo que sucederá no lo sé; pero me parece que ese casamiento no ha de realizarse con la facilidad y la prontitud que desean los interesados. Si la verdad he de decir, me encuentro en gran apuro, pues es muy difícil adoptar con acierto una determinación.

—¿En qué consisten vuestras dudas?

—Primeramente mi noble primo don Luis, á quien Dios haya dado gloria, no me ha dejado instrucciones de ninguna clase con respecto á la suerte de su hija, y ni una sola palabra, ni una indicación he encontrado sobre ese casamiento, lo cual parecé probar que, ó no le agradaba, ó deseaba que no se realizase:

—También puede ser olvido.

—Un olvido no se comprende cuando de tan grave asunto se trata.

—¿Y qué habéis hecho?

—He buscado antecedentes y los que tengo hasta hoy no favorecen los deseos de mi sobrina. Ignoro si vuestra majestad...

—Sí, conozco la historia de esos amores.

—Entonces...

—Sé también que habéis adoptado una resolución.

—¡Que lo sabe vuestra majestad!—exclamó don Fadrique con tono de profunda sorpresa.

—Sí; os habéis negado terminantemente á permitir que doña Luz se case con Quirós, y aunque no habéis dado á conocer el motivo de vuestra conducta, vuestra negativa no tiene por eso menor importancia. Habéis entablado ya una lucha que grandes dificultades ofrece, porque Quirós vale mucho en todos sentidos y es, por consiguiente, un adversario muy temible. Ayer debísteis conocerlo, puesto que se os presentó tal como es y creo que convencido estaréis de que no exagero al hablaros de las dificultades que habéis de encontrar.

Lo que sintió don Fadrique no puede hacerse comprender.

¿Cómo el rey sabía con tanta exactitud y detalles lo que había sucedido el día anterior?

Además, el monarca hablaba sencillamente del hidalgo como hubiera podido hablar de cualquiera otra persona; es decir, que sabía que en Madrid se encontraba.

¿Para qué le servía á don Fadrique lo que había creído que era un arma con lo que fácilmente aniquilaría á Quirós?

La carta de doña Luz había perdido por completo su valor.

¿Cómo se explicaba la conducta de Felipe II? No tenía explicación, era inconcebible.

El caballero empezó á perder la tranquilidad. Empezó á creer que el rey quería favorecer á doña Luz.

Ya sabemos que se equivocaba.

¿Qué debía responder?

Era peligroso hablar con ligereza; su turbación no podía pasar desapercibida para el monarca; pero éste, con la misma sencillez y el mismo tono glacial que antes, añadió después de algunos momentos:

—Os haré una advertencia para evitar que forméis juicios temerarios.

—Señor...

—No quiero influir en vuestras determinaciones; no tengo ni el más leve interés en que doña Luz se case con Quirós ó con otro cualquiera, y, por consiguiente, estáis en libertad absoluta para adoptar la resolución que más os agrade. Asunto es ése de vuestra vida privada y en el que no me mezclaré por nada del mundo. He hablado de las dificultades que para vos presenta esa lucha, como pudiera hablar de otra cosa cualquiera, y si algún fin me he propuesto ha sido solamente el de que no os quede duda de que aprecio lo crítico de vuestra situación. También he deseado evitaros una molestia.

No comprendió don Fadrique á qué clase de molestia se refería el monarca; pero éste lo sacó bien pronto de dudas, diciéndole:

—Ayer amenazásteis á vuestra sobrina con acudir á mí para decirme que en Madrid se encontraba Quirós.

—Mi deber de buen vasallo...

—Comprendo; pero viendo estáis que no es menester que os toméis ese trabajo, puesto que no solamente sé que el hidalgo ha venido á Madrid, sino que tiene su posada en una hostería

donde habitó en otro tiempo y que está en las Platerías.

Densa palidez cubrió el rostro de don Fadrique.

Su turbación era cada vez más profunda.

El rey, como si se complaciese en mortificarlo, le dijo:

—Mal principiásteis la lucha, y al decir mal, quiero decir torpemente, porque en vuestro daño fué lo que hicisteis encendiendo el encono de vuestra sobrina y de Quirós. Cometisteis también una ligereza, pues amenazábais con la delación de un delito que quizás es ilusorio. ¿Tenéis pruebas de que Quirós fué desterrado?

—Todo el mundo lo dice.

—El mundo se equivoca con demasiada frecuencia.

—Mucho siento...

—Y aun estando desterrado puede haber venido con mi licencia á Madrid, y claro es que esto debe ignorarlo también el mundo, porque no tengo la costumbre de dar publicidad á mis determinaciones.

—Veó que todos se equivocan, y...

—Ahora vos os equivocáis también.

—Entonces...

—No he dicho que desterrado no esté Quirós, ni que con mi licencia haya venido á Madrid.

—Vuestra majestad será bondadoso hasta el punto de perdonar mi torpeza.

—En cuanto á ese destierro yo sé la verdad, y nadie más la conoce. Si un delito constituye el viaje del hidalgo, yo lo apreciaré y haré justicia, porque para hacerla ocupó el trono y ciñó la corona de dos mundos.

Don Fadrique empezó á temblar.

Felipe II hablaba demasiado, y esto era bastante para que el caballero perdiese la tranquilidad.

No sabía qué decir, ni qué hacer.

—Desplegó el monarca una leve sonrisa, y repuso:

—Recobrad la calma... Repito que no me mezclaré en el asunto del casamiento de doña Luz. Haced lo que os convenga ó lo que os agrade, y sobre todo lo que os dicte vuestra conciencia. Luchad, y si la fortuna os protege, gozad con vuestro triunfo, y si os vuelve la espalda, tened paciencia. Yo no he de favorecer á nadie; á los unos y á los otros dejaré en completa libertad. Figuraos que nada os he dicho y que ignoro hasta la existencia de doña Luz y de Quirós. Si

alguien comete cierta clase de abusos, si justicia necesitáis, acudid á mí, que justicia haré.

—Tanto me honra vuestra majestad...

—Con vos hago lo que con todo el mundo.

Iba á replicar el caballero; pero Felipe II lo interrumpió, diciéndole:

—Vendréis á verme cuando bien os parezca...

Que Dios os guarde, don Fadrique.

Este tuvo que inclinarse, y haciendo reverencias retrocedió y salió de la cámara.

No podía ocultar su violenta agitación.

Aún estaba completamente aturdido.

No era posible que en aquellos momentos se diese cuenta de la situación.

Sus pasos eran inseguros.

Atravesó por entre los cortesanos que llenaban los salones.

A nadie tuvo que saludar, porque á nadie conocía.

Cerca de la escalera estaba, cuando oyó que le decían:

—Guárdeos el cielo.

Se detuvo, volvió la cabeza y vió á Olivares.

—¡Ah! —exclamó.

—Supongo que habéis visto á su majestad.

—Sí, me ha honrado hablándome mucho; pero...

—Parece que estáis agitado.

—Tal vez.

—Si la conversación ha sido desagradable...

—Doctor, vos podríais sacarme de dudas.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que piensa su majestad.

—Eso no lo sabe más que Dios.

—Me ha hablado de mi sobrina y de Quirós, y aunque asegura que en completa libertad me deja...

—Si eso ha dicho, haced lo que os parezca mejor, y nada temáis.

—Parece que se interesa...

—Por nadie, os lo aseguro.

—Cuando vos lo decís...

—No me equivoco, creedlo.

—¿Pero no es verdad que Quirós está desterrado?

—Eso cree todo el mundo; pero nadie lo sabe, ni yo tampoco.

—Mentira debe ser, pues de otro modo no le perdonaría el rey que á Madrid hubiese venido sin licencia.

—Así parece.

—Lo que está sucediendo no se concibe.

—No intentéis poner en claro la verdad, porque no os importa. Si la lucha habéis principiado y queréis continuarla, hacedlo y no os cuidéis de lo demás.

—Ese hombre...

—Es muy temible.

—Lo sé.

—Don Fadrique, no puedo detenerme, porque su majestad me espera.

—Os agradeceré que me hagáis una visita.

—Me honraré al complaceros.

Separáronse.

A su casa volvió el caballero, muy preocupado, muy confuso y nada tranquilo; pero resuelto firmemente á sostener la lucha con su sobrina y con el hidalgo.

## CAPITULO XVI

### APUROS Y NUEVAS RESOLUCIONES

Cuando en su casa entró don Fadrique, se retiró á su cámara prohibiendo que nadie entrase.

Necesitaba estar solo para desaturdirse y reflexionar, pues la situación iba tomando un carácter gravísimo y haciéndose más difícil cada vez.

Ya no podía amenazar á doña Luz, ni mucho menos á Quirós, puesto que lo que consideraba arma terrible habíase anulado, desvanecido como el humo.

La carta de que se apoderó, cometiendo un abuso, no podía ya servirle más que para recordar las ilusiones que se había hecho.

¿A qué medios acudiría?

No le quedaban más que dos recursos: el de seguir oponiéndose al casamiento y vigilar á todas horas y muy cuidadosamente á la desgraciada joven.

Por lo que acababa de ver, el hidalgo podía hacer cuanto se le antojase sin ningún temor, puesto que no parecía que el monarca tuviese intención de molestarlo ni de ponerle ningún estorbo.

Si temible era siempre el noble hidalgo, más temible debía considerársele entonces.

Más de una hora pasó don Fadrique entregado á sus desagradables reflexiones.

Lo interrumpieron para decirle que era la hora de comer.

Ningún apetito tenía; pero le fué preciso representar su papel.

Apenas terminó la comida volvió á su cámara.

Trazaba planes y más planes, pero todos ofrecían grandes inconvenientes.

Y así pasó la tarde.

Ocultóse el sol.

Desaparecieron los resplandores del crepúsculo, y cerró la noche.

Entonces pensó que no se había ocupado de los informes de la nueva doncella.

Empero ya este asunto había perdido para él gran parte de su importancia.

Cualquier criado, por buenos que fueran sus antecedentes, podía cometer una traición, y por consiguiente era inútil molestarse en hacer preguntas.

La misma seguridad con que había hablado la joven pretendiente debía considerarse como una garantía.

Su apariencia de honradez no era engañosa y, sobre todo, don Fadrique se proponía vigilarla.

La noche pasó.

A la hora convenida presentóse la nueva criada en compañía de una anciana cuyo aspecto nada tenía de sospechoso.

Pocos minutos después fué presentada á doña Luz y se instaló en la casa para principiar á cumplir sus deberes.

Las cavilaciones habían fatigado mucho al caballero.

Comprendió al fin que su cerebro necesitaba descanso, y dijo:

—Debo mirar la situación bajo distinto punto de vista, y por de pronto haré todo lo contrario de lo que me proponía. En vez de atacar me concretaré á defenderme, y así la lucha será para mí más ventajosa. Guardaré á doña Luz y dejaré que ese hombre odioso se agite y haga ó intente cuanto quiera, y si en mi casa se introduce, pagará con la vida su atrevimiento.

Indudablemente este era el plan más acertado, pues cuanto menos se comprometiese don Fadrique, menos peligros también tendría que arrostrar.

Adoptada esta resolución, recobró la calma otra vez en cuanto era posible que la recobrase, puesto que aun estorbando el matrimonio de su sobrina, sus aspiraciones no quedaban completamente satisfechas.

Doña Luz se había encerrado en la reserva más absoluta.

No veía á su tío sino á las horas de comer, y

los nuevos criados no la oyeron pronunciar una palabra.

Las dos noches anteriores se había acostado muy tarde, empleando el tiempo en leer ó en rezar.

Esto nadie podía prohibírselo, porque en realidad á nadie dañaba.

En los momentos en que tenía seguridad de que no la observaban, acercábase al balcón donde otras veces la hemos visto, y miraba ansiosamente á la calle.

Siempre pudo distinguir el bulto de un hombre, que vagaba lentamente ó se paraba como si contemplase el edificio.

Entonces su corazón latía violentamente.

No necesitaba luz para reconocer al hidalgo.

Y éste á su vez, y aunque muy confusamente, distinguía á través de los vidrios y dentro del marco del balcón como una sombra informe.

Entonces exclamaba:

—¡Luz de mi vida!

Aquella situación, demasiado violenta, no podía prolongarse.

La primera noche que en la casa se quedó la nueva doncella, después de cenar y á la hora en que todos debían entregarse al reposo, entró en la cámara de doña Luz y la dijo:

—Señora mía, si queréis desnudaros...

—No.

—Esperaré á que me llaméis.

—Acuéstate, porque ya no te necesito.

—No tengo sueño, y si á mal no lo lleváis, volveré más tarde—replicó la sirvienta.

Y al decir esto, dejó caer un papel hecho muchos dobleces en la falda de doña Luz.

Difícilmente ésta contuvo un grito de sorpresa. Inmóvil quedó por algunos instantes.

Miró ansiosamente á la criada y le dijo:

—Puedes hacer lo que quieras.

La sirvienta salió.

Doña Luz se puso en pie.

Fué hasta la puerta.

Miró al inmediato aposento.

Escuchó sin percibir el más leve ruido.

Todavía no vigilaban, porque nada temían á semejante hora.

La infeliz joven aprovechó aquellos instantes.

Se acercó á la luz y desdobló el papel.

Era una carta del señor Antonio.

¿Para qué hemos de copiarla?

Fácilmente se adivina lo que puede decir un enamorado.

Aquella carta estaba escrita con toda la vehemencia del que ama y sufre.

Después que su corazón desahogaba el hidalgo, dábale á doña Luz cuenta detallada de lo que había sucedido y de lo que pensaba hacer, y por último le decía que tuviese ciega confianza en la nueva doncella, pues había ido sólo para favorecer sus amores.

Así, don Fadrique, á pesar de todas las precauciones que adoptó, tenía el enemigo dentro de casa, y enemigo muy temible, pues la doncella era lista como la que más de su oficio, y para fingir tenía rara habilidad.

Por de pronto aquella noche moldearían la nueva llave, y si le era posible, abriría la puerta por donde tantas veces había entrado el señor Antonio.

¿Qué importaba que los demás criados vigilasen?

También en otro tiempo había vigilado don Luis de Guzmán.

Muchas veces leyó la carta doña Luz.

La alegría se pintó en su semblante.

Sin embargo, tenía miedo, mucho miedo, porque sabía que don Fadrique era capaz de cometer todos los abusos.

La vida del hidalgo peligraba como nunca.

Desde aquel momento se sintió profundamente agitada.

De vez en cuando dejó el libro en que fingía leer, y se acercó á la puerta.

Al escuchar, cuando las once habían dado, le pareció que sonaba ruido de pasos en otras habitaciones.

Era indudablemente que algún criado ó su tío recorría la casa para convencerse de que no había novedad.

Si así continuaban, ¿cómo había de entrar el señor Antonio?

Y si conseguía entrar, sería sorprendido.

Media hora después el ruido de pasos sonó en la habitación inmediata.

—¿Quién es?—preguntó la joven.

—Soy yo, mi noble señora—le respondieron con voz varonil.

—Entrad.

Se presentó uno de los nuevos criados.

—¿Qué hacéis ahí?—le preguntó áasperamente doña Luz.

—Cumpló las órdenes que me ha dado mi noble señor.

—¿Y en qué consisten esas órdenes?

—En recorrer la casa á ciertas horas.

—Hacedlo; pero guardaos de entrar en estas habitaciones, porque son las mías, y os lo prohíbe el respeto que se debe al pudor de una mujer.

—Perdonad; pero...

—Si mi prohibición no tiene fuerza, cerraré, y entonces veremos si os atrevéis á romper la puerta.

—Pues según tengo entendido, á la doncella también se le ha mandado que vigile, aunque no de la misma manera que á mí.

—Ella entrará en mi cámara si yo se lo permito.

—Me retiraré y mañana os entenderéis con vuestro noble tío. Dispuesto estoy á ser leal; pero no quiero que mi lealtad me cueste disgustos. De todas maneras, me parece que los dos que estamos encargados de vigilar, nos molestan inútilmente y representamos un triste papel.

—No os equivocáis.

—Me retiro á descansar; pero sabed que probablemente se levantará mi compañero, y no debéis asustaros si algún ruido percibís.

—Está bien.

Se fué el criado.

Otra media hora pasó.

Cuando las doce daban, fué al balcón doña Luz.

El astro de la noche había tenido por conveniente dejar ver su nacarada faz, enviando sus resplandores á la tierra.

Claramente pudo ver así la joven que frente á la casa había un hombre, que envuelto en larga y negra capa, inmóvil y bañado por el resplandor de la luna, parecía un ser fantástico.

No hay que decir que nada de fantasma tenía aquel hombre, pues era el señor Antonio de Quirós.

Algunos minutos pasaron sin que se moviesen ni él, ni ella.

Contemplábanse con delicia inconcebible.

Gozaban más por lo mismo que el deseo no se satisfacía.

Por fin el señor Antonio dió algunos pasos hacia la casa.

La joven lo perdió de vista.

Separóse del balcón.

Volvió á su cámara.

Al entrar encontróse con la doncella.

—¡Ahl—exclamó.

—Señora mía, tembláis...

—La tranquilidad es imposible.

—¡Bahl...

—Vigilan sin cesar; lo he visto y...

—Lo sé, porque yo tampoco he dormido, y porque á mí también vuestro tío y mi noble señor me dió instrucciones las más terminantes y severas; pero ahora no hay peligro, porque Mateo se acostó, y Andrés no se ha levantado.

—Han tenido el atrevimiento de llegar hasta esta cámara, sin miramiento alguno, sin pensar que podían sorprenderme en los momentos en que estuviera desnudándome.

—Por eso precisamente estáis más en vuestro derecho de cerrar la puerta y echar la llave, y así lo haréis cuando suba el señor de Quirós.

—No me atrevo...

—Dejadme, porque cuando en mí fían, es porque saben que algo puedo hacer.

—Pero...

—Perdemos lastimosamente un tiempo precioso. ¿Os faltará el valor?

—Me sobra.

—Entonces...

—Haz lo que quieras.

Juana, pues tal era el nombre de la doncella, encendió una bujía.

Resueltamente salió de la cámara.

Sus pasos no producían ni el más leve ruido. Atravesó varias habitaciones.

Bajó.

Entró en el pasillo que conocemos ya, y llegó á la puertecilla, dando algunos golpecitos.

Le contestaron de la misma manera.

No necesitaba preguntar.

Ya había cuidado de poner aceite en la cerradura y en los goznes, y así pudo conseguir que llave girase y la puerta se abriese sin producir ruido.

El hidalgo entró.

A juzgar por su semblante, no debía tener miedo.

—Gracias—le dijo á la sirvienta.

Esta desplegó una sonrisa, y contestó:

—Cumple mi deber, y aun hago poco para corresponder á vuestra generosidad.

—¿Hay novedades?

—Vigilán.

—¿Cómo?

—Hasta hace media hora, uno de los criados recorría la casa, y pronto se levantará su compañero para hacer lo mismo. Además, temo que

don Fadrique deje también la cama para ver si sus órdenes se cumplen.

—Lo cual quiere decir...

—Que es muy fácil que os sorprendan.

—Casi me alegraré—dijo el hidalgo.

—Yo no, porque lo pagaría después mi noble señora. Es un ángel, y os juro que la serviré con toda mi alma y sin necesidad de recompensa.

—Vamos, que un siglo me parece cada minuto.

—Si desde aquí á la cámara nos sorprenden...

—Apararás la luz y desaparecerás, retirándote á tu aposento.

—¿Y vos?

—Me arreglaré como mejor pueda. Tú serás un estorbo, porque en caso de apuro la cuestión habia de arreglarse á cuchilladas, y las mujeres no sirven más que para gritar y aumentar la confusión.

—Es verdad.

Ni una palabra más pronunciaron.

Con el oído atento y escudriñadora la mirada, avanzaron silenciosamente.

Subieron.

Ningún inconveniente encontraron para llegar á la cámara de doña Luz.

¿Para qué hemos de pintar con detalles la entrevista de los dos enamorados.

Ya los hemos visto otras veces en situación semejante.

Más que las palabras fueron elocuentes los ojos.

Cruzáronse sus miradas de fuego.

Con desigual violencia latían sus corazones.

Juana se retiró discretamente á un extremo de la habitación, y después, pensando que las precauciones no estaban demás, fué al aposento inmediato, cerró la puerta y echó la llave.

Mientras esto sucedía, don Fadrique, cuyo sueño era agitado aquella noche, despertó sobresaltado por una horrible pesadilla.

De las leyes de la naturaleza puede decirse una de dos cosas, ó que tienen sus misterios impenetrables, ó que son caprichosas.

En este último caso habría que creer que el espíritu de las tinieblas entretiene sus ocios, haciendo combinaciones para mortificar á los miseros mortales.

Decimos esto, porque don Fadrique había soñado que el señor Antonio llegaba á la casa, acercábase á la puertecilla y la abría en virtud de un soplo mágico, entrando luego y yendo has-

ta la cámara de doña Luz, que con los brazos abiertos, palpitante el corazón, y en sus magníficos ojos relumbrando el fuego de su pasión inmensa, recibía á su amante.

La pícara coincidencia de esta pesadilla con la verdad de lo que sucediendo estaba, fué motivo más que suficiente para que se crispasen los nervios de don Fadrique, produciendo naturalmente el insomnio.

Estremeciéndose violentamente, y los ojos abrió.

No había en su dormitorio luz; pero vió muchas luces que se movían, crecían y menguaban, y aún pudo percibir clara y distintamente cuantos objetos allí había.

Esta aberración no duró más que algunos momentos.

—¡Ah!—exclamó al fin.—¡Maldecido sueño!... ¡Cuánto he sufrido!

Moviéndose y estiró los brazos para volver el vigor á sus músculos.

Luego tomó la yesca, el eslabón y el pedernal que á prevención tenía cerca de la cama.

Esparcieronse las luminosas chispas, y pronto brilló la luz azulada de la mecha de azufre; encendió la bujía que estaba en la palmatoria.

El lecho dejó.

Se puso la ropa más precisa y salió del dormitorio.

Detúvose para escuchar.

¡Pobre doña Luz!

¿Cómo se salvaría?

No percibió ni el más leve ruido.

Atravesó varias habitaciones.

¿Y sus criados?

Ninguno vigilaba en aquellos momentos.

Fué á los dormitorios de los llamados Mateo y Andrés, porque en éstos tenía mayor confianza y eran los que habían recibido las instrucciones más minuciosas.

Mateo, que era el que antes había vigilado, dormía profundamente.

No había motivo para acusarlo, puesto que su deber había cumplido.

El otro no se había levantado inmediatamente, y en esto consistía su falta.

Ya hemos dicho que era insostenible aquel sistema de vigilancia incesante, pues para esto no hay paciencia ni resistencia tampoco.

Así debió comprenderlo don Fadrique, pues era sobradamente astuto.

Siguió recorriendo la casa.

Llegó á la puerta que Juana había cerrado.

Se inclinó.

Miró por el ojo de la cerradura.

Distinguió alguna claridad.

—Aún hay luz—murmuró.

Escuchó.

Parecióle que ruido de voces oía.

No se equivocaba.

Pocos momentos después reconoció la voz de doña Luz.

Pensó que ésta hablaba con su doncella; pero siguió escuchando.

Clara y distintamente llegó á sus oídos el eco de una voz varonil.

Probablemente el señor Antonio, en un momento de arrebató, hablaba con más fuerza de la que convenía.

Lo que sintió don Fadrique no puede explicarse.

Tembló convulsivamente.

Afluyó toda su sangre á su cabeza.

Enrojeció su rostro.

Luego se cubrió de nerviosa palidez y se contrajo violentamente.

El fuego de la ira se escapó en corrientes por sus ojos.

Apretó los puños con toda la fuerza de la desesperación.

No le era posible dudar de que allí se encontraba el hidalgo, pues era de un hombre la voz que acababa de oír.

Inmóvil quedó como si se hubiera petrificado.

Transcurrieron algunos minutos.

Bien fuese porque los dos amantes hubiesen callado, ó porque él no oyese, le pareció que el silencio era absoluto.

Entonces se preguntó qué podrían hacer aquellas dos criaturas si no hablaban.

Esta pregunta era demasiado ofensiva para doña Luz.

En cuanto le era posible, calculó el caballero.

Creía que no tenía que hacer más que empujar la puerta para entrar; pero ¿qué conseguiría?

Se encontraría frente al señor Antonio, es decir, frente á un hombre muy temible, y tendría que dejarlo salir ó provocar un lance sangriento.

Ni lo uno ni lo otro le convenía.

¿Por qué no había de aprovechar la ocasión para descargar el golpe terrible?

Si á media noche, y sin que se supiese cómo, se había introducido un hombre en su casa, tenía el derecho de matarlo sin meterse en más averiguaciones.

Hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano don Fadrique y consiguió dominarse cuanto entonces necesitaba.

Separóse de la puerta, fué al dormitorio de Mateo, lo despertó, y le dijo:

—Levántate sin hacer ruido, porque ha llegado el caso de que te hablé.

—¡Señor!...

—Recuerda las condiciones con que has entrado en esta casa.

—No las olvido.

—Andrés está en el mismo caso que tú.

—Y tengo la seguridad de que también ha de cumplir sus deberes.

—Despiértalo, y preveniros para todo; ireis á buscar armas, porque ese hombre se encuentra en la cámara de doña Luz.

—Descuidad.

—No os detengáis.

Al mismo sitio donde había estado de acecho volvió don Fadrique.

Entonces oyó también el ruido de voces; pero no hubiera podido decir quién hablaba.

Cinco minutos pasaron que cinco siglos le parecieron.

Presentáronse los dos criados con espadas y dagas.

Eran hombres resueltos, valerosos y muy á propósito para dar el golpe que se intentaba.

El señor Antonio, con el mayor descuido, continuaba en plática dulce y ternísima con doña Luz, y Juana, siempre discreta, se había sentado en la antecámara y estaba más atenta para cualquier otro ruido que para el de las voces de los dos enamorados.

Aquella escena de ternura fué interrumpida tan repentina como desagradablemente.

La puerta crujió, porque empujada fué con violencia; y como no se abrió, comprendiendo don Fadrique que la llave habían echado para mayor seguridad, descargó algunos recios golpes y gritó furiosamente:

—¡Abrid!

Un grito de sorpresa y de terror exhaló doña Luz.

De un brinco se puso en pie la doncella.

El hidalgo arrugó el entrecejo y llevó la diestra á la espada.

En aquellos críticos instantes se necesitaba, no solamente mucho valor, sino también mucha serenidad y mucho ingenio.

Juana quiso probar qué no en vano había prometido hacer hasta lo que pareciese imposible.

Su turbación duró un momento, no más que un momento.

Sus negros ojos brillaron con el fuego de la inspiración.

El apuro era grande; pero hubiera preferido morir antes que declararse vencida.

Si se necesitaba valor, le sobraba.

Si todo era cuestión de ingenio y de travesura, no quería que nadie tuviese más que ella.

En la cámara entró, y la dijo á su señora:

—Desnudaos, desnudaos.

Y sin esperar contestación ni dar más explicaciones, asió por un brazo al señor Antonio y le dijo con voz reconcentrada:

—Callad y seguidme.

—Pero...

—Silencio.

Maquinalmente obedeció el hidalgo.

De la cámara salieron.

Al atravesar por el dormitorio de doña Luz, cogió una sábana la doncella.

Fueron al aposento donde estaba el balcón.

Abrió Juana.

Uno de los extremos de la sábana lo anudó á los hierros del balcón, y le dijo al hidalgo:

—Idos, y no os cuidéis de más.

Como no había perdido la serenidad el señor Antonio, comprendió que lo que importaba era aprovechar el tiempo.

Obedeció.

Mientras desaparecía al descender, cerró la doncella y á la cámara volvió, encontrando ya medio desnuda á su señora.

Entonces se acercó á la puerta donde golpeaba don Fadrique, y dijo con aspereza:

—¿Pero quién se atreve á molestar así á mi noble señora?

—¡Vive el cielol... abrid, ó romperé la puerta.

—Desnudándose está mi señora, y no podéis entrar.

—¡Abrid!

—Obedeceré.

Juana dió vuelta á la llave; pero quedó en aquel sitio como para estorbar el paso.

La puerta se abrió.

Presentóse el caballero con el rostro lívido y los ojos fulgurantes.

—Perdonad, mi noble señor—le dijo la doncella—; pero desnudándose estaba mi señora cuando habéis llamado.

—¿Por qué no has respondido inmediatamente?

—Cree que eran Andrés ó Mateo.

—¿Con quién hablaba mi sobrina?

—Conmigo.

—Mientes.

—Señor...

—Ahora lover emos.

—Vuelvo á deciros que desnuda está mi noble señora.

—Que se vista.

La doncella volvió á la cámara.

Don Fadrique les dijo á sus criados:

—Colocaos en sitio conveniente para que ese hombre no pueda salir.

Obedecieron los sirvientes.

Mientras doña Luz cubría otra vez sus bellísimas formas, la doncella corrió, fué al balcón, quitó la sábana y vió que el señor Antonio estaba inmóvil frente al edificio.

Volvió al lado de su señora.

Con un gesto le hizo comprender que su amante se había salvado.

Recobró doña Luz la tranquilidad.

Pocos momentos después, dijo:

—Pueden entrar.

Don Fadrique se presentó.

Fijó una mirada penetrante en su sobrina, que levantaba la cabeza con altivez.

—Señora—le dijo con voz alterada por la ira—, hace pocos minutos hablábais con un hombre.

—No—respondió gravemente doña Luz.

—Su voz oí.

—Os habéis equivocado.

—¿Acaso es posible el error?

—Caballero, mi dignidad me prohíbe continuar esta discusión.

—Registraré hasta el último rincón de la casa.

La joven se encogió de hombros.

Su serenidad era una prueba de que el hidalgo había desaparecido.

¿Cómo pudo salir tan pronto?

¿Por dónde?

No era posible adivinarlo.

Se convenció don Fadrique de que había dado

en falso el golpe; sin embargo, quiso convenirse.

¿Por qué no había de registrar aquellos aposentos y toda la casa?

Nadie podía ponerle estorbos, puesto que allí era el señor absoluto.

No tenía fundamento para acusar á ninguno de sus criados, pues la doncella se encontraba allí cumpliendo sus deberes, y la verdad era que doña Luz había estado desnuda, pues así lo probaba el desorden de su ropaje por haberse vestido otra vez presurosamente.

Don Fadrique, cuya agitación era cada momento más violenta, recorrió las habitaciones de su sobrina.

Maquinalmente acercóse al balcón.

Miró á la calle, y como le favorecía la claridad de la luna, pudo distinguir perfectamente al señor Antonio que continuaba inmóvil y contemplando el edificio.

—¡Oh!—exclamó el caballero.

Entonces empezó á dudar si se había equivocado.

Quizás el hidalgo se encontraba también en la calle cuando su perseguidor creta que hablaba con doña Luz.

¿No era posible el error?

Sí; y mucho más en aquellos momentos de agitación, de trastorno profundo.

De todas maneras resultaba que era inútil registrar el interior del edificio, puesto que el hidalgo se encontraba en la calle.

Don Fadrique, sin decir una palabra á su sobrina, mandó á sus criados que se acostasen, y á su aposento volvió para reflexionar.

Convencióse de que todas las precauciones serían pocas para evitar que los dos enamorados se viesén, pues siempre encontrarían algún criado que se dejase sobornar y les ayudase.

El señor Antonio era muy rico, y cuando se dispone de mucho dinero, no hay empresa difícil.

Además, y según hemos dicho, aquella vigilancia á todas horas era impracticable; y por último, si doña Luz no hablaba con su amante, porque éste no pudiera entrar en la casa, se escribirían, se verían, pasando él por la calle de día y de noche y acercándose ella á un balcón.

Era preciso cambiar de sistema y poner á la joven en situación tal que perdiese toda esperanza y que cambiase el estado de su ánimo.

Don Fadrique pensó entonces lo que había

pensado en otro tiempo don Luis, es decir, que bien guardada estaría doña Luz en un convento.

Si á este recurso no apeló el padre, fué porque no quería separarse de su hija, privarse de su afección única.

Pero el tutor no se encontraba en el mismo caso.

¿Qué le importaban los sufrimientos de doña Luz?

Por espacio de más de dos horas meditó y calculó, diciéndose al fin:

—A un convento irá—dijo.

¡Pobre doña Luz!

Parecía que el caballero se tranquilizaba con aquella nueva resolución.

Acostóse y media hora después pudo conciliar el sueño.

No le sucedió lo mismo á doña Luz.

Su amante se había salvado por de pronto; pero esto no mejoraba la situación, sino que, por el contrario, la complicaba.

Era natural que don Fadrique adoptase nuevas precauciones, y podían ser de tal clase que á todos los pusiesen en un compromiso.

Con libertad completa pudo la infeliz joven conferenciar con Juana.

Esta se manifestó decidida á seguir trabajando sin temor á ningún peligro.

Ya sonreía la aurora cuando doña Luz pudo conciliar el sueño.

Todos se levantaron al siguiente día más tarde que de costumbre.

La doncella representó admirablemente su papel, haciendo comentarios con sus compañeros.

Particularmente Mateo y Andrés preguntábase si su señor se había equivocado, y al fin acabaron por creer que así había sucedido.

Una hora después de haber almorzado, don Fadrique entró en la cámara de su sobrina, sin olvidarse de pedirle antes licencia.

Iba para anunciar su nueva resolución.

FIN DEL TOMO SEXTO